



Unidad V. Edad contemporánea: Siglo XX: De la Segunda República a España miembro de la Comunidad Económica Europea.

Ruiz Carnicer, Miguel Ángel, "Capítulo I. La estética del miedo" en Miguel Ángel Ruiz Carnicer y Jori Gracia García, *La España de Franco (1939-1975). Cultura y vida cotidiana*, Madrid, Síntesis, 2001, pp. 17-37.

Miguel Ángel Ruiz Carnicer es profesor titular de Historia Contemporánea en la Universidad de Zaragoza, España, y, actualmente, decano de su Facultad de Filosofía y Letras. Especializado en historia de los movimientos estudiantiles y las asociaciones juveniles en el periodo contemporáneo.

En este capítulo el autor nos presenta cómo era la vida cotidiana en la época inmediata a la Guerra Civil Española, en esta etapa el silencio y la cautela dominaron las relaciones personales y la ley del terror se basó en la represión y la desaparición de personas. Es por eso que Ruiz Carnicer explica cómo se aplicó esta ley al interior de los hogares tanto en ciudades como en pueblos, y como esto ocasiono contrastes en la vida diaria y cotidiana, donde la opulencia convivía con la miseria. Presenta también el papel de la prensa, el cine, la radio, los libros.

La estética del miedo

“Cuando miro hacia atrás, a aquellos años —escribe el novelista Juan Marsé (1970: 31)—, sólo veo las calles oscuras y la gente en las colas del hambre, y ejércitos de altanería, paveros y matones, imponiendo su facha en las ciudades y descargando sus fusiles en las afueras, y bombardeos increíbles escuchados en una radio antigua en forma de capilla, e informes sobre campos de concentración a gas, y nazis y fascistas, y ruinas y restos humanos, y guerra fría de propaganda y castigo.” La posguerra hizo más discreto el ruido de las armas, disciplinó sus descargas obedientes, pero sobre todo agudizó violentamente los contrastes de una sociedad degradada, miserable y envilecida: en un extremo los beneficiarios inmediatos de la nueva situación, que recuperaban un ritmo de vida y un brillo forzado —se le volvería a llamar hortería—, y una extensísima y densa capa de humillados y desposeídos, masas hambrientas que intentaron reanudar la vida diaria con lo que quedaba de ellos, de sus familias y de sus pertenencias (si las habían tenido o si algo conservaban de ellas de regreso a sus lugares de origen tras la guerra).

La primera de todas las leyes fue la del silencio y con ella el terror a la delación: el silencio por las actividades de un pasado que se callaba a cambio de intentar la reanudación de la vida cotidiana y laboral, porque la declaración de buenas costumbres fue una herramienta decisiva para encontrar trabajo, o para evitar una depuración que condenaba a la marginalidad, o a buscar un aval seguro. El silencio en las ciudades tenía alguna eficacia cuando se regresaba o se llegaba a barrios o zonas urbanas nuevas —sin memoria, ni amistades ni familiares. En las zonas rurales o en poblaciones pequeñas el silencio era generalmente inútil. Todos sabían quién había sido maestro republicano, quién había asistido o resistido a la sublevación militar, quién había

animado un conato de revuelta campesina durante la República, o quién coleccionaba literatura anarquista o sicalíptica, quién leía autores rusos o votó al Frente Popular, quién había aplaudido las derrotas o las victorias de cada bando durante la guerra y de qué lado había luchado cada cual. Se sabía y se callaba el lugar en que las detonaciones de madrugada significaban un nuevo fusilamiento —en las playas o en los descampados—, y cualquiera podía ser llevado a comisaría y no ser devuelto a casa.

La eficacia vengativa y revanchista de la delación se puso a prueba muchas veces, tanto en el campo como en la ciudad. La denuncia más insolvente y caprichosa podía prosperar si el denunciado no contaba con algún aval firme y seguro, o con el testimonio de una persona de orden —en expresión reveladora de los miedos de una época. El silencio y la cautela dominaron las relaciones personales, y andando el tiempo, la misma ley iba a regir para los núcleos de resistencia. La ley del terror se basó en la represión y la desaparición de las personas. El silencio y el miedo anduvieron detrás de los destinos de supervivencia de muchos profesionales depurados por razones políticas: los maestros de escuela, el profesorado universitario, las profesiones liberales y desde luego el funcionariado público, fueron los cuerpos más afectados, como se ha podido ir leyendo en la obra de novelistas de la democracia, como Antonio Muñoz Molina o Rafael Chirbes, o en tantas alusiones veladas de la literatura de posguerra. Por eso una persona muy respetada como Fernández Arbós, director y fundador de la Orquesta Nacional de España, pudo recuperar la dirección sólo después de una depuración, mientras muchos otros hubieron de malvivir en empleos particulares u ocasionales, muy por debajo de sus aptitudes y en manifiesta injusticia frente a quienes ocuparían las vacantes que ellos dejaban. Mientras en la enseñanza de la música la posguerra no iba a tener un efecto demasiado evidente —porque muchos superaron los procesos de depuración— en otras disciplinas universitarias el nuevo régimen barrió los rastros y las semillas de disidencia por medio de personas leales a los principios del nuevo régimen o muy firmes católicos. Por eso también algunas trayectorias personales se fundaron en el disimulo o la reinención parcial de la propia biografía.

Porque hubo también mucha gente con motivos de gratitud, que no quiso callar tampoco sus razones, e incluso prefirió exhibirlas. Hubo una urgente necesidad de enmascarar la pobreza o esconderla en las afueras, lejos de la reanudación de la vida comercial y el incipiente lujo de unos pocos. Lo imprescindible era olvidar el olor de la pólvora y la visión de las ruinas, el abandono de los viejos hábitos burgueses, que nunca volverían a ser iguales. Lo ha contado otro buen novelista, Álvaro Pombo, en muchas de sus obras pero ese fue, paradójicamente, uno de los temas de la literatura fascista española: algunos de los nuevos vencedores, como Rafael Sánchez Mazas o Agustín de

Foxá, ambos escritores de Falange, no ocultaron nunca el desdén por la ramplonería chata de las nuevas clases dirigentes del régimen y sintieron y expresaron en su obra narrativa y periodística —por ejemplo en *La vida nueva de Pedrito de Andía*, de Sánchez Mazas, 1951— la nostalgia por un tiempo irrecuperable, de largos veranos en el norte y apacibles tardes entregadas al cultivo del espíritu, las letras y, a veces, también las armas.

Pero la primera y más temible ley fue también el frío en ciudades y casas sin calefacción. Un viejo chiste del humorista Perich, que vale para toda la posguerra, ponía en boca de un campesino una frase sin fronteras en la España de entonces: “A mí lo que más me molesta del frío es el hambre”. Las restricciones de electricidad eran usuales y no empezaron a reducirse hasta los años cincuenta, en domicilios sin agua corriente, o con remedios muy caseiros contra la inclemencia. El frío todavía está grabado en la memoria de quienes crecieron vistiendo ropas apañadas, harapos o muy cerca de la mendicidad. Las ciudades se poblaron de niños andrajosos a cargo de viudas de guerra abocadas a menudo a la prostitución, o al servicio doméstico o la improvisación de oficios que prosperaron por entonces. Un cartel omnipresente indicaba los lugares donde “se cogen puntos de media”, para reparar un objeto caro y de lujo, pero indispensable en la moralidad de la época. El arreglo de ropa parcheada fue un hábito común a un altísimo porcentaje de familias españolas que no dudaron en vestir a sus retoños con las ropas del padre fallecido —o inverosímilmente adelgazado durante la guerra— y todas las madres encontraron el modo de arreglar prendas grandes o pequeñas y, sobre todo, en consigna tácita de toda una época, no tirar nada (Abella, 1978).

Fue también el tiempo de las reconstrucciones urgentes, pero no hechas de cualquier manera. Había que borrar las huellas más patentes del miedo y hacer desaparecer los sacos terreros que son casi los cojinetes de una guerra, y tener esperanza, como la tenía Eugenio d'Ors en 1937 y en las páginas del “Nuevo glosario” que publicaba en *Arriba España*: “Qué bien se respirará, bajo el cielo de España, cuando quiten los sacos” (III, 469). Las ciudades estaban dominadas por la lepra de un color sucio en los fotogramas de algunas de las películas que mejor supieron captar el clima de la posguerra, un poco a sabiendas de romper la ley del silencio sobre la realidad cotidiana. Intrigas policíacas sirvieron para saber —y sirven hoy para reconocer— el Madrid o la Barcelona del tiempo, como sucede con *Brigada criminal* (1950), de Ignacio Iquino o *Los peces rojos* (1955), de Nieves Conde, para la capital, y la Barcelona del tiempo está fotografiada en el claroscuro y las sombras de *Apartado de correos 1001* (1950), de Julio Salvador o *Distrito quinto*, de Julio Coll, de 1955. La miseria física y los muros tachonados de orificios de metralla, la pobreza de las gentes y la menesterosidad de las indumentarias, la delgadez y precariedad de todo aparecen en esas películas con la misma fidelidad con

la que se leen hoy en relatos de la época —los de Cela o los de Zunzunegui— o algo posteriores, como las novelas de Juan Marsé, los relatos de Jesús Fernández Santos, de Ignacio Aldecoa, de Antonio Rabinad o en algunos memorialistas excepcionales, como Carlos Barral o Carlos Castilla del Pino.

Pero la evidencia más vistosa de la Victoria estaba expuesta en el despliegue de banderas y formaciones militares —del Ejército y de Falange y sus escuadras juveniles— a imitación de las paradas del nazismo alemán. Ahora la enseña nacional exhibía el escudo del águila con la corona, mientras la otra bandera era rojinegra y mostraba el yugo y las flechas de la Falange, además de la uniformidad de rigor: la camisa azul y la boina roja, y los uniformes militares de gala de las distintas armas del Ejército.

Las ciudades y los pueblos vivirían una visible inflación de indumentarias reglamentadas. Los uniformes militares y las ropas talaras de los sacerdotes y altas jerarquías de la iglesia sólo empezarían a desaparecer del paisaje humano muy entrados los años sesenta. En las zonas rurales era imposible escapar al acoso que el anonimato de las grandes ciudades preservó mejor: la fotografía de aficionados o el documentalismo de la época —la que firmaron corresponsales extranjeros y fotoperiodistas nacionales (Pérez Mondéjar, 1996)— muestra la obediente adhesión al nuevo alcalde, al cura y al amo de las tierras, y la compacta construcción de una sociedad homogeneizada por el miedo y la miseria, aunque también por el alivio del final de la guerra. Un fotógrafo anónimo supo captar con precisión ese miedo cervical y la sumisión como norma al tomar el saludo brazo en alto —porque ese era el saludo que impuso el régimen de Burgos desde la guerra, excusando expresamente el saludo alzando el sombrero— de dos niños frente a un *affiche* de Franco y José Antonio. Otros recogieron los testimonios de la reciente guerra. Las ciudades se poblaron de hombres con muletas de madera o improvisadas de cualquier manera, y carritos que rodaban con cojinetes. Los usaban los tullidos de guerra —como el inolvidable limpiabotas que retrata Luis Goytisolo en *Las afueras*— y hacia ellos, y hacia las viudas de guerra, fueron algunas de las concesiones de los monopolios estatales, como los estancos o los quioscos de prensa. La delgadez extrema, el pelo rasurado, la suciedad y la demacración fueron ingredientes del paisaje humano de ciudades y pueblos que tardaron mucho tiempo en borrar las huellas de la guerra en edificios desventrados, cascotes amontonados, o fábricas abandonadas.

Pero hubo todavía otra ley que definía secretamente el lado en el que se había estado durante la guerra. La ley del contraste dominó en muchos órdenes de la vida diaria y cotidiana, donde la opulencia del brillo y la petulancia chillona, un poco atrotinada, convivía con la miseria sin paliativos de los más (o los intentos de disfrazar una decadencia vergonzante). Pero a veces los contrastes eran sangrientos, y los explotó con ingenio y cinismo la revis-

ta de humor más tolerada del momento —*La Codorniz*—, porque sus autores eran ex-combatientes del lado franquista.

Se reunieron algunos nombres de pre-guerra —casi todos empezaron en *La Ametralladora*, en plena guerra civil— y entre sus colaboradores fijos se hallan nombres fundamentales del cine: Miguel Mihura, Tono, Fernández Flórez, Edgar Neville, Mingote, Álvaro de la Iglesia, Rafael Azcona, y casi todo el humorismo gráfico de alguna entidad —tan importante en la segunda mitad de los sesenta— hizo sus primeras pruebas en ese semanario: Chumy Chúmez, Perich, Máximo o Forges (Tubau, 1973; Iglesia, 1987).

Si la prensa no podía mencionar que el conocido restaurador Perico Chichote se había encargado del ágape de una recepción oficial —porque era también auxiliador de prostitución fina—, tampoco podía informar de las muertes por inanición, o las alteraciones del orden, o los robos y violencias que empañasen la imagen pacífica y segura de la nueva España. Y aunque la prensa todavía se vocease por las calles, las posibilidades reales de averiguar qué hacía un gran Buick negro con manchas de sangre abandonado en mitad de la calle (el asesinato de Carmen Broto) eran más bien remotas. Tampoco la prensa había de ser mucho más explícita sobre los accidentes laborales, las acciones de los maquis, las resoluciones judiciales comprometidas o la información extranjera indeseable.

La desnutrición fue común en una sociedad sometida a dietas muy magras para la mayor parte de la población. Las *tarjetas de abastecimiento* (cartilla de racionamiento) servían para obtener contados productos que el mercado clandestino del estraperlo permitía adquirir a menudo a precios exorbitantes. El memorialismo de la época consigna a veces el día del mes en que se han recibido algunos huevos, o un poco de carne, y más de algún muchacho incrédulo debió acudir en 1952 a buscar el habitual pan negro a la panadería, para encontrarlo inmaculadamente blanco (Gracia, 2001). Se comían cosas muy baratas y relativamente saludables, como los boniatos, aunque la dieta de muchos pudo estar decidida por cuatro esquinas estables: algarrobas y pan negro, lentejas y gachas o *farinetas*. La bebida alcohólica después de una rara y muy infrecuente comida en restaurante de ciudad y algún lujo eran el anís —*Anís del mono*— o coñac —de Domecq—, mientras el consumo de frutos secos también vivió variaciones curiosas. Con el tiempo se prohibirían en los cines las pipas de girasol porque convertían el pavimento en una moqueta de cáscaras impracticable y generalmente muy resbaladiza. Las pipas no se consumían antes de la guerra —las trajeron a España los brigadistas rusos, donde era consumo usual, como el consumo de cacahuetes llegó con los americanos— y fueron cayendo en desuso las pipas de girasol o los altramuces, cuando estaba ya a punto de difundirse la goma de mascar norteamericana (Sánchez Vidal, 1990).

Se trataba además de acentuar con los signos exteriores de la indumentaria, o con nuevos hábitos, el valor de una victoria conquistada por las armas y la voz. Porque también ahí tuvo la radio un papel decisivo como difusora y alentadora a domicilio de una imagen recortada de España. Todas las cadenas radiofónicas de los años cuarenta —y todavía durante las décadas siguientes hasta la muerte de Franco— hubieron de conectar con los informativos de Radio Nacional, que se llamaban oficialmente el *Diario hablado*, pero popularmente siguieron conociéndose, por la inercia de la guerra, como *el parte*. Eran también voces muy conocidas de David Cubedo o de Matías Prats las que retransmitían, con emoción indisimulable y retórica de relleno, los interminables desfiles de la Victoria, actos oficiales o asuntos de interés político (como la conversación que mantuvo Cubedo con Eva Perón en el avión que la trajo a España por primera vez en 1947: con ella llegó el trigo de Argentina, y después llegaría la carne enlatada). También fue esa al principio la vía del recuerdo humillante de la derrota, cuando las cuñas radiofónicas intimidatorias eran a veces terriblemente engañosas, como aquella que invitaba al soldado de la República a entregarse a las nuevas autoridades si no pesaban cargos de sangre contra él. El negro del duelo se multiplicó en las iglesias frecuentadas muy pródigamente, de acuerdo con el nacional-catolicismo coactivo del tiempo.

El monumentalismo arquitectónico convivió con miserables chabolas improvisadas en las periferias de las ciudades; el retrato de la vida española se obtiene mucho mejor que en el NO-DO o la prensa de la época, en las viñetas de algunos dibujantes afortunados —Escobar o Vázquez, autores de "Carpanta", las "Hermanas Gilda" o "13, rue del Percebe"—; los automóviles podrán ser exuberantes y prepotentes *haigas* —por el nuevo rico que pide "el automóvil más grande que *haiga*", a imitación de los modelos norteamericanos— o serán por el contrario lo más parecido a los actuales autos de choque, aunque mucho más frágiles: el Biscuter de 1953 pesaba 250 kilos, cubicaba 400 cc., carecía de marcha atrás y era originalmente descapotable. Al gran humorista Miguel Gila le bastaba la boina para protegerse de la intemperie cuando el ingenio alcanzaba la velocidad punta de 60/70 km/h, y las dificultades del aparcamiento se resolvían desplazando el aparato levantando la carrocería por detrás.

La sociedad vivió dominada por un impulso primero de enmascaramiento de la ruina y, segundo, de afán de normalización de la cotidianidad. Elementos muy superficiales como la indumentaria ordinaria se combinan con otros de valor simbólico, pero todos ellos tienden a subrayar el triunfo franquista contra el pasado y la reinvención escenográfica de un país nuevo tras la guerra. El mono azul mahón omnipresente durante la guerra desaparece y reaparece a cambio la presencia lóbrega de los grandes abrigos, de altas

hombrecas y tonos pardos y oscuros, como casi toda la ropa, además de los lutos interminables (aunque se conserva la gabardina blanca, que es herencia de los años treinta). Regresa el valor simbólico del sombrero de ala para caballeros porque —como explicaba un anuncio de la época, y recordaba la exposición "Así eran los rojos", del Círculo de Bellas Artes de 1943—, "los rojos no usaban sombrero". Aunque la prenda no iba a llegar hasta la década siguiente, al igual que la boina cayó también en desuso desde los cincuenta, excepto para la caracterización humorística del paleta o la indumentaria ordinaria de las zonas rurales, que el domingo completaban abotonando la camisa hasta el cuello, sin corbata pero con americana de tela tosca o pana. Muy pocas mujeres podían pagar el coste de una media de cristal o de seda y el nailon alcanzó precios inalcanzables (en el mercado negro, desde luego). El invento más patético pudo ser el lápiz que dibujaba, aplicado directamente sobre la piel, la costura de una media inexistente..., mientras el peinado de unos y otros requería la sofisticada atención de lo nuevo y hueco: alzado para ellas en altos bucles y con el flequillo *arribaespaña* para ellos y dosis caudalosas de brillantina para fijar posiciones inestables.

Todo, en el fondo, tenía valor de propaganda y de reafirmación del triunfo franquista: desde las medidas monumentales de la nueva arquitectura hasta la altura del peinado femenino, desde la virilidad hierática y hermética de Alfredo Mayo hasta la engolada oratoria celebratoria; desde el timbre oscuro de las mejores voces de la radio —como la de Fernando Fernández de Córdoba, que fue quien leyó el último parte fechado el uno de abril (y mecanografiado sin un solo acento ortográfico)— hasta la solemnidad sacralizada de la pintura de retrato del caudillo de Aguiar. Son todas formas simbólicas de la gestación esforzada de nuevas imágenes para una España pobre y, sobre todo, muy semejante a sí misma en lo sustancial.

Por eso también otras formas de la cultura popular y de consumo —todavía no se llama así— son los aires pizpiretos y desenvueltos, levemente provocativos, de las muchachas de la burguesía, que son chicas topolino —como narró una novela de José Vicente Puente en 1945— mientras los ambientes burgueses de teléfono blanco buscan proyectar esa misma imagen, al tiempo que se leen novelas llamadas entonces mundanas —de Stefan Zweig, Somerset Maugham, etc.—, muy útiles para viajar sin prejuicios por el extranjero en un país que vive en un riguroso aislamiento político, económico y cultural...

Es verdad también que el mayor éxito de venta en la feria del libro del mismo año, 1945, fue una antología de chistes de un autor de preguerra, muy tradicional y conservador, *Xaudaró*. Entre esa clientela urbana, urgida por las ganas de olvidar la guerra, podían estar también los clientes de la nueva pintura de oficio, académica y tradicionalista, con lo que fue el nuevo mer-

cado generado por el enriquecimiento del estraperlo: paisajismo, retratismo, bodegones de escasa significación estética pero necesarios para visualizar en los interiores domésticos el fin de la guerra, del mismo modo que la radio —aquellas cajas grandes y enigmáticas a veces en forma de capilla— transmitía esforzadamente la conciencia de una jovialidad banal y ternurista con los concursos de gran audiencia y las radionovelas.

Y aunque no todos hiciesen las colas interminables del racionamiento entre cascotes y ruinas, la reunión autorizada en fila india podía propiciar conversaciones consabidas sobre los ausentes (aunque con el ojo puesto en la presencia de algún falangista o un guardia: si se hablaba en catalán o en gallego, el riesgo de visitar la comisaría podía ser el segundo acto de una condena pública e insultante). Aunque el ausente oficial, por antonomasia y con mayúscula, era José Antonio. Pero cada familia contaba más de uno y de dos ausentes: los muertos en la guerra, los primeros, y los ausentes cotidianos podían ser los familiares que habían desoído las tempranas invitaciones a entregarse al ejército vencedor y habían decidido partir, ocultarse —algunos permanecieron así muchos años, como mostró una espléndida película de Fernán Gómez— u oponerse al clima de guerra continua con la guerrilla que llamamos el *maquis*.

La ausencia podía también venir impuesta por las rejas del penal (hasta la visita última en que el encarcelado había desaparecido en una fosa común o abatido contra el muro), o por los familiares exiliados en Francia, quizá aún en alguno de los campos muy improvisados en el sur —Argeles, le Pain sur Mer, etc.—, o más lejos aún, ya en algún país hispanoamericano, de donde podían llegar cartas que eran censuradas y abiertas de ordinario... En la prensa de los primeros tiempos no eran raros avisos sobre el paradero de personas, y el tiempo transcurrido sin noticias de los allegados fue un modo muy común y amargo de contar el paso de los días, como no era rara tampoco la publicidad más urgente de todas, contra el “piojo verde”, auténtica maldición de las clases más pobres (DDT, “exterminador del tifo”). Algunos otros males —como la sarna— se convirtieron en formas convencionales de la adversidad, incluso cuando el paciente pudiera enjabonarse con el rústico jabón multiusos Lagarto —que era muy escaso— o se administrase un tratamiento específico con ese difundidísimo producto reparador que fue el Linimento Sloan.

Y aunque no todos lo frecuentaban —porque muchos se desplazaban a pie, en largas caminatas diarias— el medio de locomoción habitual de las ciudades grandes seguía siendo el tranvía, de cuyos estribos externos se colgaban niños y jóvenes —aunque es fama que lo hacía modélicamente el escritor y taurófilo José María de Cossío. El cobrador podía darse por enterado o no, pero sobre todo podía ser el padre de cualquiera de aquellos rapaces, llegado de

algún pueblo devastado, porque los movimientos migratorios —con los correspondientes salvoconductos, cartas de petición formal y autorizaciones muy estrictas— fueron muy frecuentes y no dejaron de serlo después. Las familias llegadas a las grandes ciudades fueron improvisando sus propios hogares en chabolas y en las afueras de ciudades todavía sin recuperar de los daños materiales de la guerra, como hoy puede leerse en tantas novelas de jóvenes con aprensiones éticas y espirituales que se llamaban Juan Goytisolo, Juan García Hortelano o Francisco Candel.

El automóvil, al menos para algunos, ya existía, e incluso iba a empezar la fabricación en 1946 de un modelo con ondulaciones y volutas acogedoras, con formas nada rectilíneas y muy femeninas, el Eucort, que se hacía en Barcelona, aunque todavía muchos de los automóviles podían seguir circulando como en la inmediata posguerra con gasógeno, con alcohol o incluso con carbón vegetal (en torno a 1960 España tenía matriculados un millón y medio de vehículos: hoy la cifra ronda los veintidós millones). El Biscuter se fabricó también en Barcelona desde 1953 y, entre 1957 y 1973, transcurre la fabricación del mítico utilitario Seat 600, versión española del Fiat 600 y símbolo de la lenta prosperidad de unas clases medias entradas ya en los sesenta, pero recelosas del modelo de lujo, que no es el más digno Seat 850 sino el ostentoso Seat 1500, muy apto para el servicio de taxi (oficio a menudo ejercido por confidentes de la policía, o policías pluriempleados, como fue muy habitual en la España de Franco).

No fueron sólo las barriadas más pobres o el extrarradio inmigrante y obrero de las grandes ciudades los que exhibían modestísimas regresiones al comercio más simple, con montones de tabaco sacado de las colillas (todavía existían los Ideales, pero casi no había tabaco rubio), o puestos callejeros donde podía venderse de todo, a veces de estraperlo y a veces legalmente: desde enormes cestos con naranjas hasta más modestos puestos de galletas, pero también de algarrobas, que algunos molían para convertirlas en chocolate —la malta o la achicoria habían sustituido al café— y otros las comían a palo seco. Los primeros pitillos aprendieron a liarlos los chavales con las hebras de las colillas de otros, o aprendieron a deshacerlas para venderlas, en el Rastro, como el torero fracasado que protagoniza con su sobrino *Mi tío Jacinto* (1956), excelente película de Ladislao Vajda. El Camel costaba en 1941 unas imposibles cinco pesetas (el cine de sesión doble costaba una y el periódico quince céntimos). También estaba racionado el tabaco, aun cuando podían fabricarse de labores muy ásperas —cuarterones o mataquintos, se llamaban algunos—, mientras la marca de negro que mejor resistió fue Celtas, más longeva que los Ideales; la marca de rubio más célebre fue Bisonte —aparte el rubio americano— que desapareció con la guerra y regresó en 1953 (ya con un bisonte nacionalizado en la cajetilla, porque reproducía el de las Cuevas de Altamira), aunque hubo otros rubios, como el Tritón, o el Jirafa.

Y aunque fueron los niños quienes más inmediatamente padecieron el piojo o el temido bacilo de Koch —la penicilina existía pero no para todos—, también entre ellos los juegos tuvieron algo de perpetuación de la guerra, que fue, pese a toda la retórica contraria sobre veinticinco años de paz, en las conmemoraciones de 1963, el auténtico sentido de una posguerra armada. Los niños de Marsé y de Aldecoa, de Rabinad, de García Hortelano o de Fernández Santos manipulan detonadores, encuentran bombas sin estallar (que a veces estallan), juegan en los refugios antiaéreos en desuso o descubren esqueletos con las botas puestas y la muerte adelantada. Suelen ir muy rapados los niños de la posguerra, para combatir el piojo, y el frío se materializa en sabañones cuyo escozor no siempre alivia el calor del brasero y su particular tufo marcante.

Aunque es verdad que pronto pueden ser esos mismos los chavales que empiezan a ejercerse con los tacos del billar y, sobre todo, con el fútbol. El fenomenal invento lo creó un exiliado, Alejandro Finisterre, en plena guerra civil. Desde México lo fabricó y comercializó para diversos países de Hispanoamérica sin saber que en España se le había copiado el invento, aunque pudo saber más tarde que aquí se jugaba con usos más rudos y violentos que los que él había previsto. Algún afortunado podría acabar jugando a montar poco más que una bicicleta con motor —ese *mosquito* que cabalga el Pijoaparte de Marsé—, y con el tiempo habrían de decantarse por la rivalidad entre la Vespa y la Lambretta —que perdió la batalla comercial en favor de la primera, algo más pequeña y manejable— antes de tomar las riendas de sus destinos a lomos de una Montesa Impala o una Ducati.

Para entonces es posible que no lean ya —ni intercambien en puestos callejeros, en bibliotecas ambulantes o de alquiler— las historietas, los tebeos o los comics que han nacido al calor de los nuevos poderes, o han renacido de las ruinas de la guerra, como *Pulgarcito*, que reaparece en 1947 para volver a ser el rey del mercado infantil. Allí escribían algunos maestros del género, como Vázquez o Escobar. Crearon personajes ya citados que son sinopsis veladas de una época, como Carpanta, o Doña Urraca, o las hermanas Gilda, y ha sido Sánchez Vidal (1990) quien ha hablado de la serie “13, rue del Percebe” como auténtico “corte histológico” de la sociedad del tiempo, netamente superior a la mezcla de propaganda y tosquedad informativa del NO-DO. Se fabrica en la Editorial Bruguera y comparte con otros de los incontables tebeos y cómics de la casa un talante testimonial que fue seña de su identidad.

Los nuevos cuadernos son otros, sin embargo. Los inventa el nuevo régimen y se llaman *Flechas* y *Pelayos* —que dirige Fray Justo Pérez de Urbel— o *Chicas*, de gran éxito, y ambas se imprimen en San Sebastián, y dibujan Opisso o Freixas y entre los guionistas pueden estar Huertas Ventosa o Jesús Blas-

co, autor de uno de los más célebres héroes infantiles de la posguerra, Cuto. Francisco Umbral se cortaba el pelo con más frecuencia de la necesaria sólo para leer la prensa en la peluquería, pero lo que envidiaba de veras era la melena y la corona de plumas indias del personaje.

En formato horizontal, que era el de la aventura, se imprimieron otros de los emblemas de una época, como *Roberto Alcázar y Pedrín*, que sin ser modélico desde el punto de vista gráfico o literario, logró captar ansiedades bélicas o vengativas porque se convirtió en otro de los grandes éxitos, e incluso trasladó al lenguaje coloquial algunas de sus expresiones, como el “¡Ostras, Pedrín!”. El presunto parecido de Alcázar con José Antonio Primo de Rivera o la latente homosexualidad que los semiólogos de hoy han advertido en aquella agresiva, desigual y ascética pareja de salvadores compulsivos han sido siempre desmentidos por su creador, que simpatizaba con la República y creó al personaje a partir de su propia fisonomía. Los firmaba Eduardo Vañó, para la editorial Valenciana, que era la misma que editaba el mayor éxito de la historieta de aventuras de la posguerra, *El guerrero del antifaz*. Duró entre 1944 y 1966 y se inspira el personaje en una novelita de Rafael Pérez y Pérez, que fue autor sentimental de éxito extraordinario por entonces. Se titula *Los cien caballeros de Isabel la Católica*, y el antifaz fue atuendo obligado para quien cree haber nacido musulmán pero es cristiano: para ocultar que es el antiguo enemigo, debe vivir enmascarado. En ambos casos se trataba de personajes trazados por la ley del valor y la justicia, sin resquicios, sin vacilaciones, y en el caso del primero con una suerte de alergia a las mujeres que se explica en la castidad como valor moral y ejemplar del héroe monolítico (Lara, ed., 1996).

Aunque lo más probable es que en manos de los muchachos estuviesen muy pronto las novelas para adultos, que leyeron enseguida los adolescentes y se adaptaron a formato de comic, de *El Coyote*, de José Mallorquí, auténtica industria de la literatura de género que inundó el país de peripecias del oeste americano —lugar que Mallorquí no pisó nunca— además de muchos otros autores que encontraron en esa escritura una vía de supervivencia como Francisco González Ledesma, que firmó *Silver Keno*, o Marcial Lafuente Estefanía, entre los más conocidos. Y entre las mujeres fue imbatible la capacidad de producción escrita de una mujer, Cortín Tellado, pero también de autores a menudo disfrazados de nombres femeninos más evocativos, o rasamente españoles, como el ya citado Rafael Pérez y Pérez. En todo caso, y como advertía una entrega de *Mis chicas* —revista para niñas, que quedó lejos del éxito algo posterior, en los cincuenta, de las refinadas aspiraciones burguesas de *Florita*, de Vicente Roso—: “Antes de leer un libro consulta con un sacerdote”.

La retórica de la prensa, la oratoria oficial o la publicidad procuraban transmitir una segunda realidad apta para borrar la evidencia de la des-

trucción y los muchos años que todavía las ruinas habían de poblar las ciudades españolas. A menudo las paredes podían mostrar las efigies de Franco y José Antonio, con el yugo y las flechas, en un negativo que se invitaba a contemplar fijamente para verlo reproducido después en la retina... Se publicitaban también enfáticamente las labores del Auxilio Social, sobre todo en Navidad, y pronto se había de olvidar la fascinación nazi que vivió la España oficial. En Barcelona se celebró en el cine Victoria el aniversario de Hitler en abril de 1940 con la colonia alemana en pleno y un retrato del Führer, de tamaño natural, que convivió con las visitas de Serrano Suñer a Mussolini y el conde Ciano, cuyas memorias serían un selectivo éxito de ventas en España unos años después.

Los toros siguieron siendo, junto con el fútbol, la otra afición incombustiblemente popular del español, y la fecha trágica ha seguido siendo por mucho tiempo la que terminó con la vida de Manolete, cuando un miura llamado Islero lo cogió en agosto de 1947. La otra gran figura del momento era el mejicano Arruza, pero enseguida iban a sobresalir nuevos nombres, como Antonio Ordóñez, Chamaco o *El Cordobés*, pero son sobre todo Domingo Dominguín o el también actor Mario Cabré quienes atraen la atención del público. Ambos comparten relaciones y fascinaciones internacionales, el primero amigo de Ernest Hemingway y con tratos políticos con la izquierda clandestina, o con Picasso, y al segundo se le vio, y se dejó ver, con una gran actriz de Hollywood, Ava Gardner. La revista musical seguía siendo una afición extendida, aunque el Paralelo barcelonés no iba a recuperar nunca la vitalidad de la pleguera y malvivió todavía muchos años sin grandes éxitos pero sí con un público rutinario y fiel que se embelesaba con Celia Gámez mientras trataba de localizar la pulga que había perdido en algún lugar de su anatomía.

• *El imaginario sentimental: cine, copla y radio*

El cine iba a dotar a muchos españoles de las imágenes que necesitaban para borrar el presente y fingir una realidad normalizada y establemente feliz. Se asistió a las comedias sentimentales norteamericanas —Cary Grant, Clark Gable, Edy Lamark— e italianas y al cine alemán de la UFA, pero también se vio el cine autóctono. Los años cuarenta llenaron las pantallas de comedias alegres y festivas, ambientadas en amplios salones burgueses con damas muy planchadas, tacón de aguja y postizos sin protesta, acompañadas por hombres trajeados, de bigote fino y pañuelo cuidadosamente abandonado en el bolsillo superior de la americana. Con exquisita discreción el servicio doméstico uniformado e impoluto, servía el café que era café y, sobre todo, el ele-

mento decisivo, ese teléfono blanco que sirvió para designar este tipo de comedia sofisticada. Se llamaron de *teléfono blanco* a imitación de la Italia fascista, que empezó a producir películas con esos aparatos que sólo existían en los estudios cinematográficos (afuera eran de madera y baquelita negra). En España fueron el resultado de dos efectos combinados: el mimetismo italiano y la influencia de la gran comedia norteamericana, la que estaban filmando Ernst Lubitsch o Sturges. Aquí los resultados fueron mucho más modestos, en cintas que rodaron personajes como Gonzalo Delgrás, —con títulos como *La tonta del bote* o *Un marido a precio fijo*, que narraba un falso e improvisado matrimonio de conveniencia, a partir de una novela de una autora de género sentimental muy popular en aquellos años, María Luisa Linares Becerra. Enredos sentimentales y una ociosidad muy chocante para quienes apenas podían sobrevivir fuera de las pantallas los pudieron contemplar los españoles en títulos a veces muy explícitos, como *Deliciosamente tontos* (1943), de Juan de Orduña, las películas de José María Castelvén o del humorista y escritor en activo desde antes de la guerra, y de considerable interés —colaborador de *La Codorniz*—, Edgar Neville, que hizo su aportación con *La vida en un hilo*, de 1945. La evidente y notoria falsedad de aquel mundo tenía el valor de señalar todo lo que nunca vivirían los espectadores (Gubern, ed. 1995).

Fue la mayor productora cinematográfica de la época, Cifesa (Fanés, 1997), la encargada de impulsar un género que pronto pasaría a convertirse en emblema de la falsedad de escaparate de una época, al igual que lo hizo el otro género más cultivado en ese tiempo: el cine patriótico y religioso, que podía armarse en torno a una trama histórica ambientada en tiempos de los Reyes Católicos —obsesivo referente modélico de la cultura de una época—, o bien referirse a la inmediata guerra recién vivida. De los tres géneros surgiría pronto una industria cinematográfica que dio películas de éxito de público, escasa relevancia estética y utilidad política. Y por supuesto, también todo producto cinematográfico fue sometido a censura (Gubern, 1981).

Una semejante intencionalidad política hay detrás de estas películas de temática histórica y patriótica. Quisieron ser propaganda de una realidad que empezaba a comparecer también en el papel satinado y las lujosas fotografías de la revista *Hola*, con un formato casi idéntico al de hoy mismo, y la misma atención bobalicona por las familias aristocráticas, o las monarquías europeas en el trono, además de una marcada predilección piadosa por las coronas destronadas y ambulantes por avatares políticos de sus propios países. La futura reina Sofía fue miembro de una de estas familias en el exilio. Pero hubo más, como *Mundo diario*, o *Semana*, o la que adquiriría una considerable notoriedad en el ámbito intelectual a partir de los años sesenta, *Triunfo*, que ahora era en esencia una revista cinematográfica de talante pare-

ció al primer *Fotogramas*, que también nace en los años cuarenta, donde convive con *Primer plano*. Esta última quiso ser la guía teórica desde el falangismo para un nuevo cine que cumpliera muy mal las consignas esperadas por los intelectuales del partido único: demasiadas concesiones a la chabacanería populista, al chascarrillo o a la mera torpeza de estilo, y muy lejos de las altas cotas de dignidad estética que los teóricos quisieron inyectar al cine.

Son todos indicios suficientes del sentido de la cultura popular animada por el nuevo poder, que se nutre en esencia de sí mismo. La autarquía económica forzada por la guerra y el aislamiento político en la Europa de los años cuarenta debe entenderse también en términos culturales. El nacionalismo impúdico y la autorreferencialidad del arte, la vinculación con el propio pasado y la exaltación de los episodios históricos fundadores de una nación católica son rasgos que tiñen toda la crónica cultural del tiempo, desde la música popular y ligera —la copla y la zarzuela— hasta los temas de los dramas históricos, pasando por los modelos arquitectónicos y el neopetrarquismo de la poesía de inspiración barroca.

Y aunque resultase muy frágil, la huella de intención épica, de épica menor, estaba también en los guiones y el tono de los locutores responsables del NO-DO (Noticiarios y Documentales), cuya emisión abría obligatoriamente las sesiones de cine desde la fundación del servicio en diciembre de 1942. Fue fundamental herramienta de propaganda política y control informativo hasta poco después de la muerte de Franco, y no siempre fue mala la calidad de sus películas, como ha notado recientemente Saturnino Rodríguez (1999). Por las cámaras del NO-DO pasaron desde desfiles hasta inauguraciones, desde recepciones oficiales a estadistas extranjeros hasta las jornadas de fecunda pesca del Generalísimo o las estridentes voces de los ganadores del boleto premiado de la Navidad. En todos los casos, sin embargo, ondeaban siempre como emblemas necesarios del “nuevo estado” la efigie de Franco, la bandera restituida, el escudo y el himno nacional.

El nuevo poder promovió también un elenco de nuevos mitos y nuevos nombres que contraponen al pasado y lanzar hacia el futuro. En cine o en pintura, en poesía o en novela, en música o en arquitectura, el nuevo régimen quiso subrayar su particular búsqueda de la hispanidad católica. Y un pequeño núcleo de nuevos nombres ha perdurado como los rostros cinematográficos de una posguerra viril y bélica, española y bronca, muy andaluza y todavía profundamente anclada en criterios morales anacrónicos, de rastro rural y todavía por completo ajeno a las transformaciones de la vida cotidiana que va a vivir el siglo. Los nuevos galanes del cine español se llaman Alfredo Mayo y Fernando Rey, Jorge Mistral, Fernando Fernán Gómez o Francisco Rabal. Y entre ellas, las nuevas caras se van a llamar Amparo Rivelles, Aurora Bautista o Sara Montiel. Estos años van a ver el lanzamiento de algu-

nos nombres de cantantes folclóricas que insospechadamente han sobrevivido en distintas actividades artísticas hasta nuestros días, y casi todas ellas consagradas en el mundo del espectáculo por el director Luis Lucia, como Juanita Reina, que fue *Lola la Piconera*, o Carmen Sevilla que fue *La hermana San Sulpicio*, o la *Morena Clara* que interpretó Lola Flores.

Muchas de estas películas fueron auténticos éxitos de taquilla de su tiempo, aun cuando el cine seguía teniendo una consideración social y cultural inferior al teatro. Era un entretenimiento barato y solía convertirse en lugar de refugio para los chavales —a veces para pasar por las manos de las *pajilleras*— o las parejas furtivas (aunque casi todas lo eran). Significativamente, un éxito en el cine podía intentar la salida a las tablas de un teatro para confirmar su valor estético y artístico, como prueba última de su buena factura. Por eso el escritor Miguel Mihura —autor en 1933 de *Tres sombreros de copa*, auténtico anticipo del teatro del absurdo de la posguerra y cuyo estreno ha de esperar a 1953— adaptó al teatro su comedia de teléfono blanco *Mi adorado Juan* y lo mismo quiso ensayar otro escritor humorístico, como Edgar Neville con la ya citada *La vida en un hilo*.

Pero al margen de su valor artístico, consiguieron imágenes voluntariosas de una nueva España, que no andaba tan lejos de la anterior como querían sus nuevos poderes: el folclorismo y la canción andaluza, la copla y el desplante chulesco de la zarzuela habían sido patrimonio popular desde mucho antes, como las tonadas de Concha Piquer o Imperio Argentina no resultaban nuevas.

Lo distintivo fue, de nuevo, el uso político de un cine que enmascaraba de dramón histórico una lección sobre el presente. En clave simplificada e interesada, la transposición al presente era casi siempre un resorte que funcionaba, fuese en las viñetas de *El guerrero del antifaz*, fuese a través de los seriales radiofónicos de Sautier Casaseca, fuese incluso a través de algunas de las canciones del tiempo. El público sentía la identificación inmediata con una peripecia que había sido suya, un poco como sucedió muchos años después con una película de éxito inesperado de público como *Nueve cartas a Berta*, de Basilio M. Patino: incluso quienes no tenían motivos para sentirse gratificados por la película la vieron con la nostalgia y la complicidad de lo vivido.

No era del todo raro que apareciesen —sobre todo desde la guerra fría, desde finales de los cuarenta— comunistas en películas o, más raramente, en novelas u obras teatrales. La condición indispensable era subrayar su mal congénito y su deformación natural e invencible, y la lección moral y política de la obra no podía dejar dudas. De hecho, la repatriación en el buque *Semíramis* de los presos en la URSS de la División Azul había sido un acto trascendental de afirmación patriótica (como las reivindicaciones de la territo-

rialidad española de Gibraltar) cubierto con gran despliegue de medios en el puerto de Barcelona en 1954. Más de una y de dos películas habían usado ese dato biográfico como eje central. El anticomunismo visceral de Franco se proyectó incansablemente en sus numerosos discursos de la época, pero también en algunas películas como *Murió hace quince años*, de Rafael Gil, en 1954, o la *Rapsodia de sangre*, de Antonio Isasi-Isasmendi, de 1957.

El rumbo del cine político, sin embargo, había quedado trazado desde muy temprano por el propio general Franco, que firmó con el seudónimo de Jaime de Andrade el guión de la película *Raza*, de 1941. Fue una producción muy cara y muy bien estudiada, con múltiples escenarios y decorados. El propio dictador escogió a José Luis Sáenz de Heredia para filmarla, que fue primo hermano de José Antonio Primo de Rivera y antes de la guerra había colaborado con Luis Buñuel. La película es muy tosca de guión y planteamientos y busca un alegato político sobre el presente. Como ha explicado Nancy Berthier (1998) se leyó y se contempló como película de propaganda política que enseñaba los modos maniqueos en que debía tratarse la exaltación patriótica y religiosa de España, el nacionalismo de tintes racistas –como a menudo lo era en las páginas de la revista humorística *La Codorniz*, por ejemplo– y la demonización sin paliativos del enemigo rojo como madre de todos los males. Mucho tiempo después Román Gubern releyó esta película como involuntaria confesión de los demonios familiares de Franco, que construye una familia Churruca que desdice punto por punto la realidad de su verdadera familia (con un padre aficionado al vino y a las mujeres, y hermanos de tinte republicano). Este cine no ha resistido el paso del tiempo, con excepciones como *Sin novedad en el Alcázar*, de 1940, que fue una producción italiana de Augusto Genina, pero hoy puede verse como testimonio inconfundible de la ferocidad de una época, en películas de los primeros años como *A mí la Legión* (1942) de Juan de Orduña, o recreaciones de episodios bélicos protagonizados por heroicos miembros del ejército sublevado contra la República.

El cine patriótico lo firmaron Rafael Gil o Juan de Orduña, con alguna película de gran y duradero éxito, como *Locura de amor*, de 1948, donde se recreaban con infinita torpeza y aparatosidad retórica los ambientes del Renacimiento español. Juana la loca era en esa película Aurora Bautista y compartía reparto con Fernando Rey y Sara Montiel; Amparo Rivelles había sido *Eugenia de Montijo* en 1944, en la película de José López Rubio, y las posibilidades del género las habían de mostrar Ignacio Iquino al filmar *El tambor del Bruch* en 1948, o Juan de Orduña con *Agustina de Aragón* (1950) o *Alba de América* (1951), que es una patosa biografía de Cristóbal Colón. Lo común a estas películas era la tosquedad de la ambientación, la rigidez de las interpretaciones y el énfasis sobreactuado de los actores cuando sus textos hablaban del orgullo de ser español, del valor católico de la patria, de la derro-

ta, la muerte o la santa providencia: la mirada puesta en el horizonte y la trascendencia engolada en la voz de actores envarados (y siempre doblados, aunque fuese por ellos mismos).

Rafael Gil volvería a otro de los temas históricos centrales de la España más estereotipada del siglo, el mito de Carmen según lo dejó la novela de Prosper Mérimée y recreó en una famosísima ópera Georges Bizet a finales del siglo XIX. Pero mientras Florián Rey había filmado una *Carmen de Triana* en 1938, en estudios alemanes y con Imperio Argentina, que era fiel al modelo de Mérimée, veinte años después Rafael Gil rodará una adaptación rebajada y limada del personaje. Ya no juega con dos hombres de dos ejércitos enfrentados, el español resistente y el francés invasor en plena guerra de la independencia (1808), sino que debe resolver una perplejidad sentimental sin mayor trascendencia. El responsable de la idea fue el dramaturgo Alfonso Sastre en 1959, y la protagonista de *Carmen la de Ronda* fue Sara Montiel, después de una fecunda aventura en Hollywood –se casó allí con Anthony Mann y obtuvo algunos papeles notables en películas, como *Veracruz*, de Aldrich– y, sobre todo, tras su auténtica consagración en *El último cuplé*, uno de los éxitos más grandes del cine español de la posguerra, en 1957, aunque también el final de la que fuera “la antorcha de los éxitos” en los años cuarenta, la productora Cifesa.

Pero había sido un cine muy común de los cuarenta, el cine de época, cuyo modelo fue *Goyescas*, de Benito Perojo, en 1941, y que había de nutrirse casi siempre de textos literarios del siglo XIX, novelas de Pedro Antonio de Alarcón que adaptan Sáenz de Heredia o Rafael Gil, como *Pequeñeces*, del padre Coloma, que dirige Orduña, o novelas de Palacio Valdés o los dramas de antes de la guerra de los hermanos Quintero. El cine religioso y patriótico, donde la bondad natural de los creyentes católicos de intachable textura moral triunfa sobre el mal y la adversidad, tiene también algunos nombres propios de relavancia, empezando por J. A. Nieves Conde y su melodrama religioso *Balarrasa*, gran éxito de 1950.

Muy pronto dos chavales van a canalizar la ansiedad de pureza e irresponsabilidad inocente para acentuar los buenos sentimientos de la sociedad humillada de la posguerra. El célebre niño Joselito protagonizaría la *trilogía del ruiseñor* –nombrado así por sus dotes vocales–, de la mano de Antonio del Amo. Pablito Calvo será la encarnación de la bendita inocencia cuando Ladislao Vajda haga una lacrimógena adaptación al cine del relato infantil de J. M. Sánchez Silva –que había sido director del suplemento literario de *Arriba, Sí*–, *Marcelino Pan y vino*. También casi todo era feliz en los finales marcados por música pegadiza de las películas que protagonizaron las penúltimas niñas del cine español, dos jovencísimas muchachas que se llamaron Rocío Durcal y Josefa Flores (*Marisol*). A ambas las dirigió el mismo Luis

Lucía recién citado y con ellas se llega a la frontera de los años sesenta, porque a Marisol la descubrió el productor Goyanes en una retransmisión televisiva de los Coros y Danzas de Málaga. La contrató para películas que conmovieron a jóvenes y mayores inestables, como *Un rayo de luz*, 1960, *Ha llegado un ángel*, 1961 o *Tómbola*, de 1962, con una de las canciones más simples y pegadizas de la segunda mitad de la etapa franquista.

Se lloró mucho viendo estas películas, colapsadas de buenos sentimientos y maldades diabólicas que acaban venciendo. En la primera posguerra tuvieron mucho de válvulas de escape ante la miseria y la pobreza sin remisión de un entorno real, pero a menudo estaban hechas con eficacia técnica y pulcritud de dirección, porque se asumió el cine como un oficio profesionalizado. En 1947 se funda la cuna de la futura Escuela de Cine (entonces es el Instituto de Investigaciones y Experiencias Cinematográficas), de donde surgen algunos de los mejores directores españoles, como Berlanga, Bardem, Saura o Martín Patino (Pozo, 1984).

Pero se lloró mucho también cuando todavía no existía la televisión —en España empezó a emitir con regularidad intermitente y torpona en 1957, aunque la primerísima prueba de emisión fue una corrida de toros, en 1948—: se lloraba, por la tarde, entre la cinco y las cinco y media, que era la franja horaria de seriales radiofónicos que hicieron época y han marcado la memoria de muchas generaciones, crecidas en los aires estancados y las cocinas sin ventilación de los pisitos de la posguerra, aunque también los patios de luces de la burguesía —porque a los patios de luces daban las cocinas y las habitaciones del servicio—. Era un acto programado escuchar en familia, o con el vecindario más próximo, las nuevas peripecias del serial diario, generalmente cuando los firmaban primeros especialistas en el género como Guillermo Sautier Casaseca y Luisa Alberca —de la pareja fue el gigantesco éxito de *Lo que nunca muere* o en menor medida *Un arrabal junto al cielo*—, y al que seguirían en la misma década del cincuenta éxitos en solitario de Sautier Casaseca como *La segunda esposa*, *Ama Rosa*, *María* o muchos otros, bien en guiones originales, bien en adaptaciones de novelas clásicas, como *El conde de Montecristo* o *Los tres mosqueteros*. Los seriales nacieron de la adaptación a España de una fórmula argentina, novelones sentimentales pensados para la radio, y el primero en hacerlo fue Sautier Casaseca, y no ha de ser en absoluto ajeno al éxito de *Lo que nunca muere* (1953) la simple trama que explica su argumento sobre el enfrentamiento de dos hermanos con biografías dispares. Han luchado en bandos opuestos en la guerra pero terminan aprendiendo a reconciliarse. El uno, Enrique, ha sido un muchacho crecido en ambiente pobre y naturalmente resentido, y ha cursado estudios en la Unión Soviética; Carlos ha sido en cambio el militar de éxito y seguro de sí mismo, siempre con niveles de prosperidad superiores a los que ha ido logrando su hermano pobre (Díaz, 1997).

A principios de los cuarenta la radio no era aún un aparato ordinario en los domicilios españoles, como sí iba serlo a medida que avanzaba la década. En 1943 se calcula que existía un millón de aparatos receptores de radio, cifra que llega a casi tres millones en 1955, es decir cerca del uno por ciento de la población. Solía programar las nuevas y viejas voces para un tiempo oscuro se escucha a Concha Piquer, que canta *Tatuaje*, o a Imperio Argentina (La Argentinista salió de España con la guerra y murió muy pronto) o letras de Rafael Medina, como *Perfidia*. Pronto esos mismos años cuarenta iban a empujar al aire otros templos y otras voces de la canción andaluza: desde el trapío insolente y retador de Lola Flores, “la faraona”, hasta el gracejo de Carmen Sevilla, de Estrellita Castro o de Juanita Reina, además de nuevos cantantes como el mexicano Jorge Negrete, Juanito Valderrama o el bailarín Antonio Molina.

Las largas colas del racionamiento de la posguerra se amenizaron con otras melodías pegajosas y muy populares, frecuentísimas en las ondas, como “Se vive solamente una vez”. El bolero que nadie dejó de tararear fue “Bésame mucho”, de Consuelo Velázquez, y una de las canciones más absurdas y difundidas del tiempo, “Raska Yu”, de Pedro Bonet de San Pedro compartía memoria y dial con la irresistible Rita Hayworth que cantaba el bolero “Amado mío” en *Gilda* —si se había escuchado en el cine podía ser a riesgo de recibir algún mandoble de las escuadras católicas más integristas—, aunque a nadie escaparía la identificación de los tonos festivos y joviales de las grandes orquestas de Glenn Miller o de Bernard Hilda. Antonio Machín era un cubano negro que cantaba con mucho sentimiento “Angelitos negros” y los éxitos del maestro Antonio Lara fueron encadenándose sin descanso hasta el ya tardío chotis “Madrid”, que estrena en la radio con Lola Flores y Carmen Sevilla. La nueva programación radiofónica no desatendería tampoco la educación literaria de la nueva sentimentalidad, con poemas y versos de Eduardo Marquina o José María Pemán —suyo iba a ser, por ejemplo, el himno oficial del Congreso Eucarístico de Barcelona en 1952—, de Rubén Darío, Eusebio Blasco o Rafael de León...

Pero sin duda algunas de las letras más insoportablemente grabadas son las sintonías de los anunciantes de los múltiples concursos, o los patrocinadores de los seriales radiofónicos. Algunas son clásicos de hoy mismo, como el anuncio de Cola Cao —“Yo soy un negrito del África tropical [...] Es el Cola Cao desayuno y merienda. Es el Cola Cao desayuno y merienda ideal”—. Otros eran productos de primera necesidad en tiempos del piojo verde: “DDT chas/ DDT chas/ no hay quien te aguante, tú como el gas/ la muerte das/ en un instante”, lo que podía dejar con el ánimo suspenso cuando los juicios de Núremberg congregan la atención política internacional. Los había también de inocencia muy blanda aunque súbitamente descon-

certante, cuando de coletas se trata: "Soy el rico flan chino El Mandarín/ que he venido del Pekín de la ilusión. / Mi coleta es de un tamaño colosal/ y con ella me divierto sin cesar". Pero posiblemente era verdad ese jolgorio porque algunos anunciantes sabían demasiado los motivos que daban dolor de cabeza a las amas de casa (para eso estaba Okal: "Amargada y dolorida/ la jaqueca me tenía./ Desde que Okal he tomado/ Voy a ser aún más jovial"). Las soluciones debían ser simples y prácticas, como las de los tintes Iberia, según medita la pragmática voz de la canción: "Hace años se gastaba/ el hombre un dineral/ pues la mujer compraba/ un vestido semanal./ Hoy visten mil colores/ que no le compre otro ya/ pues con cambiar los colores/ se logran primores./ Y de moda vas". Las modas están a punto de convertirse en los patroneadores de la vida comercial, al menos en los sectores mejor asentados de la sociedad española, que son muy pocos pero determinan el tono de la vida.

Según algunas encuestas de consumo de la época, las preferencias del público ponían por delante el radioteatro o las radionovelas, después los programas de variedades y por fin los concursos, que eran los reyes de las mañanas —como esa era la franja horaria óptima de los anuncios citados arriba. Podían basarse en la colaboración del público, que debía encontrar algo y llevarlo a la emisora para participar en algún fabuloso sorteo (después se harían ante notario), como narró con brillantez J. L. Saénz de Heredia en *Historias de la radio*, de 1955. O podían ser otros programas muy seguidos, como el primero que existió, en radio Barcelona, de RNE, desde 1944, *¿Lo toma o lo deja?*, o ya desde Madrid, el *Doble o nada*, en 1949, en fórmulas que permanecieron invariables durante muchos años o se trasladarían a las pantallas de televisión en los años siguientes (Munsó Cabús, 1988; Díaz, 1997).

La música la animó una sección fundamental del tiempo, que fue la de discos solicitados —y dedicados— para una población que carecía de gramófonos, cuando el giradiscos había de tardar todavía muchos años en llegar. Aunque la música ligera tuvo siempre reservados grandes espacios, sobre todo en la radiofonía privada, que por entonces era la SER. La Sociedad Española de Radiodifusión nació de la incautación de la antigua Unión Radio, de Nicolás M. de Urgoiti, fundador del gran periódico liberal *El Sol*, donde la música había contado con un crítico y cronista de excepción, como Adolfo Salazar, y en cuya cadena de radio la música clásica la dirigía el compositor Salvador Bacarisse. Tras la guerra optó abiertamente por la música comercial mientras que RNE prefirió un formato más serio y riguroso. Y ciertamente las emisiones y retransmisiones de música clásica, y el cuidado de la programación, sobresalen como rasgo propio de aquella radio, cuando entre sus consejeros podía estar el maestro Joaquín Rodrigo.

Pero el auténtico protagonista de la radio de aquellos años fue un programa de Bobby Deglané, chileno formado en los Estados Unidos, que adaptó en España una fórmula de extraordinario éxito, *Cabalgata fin de semana*. Se emitía las noches de los sábados hasta primeras horas de la madrugada, con un ritmo trepidante y una capacidad de improvisación original y muy sugestiva. Y lo que iba a seguir nutriendo la música popular iba a ser la zarzuela, que vivió una efímera pero intensa resurrección como género lírico, y con diferencia el más escuchado en la España de la posguerra. La nueva producción fue escasa, con la excepción de las obras del maestro Sorozábal: *La del manojo de rosas*, de 1934, quiso adaptarse a los nuevos tiempos, como lo hizo con *La eterna canción*, de 1945, y muchas otras, pero fueron las zarzuelas de toda la vida —las de Moreno Torroba, Jacinto Guerrero o, más atrás, el maestro Chapí— las que volverían a grabarse en la memoria sentimental para compensar otras ausencias. Las romanzas y los lances de *Los gaviñanes* y *Luisa Fernanda* —que es una de las más representadas zarzuelas españolas, obra de Moreno Torroba en 1932—, o la dramática historia religioso-moral que cuenta *La Dolorosa* —en torno a un fraile enamorado, y padre clandestino— o los desgarros sentimentales de *La verbena de la Paloma* —que viviría también una adaptación cinematográfica de grandes vuelos, protagonizada por el nuevo galán Vicente Parra y Concha Velasco.

Las formas del ocio popular se mezclan hoy en una maraña confusa. Se difumina los matices y los ecos sentimentales que entonces si detectaba una población con memoria y muchas humillaciones. Cuando ese pasado se evoca salvando las trampas de la nostalgia, suele resucitar también el fondo viscoso del miedo que las canciones y las películas, los seriales y los concursos intentaron, y en medida lograron, borrar o disimular. Eran artífices simbólicos de una representación teatral dirigida desde el poder. Su objetivo esencial fue nutrir de nueva vida el imaginario popular, pero el papel que desempeñó esa cultura del ocio fue más allá de eso, o tuvo otra cara. Disfrazó de jovialidad y despreocupación el quietismo histórico de la posguerra, esa especie de inmovilidad silenciosa que, pese al ruido y la retórica, da el miedo a las sociedades sumisas.



Unidad V. Edad contemporánea: Siglo XX: De la Segunda República a España miembro de la Comunidad Económica Europea.

Ruiz Carnicer, Miguel Ángel, "Capítulo II. La Ley de la victoria" en Miguel Ángel Ruiz Carnicer y Jori Gracia García, *La España de Franco (1939-1975). Cultura y vida cotidiana*, Madrid, Síntesis, 2001, pp. 39-68

Miguel Ángel Ruiz Carnicer es profesor titular de Historia Contemporánea en la Universidad de Zaragoza, España, y, actualmente, decano de su Facultad de Filosofía y Letras. Especializado en historia de los movimientos estudiantiles y las asociaciones juveniles en el periodo contemporáneo.

En este apartado el autor nos presenta con más detalle la vida cotidiana del campo y las ciudades. El campo va a vivir a contradicción de ser, por un lado, el punto de referencia en cuanto a valores y modelos de vida del franquismo, que exalta el medio rural, y singularmente el campo castellano y sus virtudes de sacrificio, abnegación, valores religiosos, modelo familiar patriarcal, ausencia de propósitos emancipadores o colectivistas, frente a una ciudad que representaba la degeneración de esos valores, el cosmopolitismo, la pérdida de religión, etc.

En ambos capítulos el autor explica cómo se vivió la represión política, económica, social y moral durante el franquismo y cómo frente a todo esto dieron algunas revueltas clandestinas. De tal manera que estos capítulos ayudan a entender el tema "Dictadura de Francisco Franco", indicado en la Unidad V. Edad contemporánea: Siglo XX: De la Segunda República a España miembro de la Comunidad Económica Europea.

La ley de la victoria

Cualquier reflexión sobre la cultura, en el sentido amplio del término, ha de partir de un hecho que, aunque algunos lo han podido ver a veces como un análisis parcial, responde a la más estricta realidad de la época: el estado victorioso de la guerra civil es un estado terrorista. Esto es, utiliza el terror como elemento de cohesión forzosa de la población. Este terror provenía, obviamente, del terror originado en la confrontación bélica, con la enorme dureza de todos los conflictos civiles y, hasta cierto punto, era visto como inevitable, aunque en este terreno, como Paul Preston y muchos otros autores han dejado claro, las diferencias entre un bando y otro eran claras: la represión fue un instrumento de unificación y encuadramiento en la zona franquista; en la zona republicana, pasados los primeros meses fue algo que se intentó controlar —no siempre con éxito— desde los distintos gobiernos y autoridades. En todo caso, tras el 1 de abril de 1939, el terror va a seguir siendo utilizado como forma de hacer posible la fundación y posterior asentamiento del régimen. Un terror que tiene muchas caras y no se cifra sólo (aunque también y muy relevantemente, claro está) en las sacas nocturnas de los falangistas o en el terrible mecanismo de la depuración a todos los niveles o en las calles tomadas por uniformados que reivindican a gritos sus posiciones ante el temor de los ciudadanos, sino que está presente en la prepotencia de los vencedores sobre los vencidos, en la humillación íntima de la casa de vecinos, en las condiciones de vida de una población en la miseria, en la extensión de una gran red de campos de concentración repletos, que complementan unas cárceles superpobladas.

Es difícil describir, hacer participar al lector del ambiente de la inmediata posguerra. La mejor vía es detenerse en cualquiera de los libros de

ficción o las memorias de los coetáneos, cuando nos dibujan el ambiente de las calles de la España de la posguerra. La nómina sería larguísima. Una buena muestra de ese ambiente nos lo da Francisco García Pavón en su novela *Los nacionales*:

En aquellos tiempos, la calle de Echegaray y sus inmediaciones, se convirtieron en el barrio juerguista y andalucero de Madrid: señoritos de pueblo, estudiantes, legionarios y prostitutas todavía con las caras famélicas que les dejó la guerra, eran la parroquia normal desde que caía la tarde.

Bajo las luces amarillentas: el chato de vino y la aceituna, el pito mal liado, la baba, la carcajada y el cuello duro. El condón pisoteado; la copla balbucida y roncadora; la gitana de la lotería. El regüeldo y el vómito, la paliza en la esquina, y el apodo de 'rojo' al discrepante, conformaban aquellas noches de posguerra.

El señoritismo anacrónico, patriotero y clerical que reavivó la 'Cruzada', volvió a vestirse de luces y desplantes, de folclore barato y mantillero, como la más pura esencia españolista. Otra vez la gracia y el sale-ro, la amante mal pagada, la sangre de los toros y los hombres declaraban guerra a muerte a nuestras inteligencias más logradas en las últimas generaciones (García Pavón, 1995: 125-126).

En el mundo rural el ritmo del trabajo agrícola y sus estaciones se reem-prende, pero empapado de los enormes odios desatados, de un ambiente de venganza y con unos alcaldes y autoridades que junto a los mandos locales de FET imponen la contrarrevolución. Las deportaciones de personas de unas provincias a otras, los celos por el retorno de antiguos huidos, el desquiciamiento de muchas familias era un hecho normal y cotidiano. En muchos casos el clima de guerra civil se va a mantener por las acciones de los huidos en las zonas montañosas en las que operan, pero también porque en todos los actos de la vida cotidiana se deja constancia de quiénes han vencido y quiénes han perdido. Durante muchos años, prácticamente hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial, las patrullas de falangistas o de la Guardia Civil van a mantener en vilo a las familias de quienes habían estado con la República y habían muerto o ido al exilio. Son los escondidos durante años en las casas, siendo conscientes de que se jugaban la vida.

El campo va a vivir la contradicción de ser, por un lado, el punto de referencia en cuanto a valores y modelos de vida del franquismo, que exalta continuamente el medio rural, y singularmente el campo castellano y sus virtudes de sacrificio, abnegación, valores religiosos, modelo familiar patriarcal, ausencia de propósitos emancipadores o colectivistas, frente a una ciudad que representaba la degeneración de esos valores, el cosmopolitismo, la pérdida

de la religión, etc., al menos hasta los años sesenta, cuando la emigración hacia la ciudad en pleno proceso de industrialización es imparable. Sin embargo, por otro lado, esta exaltación del campo, esta ideología re-ruralizadora que tiene su traducción en el arte (especialmente la arquitectura), en el cine y en la literatura, se encuentra con la contradicción de la mala situación que se vive en el campo, en donde encontramos ineptitud a la hora de la toma de decisiones, un extremo conservadurismo favorecedor de los grandes propietarios, una negativa a cualquier tipo de reforma, que sólo se empieza a plantear en los años cincuenta, con algunas tímidas medidas del ministro Cavestany, y un medio en el que la corrupción va a crecer auspiciada por el Servicio Nacional del Trigo, el intervencionismo oficial y la proliferación del mercado negro.

Incluso cuando las cosechas eran buenas, la ineptitud, la corrupción, y el desvío de producción hacia Alemania, en los primeros años cuarenta (Richards, 1998) forzarán el hambre, a veces muy extenso y brutal y la carencia de productos como el aceite o el trigo, que no tenían por qué haber tenido problemas. Desde ese punto de vista, y como veremos, acciones pasivas y sordas de resistencia serán puestas en marcha por las comunidades campesinas. Este caos se mantendrá hasta principios de los cincuenta, sin que la guerra pudiera explicar estos problemas, dando lugar a la extensión del descontento entre importantes franjas de población, incluidas las favorables *a priori* al régimen o que habían luchado en sus filas durante la guerra. Sólo con esta mala situación de la población se entiende la emigración masiva que desde amplias zonas de Andalucía, Extremadura y Castilla la Nueva se va dar, fundamentalmente hacia Madrid. Esta emigración interior no va a tener el carácter masivo característico de la emigración en los años sesenta sino que tiene un carácter más local, tiene un fuerte componente político (se huye de los odios y las presiones mucho más cercanas en el medio rural, buscando la libertad de movimientos que proporciona la ciudad) y está fuertemente marcada también por la mitificación de la ciudad como un medio en el que se multiplican las oportunidades.

Aunque los problemas de la miseria alimenticia, las enfermedades y la proyección bravucona de la alegría de los vencedores son comunes a toda España, ciudades de provincias de carácter medio y que habían vivido durante la guerra en el bando vencedor, como Valladolid, Sevilla, Burgos, Salamanca o Zaragoza, aunque en ellas también los vencidos sufran la represión, las sacas y la tensión política, no se pueden comparar con lo que se experimenta en Madrid. Madrid simboliza el espíritu republicano de resistencia y en cuya ocupación se proyectan muchas venganzas y ajustes de cuentas (Mainier, 1998, *passim*) y en donde la miseria campea, agravada por esta emigración y la inexistencia de servicios comunes, viviendas o una infraestructura de higiene mínima (Richards, 1998: 165). La carencia de viviendas hará que esta situa-

ción de precariedad se mantenga hasta los años sesenta, con casos de personas viviendo en cuevas o en chozas construidas en el extrarradio, dando lugar a un terrible cinturón de miseria en torno a las capitales, lo que contrastaba con la situación de los funcionarios civiles y militares del estado o los que tenían proximidad política al régimen, o méritos de guerra que destacar (condición de ex-cautivo, de ex-combatiente, tener hijos o familiares "caídos por Dios y por España") que van a beneficiarse de viviendas de protección oficial. Este mundo urbano es también de depauperación, mercado negro, picaresca con las cartillas de racionamiento, de estraperlo, de mendicidad también, de la pobreza más extrema y de una creciente y rampante prostitución no habitual, consecuencia de la necesidad de alimentarse a uno mismo y a los hijos, más que del "desvalimiento moral al que el marxismo y la horda" habrían conducido a la población, según insistían los medios oficiales del régimen.

En todo caso, en la ciudad, hay también una gran diferencia entre unos barrios y otros, unas calles y otras, unas familias y otras. Difícilmente se puede hablar de una vida unívoca. Sólo muy lentamente se van reconstruyendo los paisajes habituales y abriendo las tiendas, los cafés y otros signos de normalidad. No obstante, para los vencedores, enseguida se restablece el viejo estilo de vida: restaurantes, teatros, espectáculos, un empleo estable... En el centro se construyen pisos y se empiezan a amasar fortunas. Es incontestable la división que significaba el estar ligado a vencedores o vencidos y que se traducía en la existencia de un gran abismo en consideración pública y situación material. La humillación pública será constante hacia los vencidos y se manifestaba de muchas maneras.

La importancia de la apariencia durante estos años será fundamental y se proyectaba en el vestir y en las formas que se adoptaban ante las procesiones o manifestaciones religiosas; en cumplir con los saludos reglamentarios al iniciar y terminar la proyección cinematográfica o la actuación teatral; en el portar la chapa correspondiente de Auxilio Social o el yugo-y-flechas omnipresente; en la participación en los desfiles; en la asistencia a misa; en el uso exclusivo del castellano en ámbitos lingüísticos distintos, como es el caso de Cataluña, donde el uso del catalán daba lugar con facilidad a incidentes producto de los grupos de matones falangistas que erraban por la calle; en el entusiasmo a la hora de cumplir con los ritos formales en todos los ámbitos (en la escuela, el instituto y la universidad por poner un solo ejemplo que afectaba a muchos miles diariamente, el canto del "Cara al sol" cotidiano brazo en alto). Este respeto formal marcará también en todos los órdenes a la sociedad española y significará la represión de cualquier afán diferenciador, de originalidad, de soberanía personal a la hora de configurar sus ideas y opciones vitales. La supervivencia era el único objetivo en esta dura posguerra y a ello se sometía todo.

La miseria reinante, que será el mayor signo común visual de los años cuarenta, tiene muchas caras. Una miseria que se traduce en el hambre física que lleva en algunos casos, sobre todo en el campo, a la muerte de los más débiles o desprotegidos, o en la ciudad a que la picaresca, el pequeño timo o el hurto sean lo normal. Tras la guerra, cualquier referente ético ha desaparecido, y con ello cualquier ilusión cívica o de construir un proyecto común, especialmente en momentos determinados, como cuando entre mayo y julio de 1940 parece inmediata la implicación de España en la guerra mundial y con ello un nuevo tiempo de desolación y de más penurias aún. En esos momentos, parecía que todo freno moral había desaparecido en todos los sentidos: "la sensación de haber roto las amarras que ataban a un mundo sólido, estable, fiel a la palabra dada y a los compromisos adquiridos que empezó a tambalearse durante la Guerra Civil, se confirmó como tónica vital en una posguerra vivida al borde de la catástrofe y en la inseguridad más absoluta respecto a de lo que el futuro podía deparar" (Abella, 1996: 90). En estas condiciones, la población tendía a mostrar una falta total de escrúpulos, pues sólo quienes carecían de éstos prosperaban, se enriquecían y eran alabados como ejemplos desde instancias políticas y sociales. El contraste social entre los nuevos ricos con su despliegue de automóviles, queridas y lujo contrastaba con una inmensa mayoría social que vivía en una situación de total penuria o de muy marcadas estrecheces, en el mejor de los casos.

Mientras tanto son los uniformes (del Ejército o de la Falange) y las sotanas quienes ocupan la calle y el espacio público y se señala enseguida una doble moral: por un lado un discurso oficial de moralidad basada en valores religiosos de formalidad y respeto, y por debajo un terrible ajuste de cuentas y una lucha por la vida a menudo desesperada. La miseria va a tener dos caras: por un lado, la de quienes viven a costa de ella y por otro quienes la sufren, la mayoría. El estraperlo, fenómeno económico, pero también social, supone una corrupción generalizada y alguien que se beneficia de ella. Aunque el gobierno y FET hagan campañas periódicas contra la venta al margen de los canales legales, la realidad es que es en este terreno de la ilegalidad donde se obtiene el pulso de la auténtica economía cotidiana de posguerra. Las detenciones sólo llegaban a los eslabones más débiles, quedando a salvo los grandes intermediarios, que empiezan a derrochar de forma ostensible, mientras un agudo cinismo inundaba la vida española.

2.1. La represión política

La guerra había supuesto la disrupción de la vida normal de la población, como no podía ser de otra manera. Disrupción que no era un parén-

tesis sino que condiciona la evolución posterior de manera insoslayable. Ya nada vuelve a ser normal, ni siquiera para el sector de la población que se reconoce como vencedor. De hecho, es muy difícil identificar en la asustada y misera población de posguerra a la mitad vencedora. Hay un primer plano gritón y omnipresente, encarnado en los uniformes de falangistas, de militares, milicias universitarias, cuerpos armados... que se desparraman por doquier en las calles, todo ello exacerbado ante el ambiente bélico y de exaltación fascista que se vive con el inicial firme avance de las armas del Eje por Europa. Pero hay una inmensa mayoría recorrida por el silencio. En esa España muy pocos podían gritar. Quienes se pueden adscribir a las clases medias porque cuentan con trabajo y no hay mancha en su expediente político y personal, intentan rehacer sus vidas y algunos lo consiguen. No es una sociedad dividida en dos mitades sino que, aunque va a haber un importante sector que ha colaborado con la victoria de Franco, las penalidades de la posguerra y sus odios harán que no todos los vencedores se entusiasmen con el gobierno. En todo caso, hubo mucha gente que gracias a la victoria franquista tuvo una buena perspectiva personal y una posición cómoda (Folguera, 1995: 173) aunque fuera evidente la dureza de la situación para toda la población en general. En lo que sí coincidían unos y otros, al menos aparentemente, era en el deseo de reanudar una vida de normalidad, intentando recuperar los espacios de sociabilidad de antaño. La situación, sin embargo, iba a convertir estos deseos en sólo una pátina de normalidad.

Sabemos que el 1 de abril de 1939 se termina la guerra oficialmente. Los últimos pueblos y ciudades en manos de la República pasan a manos de Franco. Pero no empieza la paz. Se trata de organizar la victoria. Hacer que media España, los vencedores, sienten sus reales sobre el paisaje después de la batalla y, fieles al espíritu de la guerra civil, evitar que la "tortilla" pueda volverse algún día. Por lo tanto, las detenciones en masa serán la tónica de las primeras semanas y la puesta en marcha de un amplísimo proceso de depuración, ya iniciado en la zona rebelde, pero que ahora llegaba a su plenitud. Para colmo, el ambiente bélico estaba en el aire, lo que hacía mucho más irreal cualquier atmósfera de paz. Se trataba de organizar esa victoria, hacerla duradera y pasar definitivamente al terreno de lo innombrable la experiencia republicana. Franco, como gobernante en la práctica sin ningún tipo de freno y estructura institucional, va a iniciar la delimitación de un Estado en el que el ingrediente básico, al uso de los totalitarismos europeos, va ser el partido único creado durante la guerra, FET y de las JONS por un lado y la Iglesia, como legitimador fundamental del conflicto, por otro. En torno a estos dos polos se va organizar también la represión. Todo ello bajo el manto de un omnipresente Ejército obediente a Franco, aunque como situación excepcional que ha de normalizarse de una

manera u otra con el paso del tiempo; los generales *seniores* pensaban mayoritariamente que a través de una monarquía se encauzaría este régimen contrarrevolucionario, una vez superados los peligros que por todos los lados le acechaban. Por lo tanto, el mantenimiento de la situación de guerra se va dar en la realidad durante mucho tiempo. El miedo al enemigo interior y exterior gravitaba sobre el régimen.

Este ambiente se traduce en cifras, siempre frías, pero necesarias. Por un lado, estaba la represión de los soldados detenidos, del Ejército Republicano que se deshacía y con el que había que hacer algo. Casi medio millón de soldados fueron alojados en improvisados campos de concentración: campos de fútbol, plazas de toros, naves industriales. También unas 70.000 personas volvieron en el último mes tras la guerra a España creyendo las palabras del Caudillo cuando dijo que habría perdón para los que no estuvieran involucrados en "hechos de sangre". Pero no se dio tal perdón. La puesta en marcha en febrero de 1939 de la Ley de Responsabilidades Políticas, con carácter retroactivo desde la revolución de Asturias de 1934 y el desarrollo de un enorme proceso de depuración en todos los ámbitos impedían tal cosa. Depuración que daba también pábulo a las bajezas morales de los antiguos compañeros, especialmente de los que, estando por debajo, querían medrar a costa de quienes ocupaban un escalafón más alto y habían mostrado simpatía por el régimen caído o simplemente eran tibios, lo que dio lugar a que un buen número de personas, especialmente en el campo de la docencia o del funcionariado, se quedaran sin empleo y sin ningún tipo de derecho laboral teniendo que dedicarse a oficios de todo tipo.

Por otro lado, la mayor parte de los soldados detenidos en los campos de concentración fueron liberados en los meses siguientes, aunque sólo fuera por razones estrictamente prácticas. Las dificultades las encontrarían estas personas cuando se quisieran reintegrar a su vieja vida civil si tenían suerte de encontrar a su familia, y pagarán entonces su cuota de rechazo social por pertenecer al bando de los perdedores.

En todo caso, en 1940 la población reclusa era de 270.710 personas, aunque pronto empezó a disminuir aunque lentamente: en 1942 era ya sólo de 159.392 personas (siempre según cifras oficiales); 74.095 en 1944 y 54.072 hacia 1945 bajando progresivamente en años subsiguientes hasta alcanzar la cifra de 36.127 hacia 1950 y estabilizándose en torno a esa cifra a partir de ese momento (*Anuario Estadístico de España*, 1950: 939). Aquí también la necesidad de acabar con el hacinamiento y la situación insostenible de las cárceles y campos de concentración ayudaron a que bajara esta cifra. El porcentaje de mujeres no supera en la posguerra el 10% de población reclusa hasta 1947, en que se estabiliza en torno a esa cifra. Hay que tener en cuenta que la población penal a la altura de 1934 era de 12.574 personas, por lo que el

aumento va a ser espectacular. Habría que diferenciar, por supuesto, los múltiples regímenes carcelarios y situación penal, que en muchos casos pone de manifiesto el nulo interés por parte del Estado en que hubiera una sanción legal a una situación jurídicamente insostenible. Así, en enero de 1940, del total de presos, más de 60.000 estaban en la condición de detenidos y más de 125.000 en la de "procesados", siendo los penados, es decir, aquellos que tenían una sentencia firme, 84.000. Esta situación de provisionalidad aún hacía más angustiosa la peripecia de los presos. Si estudiamos los penados por "delitos no comunes" en expresión eufemística que usan las estadísticas oficiales, a la altura de 1945, es decir, seis años después de la conclusión de la guerra civil nos encontramos a unas 25.000 personas con reclusión perpetua o mayor, incluyendo las penas de muerte en espera; 1.700 con penas entre 12 y 20 años; 825 condenados de 6 a 12 años y 702 con penas menores de seis años. La cifra total, 29.000 presos políticos reconocidos por el régimen, nos da una cifra de presos políticos del 81,9% del total de penados.

Estas cárceles y los campos de concentración improvisados no eran en sí mismos de exterminio al estilo nazi, es decir formulados con la intención de acabar con un grupo étnico o social determinado, pero en la práctica la pésima situación narrada en tantos textos los hacía letales por las malas condiciones de alimentación, fuerza de las plagas, ausencia de cuidados médicos y brutalidad de los carceleros, especialmente con la población reclusa femenina, sometida a todo tipo de vejaciones. Los relatos sobre la situación y régimen de vida de las cárceles son dantescos y contamos con aproximaciones solventes que unen lo emotivo a lo riguroso (Reig Tapia, 1993: 139 y ss.; Subirats Piñana, 1993; Doña, 1993; Sabin, 1996). El mejor ejemplo de ello van a ser algunas muertes emblemáticas por el mal estado de la higiene carcelaria como las de Julián Besteiro o Miguel Hernández, pero también muchos miles de desconocidos, cuya supervivencia dependía en muchas ocasiones de que tuvieran familiares que les enviaran comida que supliera las enormes carencias de la cárcel y su material hacinamiento. Concretamente la cárcel de Ventas de Madrid estaba diseñada para 500 mujeres y era ocupada por más de 6.000 en condiciones más que lamentables (Folguera, 1995: 166).

En junio de 1939 se establecieron medidas para la reducción de condenas a cambio de trabajo voluntario. Era la llamada "redención de penas por el trabajo" regulada por un patronato aparte, el de Nuestra Señora de la Merced. En definitiva, trabajos forzados, con la ventaja de que cada día de trabajo suponía la redención de dos de pena y que pagaban un jornal, parte del cual iba a parar a las familias de los reclusos. Este sistema será aprovechado crecientemente: de los 12.700 acogidos a este régimen a finales de 1939 se pasaría a 23.600 tres años más tarde. Estos campos de trabajo eran en ocasiones muy duros por el tipo de trabajo forzado, dando lugar a víctimas por

accidentes dada la nula protección existente; un buen ejemplo es el archifamoso campo de Cuelgamuros, donde se empezó a construir el Valle de los Caídos, uno de los ensueños arquitectónicos del dictador; por otro lado, era una forma de escapar a las lúgubres cárceles y tener contacto con el aire y el sol. En todo caso, los batallones de trabajadores penados trasladándose de una parte a otra forman también parte de las escenas de la España de esa inmediata posguerra.

Estos batallones eran utilizados para la ingente tarea de reconstrucción del país. Se van a establecer campos de trabajo, la mayor parte de las veces al aire libre, en graveras y canteras de donde se extraían los materiales para reconstruir iglesias, ciudades y pueblos. Este trabajo forzado va a ser muy habitual en la inmediata posguerra en casi todos los puntos de España. Estos batallones de trabajo eran pues otra manifestación represiva, aparte de las cárceles, las ejecuciones y la expulsión o degradación en el trabajo.

Tampoco podemos olvidar los destierros hacia ciudades alejadas de sus puntos de origen. Por ejemplo, como nota curiosa, buena parte de las plantillas de policía de grandes ciudades como Madrid o Barcelona, sobre cuya lealtad se tenían dudas, fueron enviadas a la España interior, singularmente a Teruel, donde el 90% del cuerpo estaba integrado por "rojos", lo que hará que el partido o el gobernador civil se tengan que crear su propia red de información paralela o se apoyen directamente en la Guardia Civil.

Las cárceles van a ser un mundo aparte, en donde los presos políticos la mayor parte de las veces construían sus propias reglas y gobierno paralelo e intentaban sobrevivir con la ilusión puesta en la derrota alemana y el triunfo de las democracias, lo que, según su punto de vista, inevitablemente debería desembocar en la caída del régimen franquista. Los familiares de los presos fueron también vigilados y controlados por las autoridades, por si se revelaba de alguna manera la existencia de redes de Socorro Rojo.

Algunos, sin embargo, ni siquiera tuvieron la oportunidad de intentar sobrevivir en las cárceles de Franco. Sobre las ejecuciones en la posguerra ha habido una gran polémica entre los historiadores. Salas Larrazábal habla de apenas 30.000 personas asesinadas entre 1939 y 1945, un número que sigue siendo escalofriante, aunque los numerosos trabajos de carácter regional han hecho que se hable de unas 150.000 personas. Cifras que parecerían bastante lógicas si se calcula la diferencia entre los análisis locales y regionales de Salas y los de los investigadores regionales (Colectivo Afán, Julián Casanova, Solé y Sabaté, Moreno Gómez, etc.). Personas poco sospechosas de izquierdismo como el Conde Ciano hablan de que en Madrid hay de 200 a 250 ejecuciones diarias, en Barcelona 150 y en Sevilla unas 80, siendo de este calibre, según dimensiones, en el resto de España. El periodista inglés A. V. Philips dice que desde abril de 1939 a abril de 1940 hubo 100.000 ejecuciones de

republicanos sólo en Madrid... (Núñez Díaz-Balart y Rojas Friend, 1997). En todo caso, la multiplicidad de trabajos no nos da, como es comprensible, una base clara para hacer un cálculo metódico que sólo se puede hacer pueblo a pueblo y región a región. En todo caso, Alberto Reig Tapia (Reig Tapia, 1986, 1990), que es uno de los más notables estudiosos del tema de la represión, nos da como cifra global aproximada unos 150.000 ejecutados, cifra ratificada recientemente a partir de datos concretos (Julia, 1999: 410). El reparto temporal de estas ejecuciones no es uniforme. Los años más importantes son los tres primeros, de 1939 a 1941 y, como pasa con la población reclusa, desde esa fecha, hay un descenso; un descenso con picos en momentos de crisis y de riesgo para el régimen como puede ser 1943 (caída del fascismo en Italia) o 1945 (derrota definitiva del Eje y fin de la guerra en Europa con la victoria de las democracias), cuando el nerviosismo lleva la violencia a las cárceles y las calles, para evitar venganzas si hay un cambio de régimen. Estas ejecuciones eran realizadas por el Ejército, una vez que se formalizan los procedimientos, sustituyendo a los falangistas que tuvieron mayor protagonismo durante la guerra civil, aunque eso no quiere decir que hubiera algún tipo de garantía real para los encausados (Sabin, 1996: 231-233).

Junto a la Ley de Responsabilidades Políticas de 1939 hay que mencionar otra ley de especial importancia en el proceso represivo, la Ley para la Supresión de la Masonería y el Comunismo. La pertenencia a la masonería, una de las obsesiones de Franco, va a convertirse en una acusación singularmente comprometedor. La masonería sería la subversión moral y espiritual, fuente de ateísmo frente a la doctrina católica. El comunismo aparecía como algo que incluía a toda la izquierda y toda muestra de oposición al régimen será englobada dentro del epígrafe de "marxista". Otras leyes de menor rango y proyección convertían la represión en algo tan abierto que dejaba las manos libres al Estado para dar acomodo legal a cualquier detención o proceso. Procesos judiciales, por otra parte, durante muchos años en manos del Ejército a través de tribunales especiales, que acusaban de rebelión a cualquiera que hubiera ido contra los alzados o que no respetara las normas del nuevo Estado.

Más allá de esta represión que se traduce en ejecución, cárcel o palizas, hay que hablar de un vastísimo proceso de depuración que afecta a todas las personas sin excepción independientemente del puesto que ocuparan. Una depuración que va ser individual y que va a depender de factores muy distintos. La administración estatal en todo su rango de funcionarios, la provincial, la local... ya había iniciado un proceso de depuración como consecuencia de la guerra, expulsando a quienes no se presentarán en un plazo reglamentario en el puesto de trabajo y sometiendo a todos a una revisión de su trayectoria desde años anteriores. Trayectoria no sólo política (mili-

tancia en partidos del Frente Popular), sino también moral (vida familiar, costumbres sexuales, conducta habitual) y religiosa (asistencia a misa, observancia de preceptos, participación en manifestaciones religiosas públicas). De esta manera, se va a conseguir "limpiar" los cuerpos de la administración de los "elementos indeseables". Esta depuración se sigue desarrollando tras el fin de la guerra y supone una revisión detallada de la vida privada y pública de toda una sociedad, realizada por las juntas de depuración de cada rama de la administración, por colegios profesionales o entidades, por la Iglesia (sobre todo los curas de cada localidad o parroquia) y la Guardia Civil; además de los propios organismos del partido único, como la Delegación Nacional de Información e Investigación, entidad que funcionará activamente en la inmediata posguerra, recabando informes sobre una buena parte de la población.

El resultado será que un número muy amplio de personas van a verse privadas de su trabajo, perdiendo validez la oposición obtenida en el pasado o el contrato correspondiente. Especial incidencia tendrá esta depuración en la administración del Estado y singularmente en algunos cuerpos, como el de los docentes. En todo caso, el resultado es un número muy amplio de vacantes en los cuerpos del Estado, diputaciones y ayuntamientos, que van a ser ocupados por personas seguras para el régimen desde el punto de vista político, algo remachado por ley de 25 de agosto de 1939, que dejaba el 80% de puestos a cubrir para "caballeros mutilados, oficiales de complemento, ex-combatientes, ex-cautivos o huérfanos" (Sabin, 1996: 79-80). De esta manera, los méritos de guerra y los políticos sustituirán a los profesionales, los menos relevantes en estos momentos. El resultado va ser un funcionariado leal al nuevo régimen y por lo tanto elemento importante en su consolidación, pero también explica la ineficacia de la maquinaria estatal durante buena parte de la vida del régimen.

La maquinaria administrativa, pretendidamente neutra ante el ciudadano, se convertía también en un elemento hostil ante el vencido. Y las pautas de moralidad y de corrección política entendidas según los valores de los vencedores pasaban a ser elementos imprescindibles para ingresar en la administración y en las empresas privadas. El depurado se convertía pues en un parado condenado a no tener otro puesto de trabajo, ya que esta exclusión le dejaba también sin posibilidad de encontrar algo equivalente, al menos en su medio geográfico habitual y en su profesión. La disciplina laboral y política que se traducía en salir adelante o morir de hambre será uno de los más importantes elementos de represión social producto de la guerra.

Además la depuración no suponía sólo eliminar a los no afectos. Suponía la existencia de un mecanismo de denuncia aún para los adictos, ya que las cuestiones personales o el apetito del cargo del otro hacían que las intri-

gas y las miserias se enseñorearan del sistema, ya que todos podían tener algún fragmento censurable de su pasado en el plano que fuese. Por lo tanto, muchas veces el sistema de depuración supuso también un elemento de empobrecimiento y de inseguridad para los propios franquistas, colaborando a esa cultura de la apariencias, de cuidar la decencia formal, por encima de los auténticos sentimientos, y comprometiendo la eficiencia del régimen, al prescindir de un número muy importante de funcionarios profesionalmente competentes.

En todo caso, hay que reconocer una diferencia respecto a la persecución nazi o estalinista: aquí hay método, hay regularidad y hay lógica en esta represión. Lo cual nos habla de su dureza y tenacidad siempre con los mismos. Pero no tiene el componente arbitrario de otros regímenes totalitarios: el terror iba siempre dirigido hacia un sector social determinado y hacia unas ideologías determinadas. Otra cosa es que eso supusiera que la gente estuviera libre de miedo. Las denuncias particulares y el carácter retroactivo de las penas daban una gran inseguridad jurídica, ya que convertían en delito por ejemplo el haber votado al Frente Popular o haberse afiliado a un sindicato entonces legal.

2.2. Represión económica, social y moral

No podemos entender la represión si sólo nos quedamos en los aspectos contemplados hasta ahora. En ese sentido, la miseria de la posguerra, con sus cartillas de racionamiento, su hambre, el mundo corrupto del estraperlo, no hay que verla sólo como una cuestión puramente económica, sino también como una forma de represión, consciente o inconsciente, sobre los vencidos, que fueron quienes llevaron la peor parte en este proceso. El estraperlo constituía una muestra más de la dependencia de la ilegalidad, pero también del progresivo hundimiento moral de la población. La picaresca iba a ser algo consustancial a la supervivencia y por lo tanto, la falta de escrúpulos va anegando todo, dejando de lado las buenas intenciones y extendiendo la desconfianza. Va a ser uno de los legados de la España franquista para el futuro.

Pero el retroceso económico, que se aborda en otro tomo de esta colección, es un hecho. La renta nacional, si establecemos el índice 100 para 1929, había bajado al 83,9% en 1940 para seguir bajando en años siguientes; sólo en 1950 se superaba el índice cien, con veinte años de retraso respecto al resto de Europa (Carreras, 1989: 193). Mientras tanto, el coste de la vida crecía de manera extraordinaria, especialmente en el terreno de alimentación y el vestido, es decir los fundamentales para la supervivencia. Si tomamos julio de 1936 como índice 100, en enero de 1942 tenemos un índice medio pon-

derado de las capitales de provincia españolas del 320,2% para la alimentación y de un 284,5% para el vestido. Más moderado es el gasto en vivienda, pero hay que decir que entonces la compra de viviendas es muy minoritaria, siendo dominante la forma de alquiler. El racionamiento era el culpable en gran medida de lo elevado de los precios de la alimentación, habiendo una gran diferencia entre precios oficiales y reales. Respecto a los salarios nominales, hay un crecimiento claro, aunque esto no nos dice nada, dada la inflación existente. Si vemos casos de salarios reales en zonas industriales como Vizcaya o Tarrasa (Carreras, 1989: 512), y cogemos el año 1936 como referencia 100 nos encontramos que el salario nominal de peones metalúrgicos era del 307%, pero el salario real total, con subsidios, pluses, etc., equivalía al 68% de la cifra anterior al conflicto. Algo parecido se puede decir de otros casos. Esta situación se completa con el importante crecimiento de los accidentes de trabajo. Mientras la media del quinquenio 1931-35, ya con una industrialización comparable a la de posguerra, es de 182.211 accidentes, en 1940 la cifra llega a 301.295 y sube en 1941 a más de 350.000 siempre según cifras oficiales, lo que nos habla de la dureza de unas circunstancias en donde la protección sindical desaparece de hecho. Las rentas agrarias, correspondientes a un sector de población teóricamente más adicto al régimen, al menos más que la masa obrera de las ciudades, experimenta igual o mayor deterioro en sus posibilidades de supervivencia. Si tenemos la referencia 100 en 1936, 1941 supone el 73% de los salarios reales, pero esta cifra va en descenso, de tal manera que 1948 equivale a un 56% llegando al punto más bajo en 1951 con 51%, mostrando hasta qué punto el sistema de intervención y teórica protección supuso un mayor empobrecimiento real del campesino. Hay que esperar a 1963 para que se alcance y supere el valor 100 (Carreras, 1989: 513). La agricultura, a pesar de la ideología ruralizadora del régimen, iba a ir dejando paso progresivamente a una industrialización creciente. En estas cifras encontramos la explicación del proceso emigrador que está presente a lo largo de la inmediata posguerra pero que estalla a fines de los años cincuenta y principio de los sesenta.

Muchos otros signos nos hablan de ese deterioro inmediato de la vida cotidiana de la población española de esos años, más allá de los aspectos básicos comentados. Por ejemplo, la brutal reducción del parque móvil, que pasa de los 23.051 de 1934 a 4027 en 1941, manteniéndose la cifra incluso decreciente en años posteriores (Carreras, 1989: 305). El número de kilómetros de vías férreas o de carreteras permanecerá estancado en las cifras de preguerra durante muchos años.

Otro elemento que muestra la miseria reinante en la época son los empeños de alhajas y ropas en los montes de piedad. Los datos del más importante, el de Madrid, nos muestra respecto a los años anteriores a 1936 un des-

censo en el empeño de alhajas, ciertamente escasas, y un aumento espectacular en el empeño de ropas, signo inequívoco de empobrecimiento de la población. De los 150.000 empeños en 1935 se pasa a 462.000 en 1939 manteniéndose la cifra algo decreciente en años siguientes, pero siempre mucho más alta que la fecha prebélica (*Anuario Estadístico de España*, 1943: 903).

Esta pésima coyuntura socioeconómica para la inmensa mayoría de la población tiene como resultado un recrudecimiento de enfermedades características de pueblos no desarrollados, con la extensión de enfermedades minoritarias o marginales en el resto de Europa, como es el caso del tifus exantemático (piojo verde), que hace su aparición de la mano de la desnutrición y de la falta de higiene en las ciudades. Concretamente, el "piojo verde" pasa de los dos casos declarados en 1940 a ser 4.945 en 1941 y casi 3.000 en 1942. No se trata pues de una enfermedad producto de la guerra, sino de las circunstancias de la posguerra. Es sin embargo la gripe la enfermedad más importante aumentando de forma muy significativa, además del sarampión. Hay que destacar la tuberculosis, que pasa de 4.700 casos en 1940 a 7521, enfermedad además de gran proyección social pues era para muchos el símbolo más acabado de la muerte y de la posibilidad de contagio. Los sanatorios antituberculosos empezarán a proliferar en esos años, para frenar una enfermedad muy ligada a la ausencia de alimentación adecuada que reforzará el organismo. También tendrá un aumento notable la fiebre tifoidea. En todo caso, en cifras totales, las enfermedades que provocan más mortandad en la inmediata posguerra son la neumonía, la disentería y la tuberculosis, dejando de lado enfermedades del corazón y cáncer, que no están tan condicionadas por las condiciones del medio en el que se desenvuelve el paciente (*Anuario Estadístico de España*, 1943: 1286). La mortalidad infantil tendrá también una importante incidencia sobre todo en la primera mitad de la década de los cuarenta. Si en 1936 la tasa bruta por mil habitantes era de 108,9, pasa a ser de 142,9 en 1941, aunque pronto comenzará a descender hasta tener el 84,5 en 1945. Y ello porque la protección a los niños a través de Auxilio Social, Sección Femenina y otras instituciones municipales será una de las prioridades fundamentales de la acción asistencial del Estado canalizada fundamentalmente a través de las distintas secciones del Movimiento. En todo caso, este tipo de acción asistencial no es sino un intento por parte del Estado de atajar la miseria y el hambre que se extienden por doquier de tal forma que este correctivo social colectivo no lleve a la caída de un régimen ya de por sí muy frágil.

Algunas veces esta presión político-social se traducirá directamente en el suicidio, que experimenta un aumento significativo en los años de posguerra. Se pasa de los 1.305 suicidios que corresponden a 1934 a 2.458 de 1940; sólo a partir de 1943 se da una clara bajada en las cifras, y en años sub-

siguientes nunca se alcanzará este nivel del período 1939-1942. Como explicación a este aumento, el propio régimen se inclina por "las naturales derivaciones de la guerra", en los planos económico, moral, pasional, pérdidas, etc. Aunque la causa de esta última decisión siempre es difícil de interpretar, no deja de llamar la atención esta coincidencia.

Otra forma de constatar la dureza de la situación es la bajada de la natalidad de una forma muy clara, lo cual es especialmente significativo si tenemos en cuenta que la política del régimen va a ser activamente pronatalista, persiguiendo con especial saña la anticoncepción y la práctica del aborto. Y ello por razones religiosas pero también de mentalidad fascista que asociaba el poder de un pueblo con la fortaleza y número de sus habitantes, dirigiéndose a las mujeres una fuerte campaña natalista, a la que respondieron éstas, como era lógico, no haciendo caso, dado que las circunstancias no eran las adecuadas, ni había posibilidad de engendrar y criar a los hijos en unas condiciones de normalidad. Así, se pasa de unas tasas de natalidad por 1.000 habitantes del 26,2 en 1934 al punto más bajo, que es de 16,5 en 1939. Tras una brusca recuperación en 1940 (24,4) producto del reencuentro de las parejas separadas, vuelve a bajar al 19,6 en 1941, y continúa en los años siguientes, con el 20,2, 22, pero tenderá a bajar camino de los años cincuenta (Carreras, 1989). En una perspectiva amplia del siglo XX, el período de la posguerra coincide con los menores índices de natalidad del siglo; la tendencia global pues es a la baja y ello se empieza a producir incluso antes de que en los años sesenta ya influyan la modernización de la estructura social española, aumento de la urbanización, etc.

Las leyes represivas del infanticidio y del aborto se promulgan el 24 de enero de 1941, buscando frenar cualquier tipo de control en la concepción, que es visto como una "degenerada tendencia" que acaba llevando al aborto criminal; con todo, antes de llegar a ello se reconoce la entidad del problema, propugnándose políticas de muchos tipos, incluida "una política demográfica de base psicológica, domando los instintos extraviados y pervertidos, estimulando el deseo de tener hijos" (Gallego, 1949: 168). Para quienes se acercan al tema, el aborto sería algo característico de los pueblos primitivos, de una "psicología venérea deficitaria" mezcladas con "algunas características que fueron de la decadencia romana: despotismo, baja moral, perversiones sexuales y espectacularismo deportivo". Con este punto de partida se les hace muy difícil comprender que hay un fuerte componente social, que hace que la anticoncepción y el aborto se den en esos años en que era algo tan perseguido. A pesar de las dificultades estadísticas respecto al tema, las fuentes hablan de 167.000 embarazos frustrados para la primera mitad de la década, de los que entre un 70 y un 80% serían provocados, es decir un aborto por cada cuatro partos. Si hablamos sólo del caso de la capital de España, se

calculan para el período 1939 a 1946 un número de 4.368 abortos que afectaban en más del 60% a mujeres casadas, casi en un 90% calificadas como de "clase modesta", lo cual nos da un componente socioeconómico muy claro que nos habla de miseria y de estrecheces económicas más que de otra cosa (Gallego, 1949: 140-141).

Las consecuencias de la miseria también se van a comprobar en el aumento significativo de la prostitución, que se convertía en una vía de conseguir alimentos y dinero al margen de los canales habituales. En estos años, la prostitución va más allá del fenómeno común, apareciendo una prostitución ligada a las necesidades vitales; en muchas ocasiones serán relaciones puntuales para conseguir dinero ante la inexistencia del cabeza de familia, bien por haber fallecido en la guerra o la represión subsiguiente, bien por estar encarcelado. Se calcula en medio millón de familias las que no tenían el cabeza de familia masculino. También se daba mucho la relación de una mujer casada o no, con hijos, con alguien con poder e influencia que podía conseguir comida o vivienda o protección para algún familiar a cambio de favores sexuales; la institucionalización de la "querida" en esos años, la amante casi aceptada socialmente entre la burguesía y sobre todo los nuevos ricos forjados en el estraperlo era otra realidad característica de la época y no dejaba de ser prostitución encubierta en muchos casos (Graham, 1995).

Entre las candidatas a caer en la prostitución estaban sobre todo el importante número de chicas jóvenes procedentes de las zonas rurales de Castilla y Extremadura, que entraban a servir a las casas burguesas y que por su escasa preparación e ignorancia solían quedar embarazadas y atrapadas por lo tanto en un tipo de vida marginal al sistema, perdiendo cualquier oportunidad de "normalizar su vida" (Roura, 1998: 44 y ss.) Hay pues un componente social en este aumento de la prostitución. Pero es que no se puede olvidar que la prostitución, tolerada hasta 1956, era una necesaria válvula de escape de una sociedad moral y sexualmente opresiva, sometida a los preceptos de la Iglesia. La mujer era la que pagaba de forma mayoritaria las contradicciones del sistema. En los informes que se elaboran oficialmente se señala que el 75% de las veces, la causa de la prostitución era la "miseria y carencia de medios económicos"; el 15%, la seducción, embarazo y posterior abandono de la mujer y un 10% por "vicio y degeneración" (Roura, 1998: 66). En todo caso, en el análisis oficial sigue pesando el factor moral como explicación de la práctica de la prostitución, pues también se dice que las muchachas que se pueden ganar la vida con un oficio tienden aún más al libertinaje, ya que saben cómo no quedarse embarazadas y no necesitan acudir a casas de prostitución. El vicio, pues, también tendría un componente social y de clase.

La respuesta del régimen es hipócrita, fiel a la doble moral que le caracteriza en estos temas. Por un lado se tolera a las prostitutas hasta 1956 al

desempeñar ese papel comentado de "válvula de escape" y permitir también un mejor control sanitario en una época de graves enfermedades venéreas y no venéreas que se extienden por doquier; por otro, se hace una importante labor de represión y de condena moral. Se ponen en marcha instituciones de reclusión de las prostitutas como las llamadas Prisiones Especiales para Mujeres Caídas, creadas por un Decreto publicado en el BOE el 20 de noviembre de 1941. Una solución policial pues ante un problema social, en donde se buscaba la rehabilitación, pero sobre todo eliminar de la calle los efectos de esta miseria. En ese mismo contexto nace en el mismo mes de noviembre de 1941 el Patronato de Protección a la Mujer, constituido formalmente en marzo de 1942, presidido por Carmen Polo de Franco buscando para las prostitutas "impedir su explotación, apartarlas del vicio y educarlas con arreglo a las enseñanzas de la religión católica", además de informar sobre el estado de moralidad en España y luchar por su predominio. Desde este momento, las actividades e informes del patronato nos proporcionan una visión de la "moralidad" existente en España desde los criterios del régimen (Roura, 1998).

La delincuencia creciente era otra muestra del predominio de la miseria y la necesidad. Delincuencia pequeña por un lado, centrada en hurtos y pequeños robos necesarios en muchas ocasiones para sobrevivir y complementar una dieta ciertamente parca; otras veces es el fraude al consumidor por parte del comerciante detallista, fuera en el peso o en la calidad de los productos; otras veces estaba relacionada con el funcionariado intermedio que tenía acceso a alimentos o a concesiones de productos, de donde salía un complemento siempre necesario para las escasas economías domésticas; y luego estaba el gran estraperlista, el hombre que, a través de influencias en medios oficiales, amasaba grandes fortunas. La absoluta relajación moral explica que la inmensa mayoría de la sociedad en un grado u otro rompiera los marcos legales y morales al uso. Las estadísticas muestran muy a las claras el predominio de los "delitos contra la propiedad" entre 1943 y 1945, aproximadamente las dos terceras partes de las causas incoadas y de las sentencias dictadas; le siguen con menor incidencia los "delitos contra la vida y la integridad corporal" (*Anuario Estadístico de España*, 1950: 934-936).

La mendicidad, finalmente, era el escalón más bajo del deterioro social. Heredada ya de la guerra, se va a disparar en estos momentos, viéndose forzados a ella, como pasaba con la delincuencia menor o la prostitución, personas antaño con una vida normal. El problema, especialmente en los primeros inviernos de posguerra, llegó a ser de tal entidad que se crearon "parques de mendigos", en Madrid al menos, en donde mantener retenidos a unos mendigos que, aparte de ser la constatación viviente de la miseria, eran peligrosos diseminadores de enfermedades y plagas. Las características de estos centros eran, sin embargo, desoladoras: antiguas naves abandonadas, barra-

cones sin las mínimas condiciones sanitarias, en donde más que proteger a estos mendigos se intentaba tenerlos apartados de la calle, siendo detenidos por la policía siguiendo instrucciones gubernativas y hacinados en estos "parques" que eran prácticamente guetos. Las escasas descripciones que nos han llegado de estos centros de detención son terribles (Roura, 1998: 40-42). La mendicidad, con todo, no era exclusiva de los pobres de solemnidad, sino que sectores enteros de población en ocasiones practicaban la mendicidad: los tullidos eran otra estampa habitual en las calles, un ejército de lisiados que recordaba de forma patente lo cercano de la guerra y lo desigual de la situación entre vencedores y vencidos. A veces, también, grupos de soldados pedían limosna, con gran enfado de las autoridades...

En este ambiente de miseria se hace muy difícil el mantenimiento de lo que hasta la guerra se había considerado como dignidad básica de la persona. Pero en este momento, como hemos visto, y en planos diferentes según la situación de cada uno, la necesidad de sobrevivir y la coyuntura peculiar hará que se contraste la moral oficial dominante frente a una realidad ciertamente alejada de esas autoproclamadas pautas de moralidad. De ahí que se utilice a partes iguales la represión y la prédica. Predica que tiene un protagonismo claro de la Iglesia católica, con un mensaje rígidamente conservador en cuanto a costumbres sexuales y comportamientos formales pero que tienen su prolongación en las autoridades públicas, sobre todo gobiernos civiles y ayuntamientos que utilizarán su poder para estorbar al máximo cualquier muestra de efusión amorosa, vigilando los parques o estigmatizando "malas costumbres" en bandos y carteles.

En este sentido, el ya mencionado Patronato de Protección de la Mujer, además de encargarse de la vigilancia y control de las prostitutas y locales de prostitución va a poner en marcha una red provincial destinada a controlar la moral y a denunciar a los cines, piscinas o locales de baile que contravengan las rígidas normas de la Iglesia en cuanto a estos temas. La "limpieza del ambiente" era el objetivo y para ello las juntas provinciales de Patronato mandaban sus vigilantes, denunciando a la policía cualquier expresión de "pornografía", desnudismo, promiscuidad, que no sólo era una vulneración de la moralidad católica sino una muestra de "exotismo antiespañol" (Roura, 1998: 49 y ss.). La mera convivencia en el trabajo entre hombres y mujeres se describe como fuente de problemas y de riesgos. Muestra de estas actividades son los informes sobre Moralidad Pública elaborados en 1942 y 1952, en los que se nos describe un panorama que muestra lo absurdo de adherir a la sociedad con un corsé demasiado estrecho: la mayoría de informes hablan de un ambiente moral malo o muy malo salvo excepciones. Y se coincide en que la guerra, con sus cambios y alteraciones, y la miseria de la posguerra habían roto todo freno moral. Se nos habla de hijos

ilegítimos, de existencia de prácticas homosexuales, e incluso de drogadicción en las zonas isleñas o costeras. Si bien las plumas que escriben en estos informes son demasiado enfermizas y están obsesionadas con estos temas, lo que les hace ver la degeneración moral en las conductas más normales, es evidente que no se logró la reconstrucción de una arcadia católica de valores que nunca había existido.

La reacción de la población ante estos mensajes va a ser intentar dejar de lado los viejos deseos y proyectos y centrarse en las necesidades inaplazables e inmediatas. Ese será el "consenso" —en negativo— sobre el que va a construirse el régimen franquista y va a salvar la dura tesitura internacional de la guerra mundial y el aislamiento posbélico. Pero eso no quiere decir que no podamos detectar descontento entre los sectores objetivamente desfavorecidos por el resultado del conflicto y por el nuevo régimen y que existan unos criterios morales diferentes a los dominantes, como se pone de manifiesto en informes oficiales elaborados al principio de la década de los cincuenta y publicados en la *Revista Internacional de Sociología*, en donde se constata el alejamiento de la clase obrera del catolicismo y se relaciona la "extrema penuria" con la irreligiosidad (*Revista Internacional de Sociología*, 1952: 210-211) señalando la entidad del problema sobre todo en el sur, y singularmente en Extremadura y Andalucía, en donde el cumplimiento dominical sería muy escaso.

La pobreza o el salario insuficiente serían los responsables de ese alejamiento ya no sólo de la Iglesia sino también de las instituciones del régimen, dado el recelo que suscitaba en el trabajador todo lo que tuviera que ver con la política; este obrero despreciaría también "las manifestaciones de previsión social" del régimen; rendiría en el trabajo menos de lo que debiera "considerando esta merma como oculta compensación al jornal insuficiente" y por supuesto sin tener en cuenta las normas de la Iglesia en cuanto a las relaciones sexuales, indicándose que evita en lo posible tener hijos, calificando tal conducta de "inmoral". El balance que se podía hacer de la extrema moralización y depuración practicada sobre la vida española constataba, al menos parcialmente, su fracaso y ello —no se recatan en decirlo— por la propia miseria e injusta retribución del trabajador y, por supuesto, por la pérdida del pudor consecuencia de la "liberalización" de las costumbres, según se repite en el discurso del clero con una insistencia sorprendente dado el contexto. Esta moralidad impuesta no dio lugar a que la doctrina católica fuera asumida por la mayoría de la población, sino que supuso un mero código formal y aparente que se superponía a todas las conductas pero no las anulaba. El balance a la altura de 1952 dibuja un panorama que distaba mucho de lo pretendido por la Iglesia vencedora de la guerra: "El pudor se ha roto y aco bardado ante la audacia del cine, la estrechez de la vivienda, la promiscuidad

en las empresas, el trabajo nocturno femenino, que se permite lamentablemente en un Estado católico-social como el nuestro" (*Revista Internacional de Sociología*, 1952: 211). A esto se añadiría la "lenidad" existente en materia de espectáculos, piscinas, playas, lecturas...

En definitiva se constataba que, más allá del régimen y los grupos sociales, políticos y religiosos vencedores de la guerra, la miseria, explotación y violencia necesarios para el mantenimiento del régimen minaban indefectiblemente cualquier pilar moral que se quisiera construir sobre bases firmes. El avance de la sociedad de masas con sus contradicciones y el deterioro de los valores decimonónicos en lo tocante a moral, religión y costumbres era imparable y se va a manifestar a lo largo de los años siguientes hasta llegar a la sociedad mucho más secularizada, consumista y vital de los años sesenta, que tenía paradójicamente sus bases en la miseria y la explotación de los años cuarenta.

2.3. Rebeldías clandestinas

Un tema que ha estado y va estar en el futuro muy presente en el debate historiográfico sobre el franquismo es el de la respuesta de la población común al régimen. Partimos ciertamente de la división de la población en dos sectores que han luchado literalmente a muerte durante tres años. Por lo tanto, hay un sector muy amplio de la población (la mitad, al menos, por materializar la metáfora de la partición del país por la guerra) que está en una actitud hostil al régimen y que, sin embargo, lo acepta con resignación porque no ve otra alternativa y porque, tras el sufrimiento de los años de guerra, apenas queda otra posibilidad que plegarse a las circunstancias. Esta situación de hostilidad afecta especialmente a los sectores obreros, ligados históricamente a sindicatos y partidos obreros, y a una buena parte de la burguesía urbana media y culta así como a una parte de funcionarios y empleados de los gobiernos republicanos. Además, el tratamiento especialmente hostil a Cataluña y a una parte del País Vasco, singularmente Vizcaya y Guipúzcoa como zonas traidoras y "rojo-separatistas" hacía que la hostilidad aún fuera mayor; eso amén de otras zonas que por tradición habían sido hostiles al poder y que tenían una tradición de resistencia como el mundo del campo andaluz o de la minería norteña.

Este grupo de población difícilmente va a verse inclinado a la aceptación activa del sistema a través de los mecanismos de control y encuadramiento que el régimen pondrá en marcha (más allá obviamente de casos personales o excepcionales) al menos en esta misma generación; otra cosa es el proceso de socialización que viven sus hijos. Este grupo pues, potencialmente hostil,

no sólo no va a mermar sino que va a aumentar. Pero además, los grupos que se adscriben al bando vencedor también experimentan los rigores de la miseria alimenticia, los escándalos del estraperlo, la inseguridad jurídica y la falta de definición de un régimen que no daba paso ni a un sistema monárquico de carácter liberal-conservador ni a una solución política que pudiera dar un equilibrio en el difícil contexto de la guerra mundial y del aislamiento internacional. Así lo prueban el ambiente de descontento, la extensión de rumores, los chistes y bulos, especialmente dedicados a Falange o a personajes de la vida nacional como Serrano Suñer, como ponen de manifiesto la mayoría de autores que se acercan a estos temas. Esta hostilidad se refleja sobre todo en los informes del Departamento de Información e Investigación del Partido Único, que posee una tupida red en todas las localidades durante la posguerra y que nos proporciona datos acerca de este ambiente fuertemente crítico y que nos reafirma en la existencia de un amplísimo rechazo de la población española a sus dirigentes.

Es una hostilidad sin embargo difusa, de "baja intensidad" diríamos hoy, y que es muy difícil de rastrear para el historiador. Además, exagerar esta actitud crítica supondría pensar que el régimen carecía de apoyos y, desde luego, los tenía: no sólo las elites religiosas o políticas más conservadoras, de los grandes beneficiarios del nuevo estado de cosas (banca, grandes propietarios rurales y también urbanos) sino también sectores mayoritarios de las clases medias, sectores beneficiados por su promoción laboral merced a su apoyo en el conflicto a los vencedores, sectores sociales de toda clase cuyos valores básicos (fueran religiosos, sociales o políticos) coincidían con los alzados en la guerra. Lo que parece claro es que los grupos dominantes en España apoyaban la continuidad del régimen, dejando en un segundo plano su desagrado ante los falangistas o la fuerza de la Iglesia o sus críticas hacia determinadas iniciativas; había consenso en torno a los resultados de la guerra civil y eso dejaba en un segundo plano otras cuestiones. El Ejército, la Iglesia y los propietarios estaban con el régimen, y esa será su principal fuente de legitimidad fáctica; las discusiones sobre cuál tendría que ser su evolución se daban siempre detrás de las bambalinas. Ante este consenso básico, la mayor o menor impopularidad del régimen pasa a un segundo nivel de importancia. Pero también hay que decir que el régimen hasta finales de los años cuarenta y claramente en los años cincuenta no tendrá momentos de sosiego, con una difícil consolidación interna, y sólo logrará forjar una base en torno a las cuales articular un consenso social siquiera pasivo en los años cincuenta y sesenta.

No es este el sitio adecuado para hacer referencia a los movimientos de resistencia abierta de la población hostil al régimen, mediante la militancia clandestina de los partidos y sindicatos o mediante la lucha armada, primero de los huidos y luego de la guerrilla conocida con el nombre de *maquis*.

Pero sí vamos a decir algo sobre la actitud resistente de la población, aunque sea de forma pasiva, atendiendo a los relativamente escasos autores que han abordado la difícil tarea de rastrear esta cultura de la resistencia.

Algunos autores no dudan en afirmar la existencia de una resistencia de carácter cultural dentro de una propia cultura popular de masas de carácter autónomo que convivía con la dura realidad del régimen. De esta manera, habría que reparar en formas culturales de masas que el régimen instrumentalizaba para su reforzamiento pero que la población utilizaba de otra manera, dada su disimilitud con la experiencia vital y real de los españoles; así el cine, tanto americano como hispánico, que no dejaba de ser una forma de escapar a los mensajes puros y directos; escapismo que sería una forma pasiva de resistencia. Las canciones populares, con su fuerza emocional, eran otro medio; también la elipsis como elemento fundamental en la comunicación, lo no dicho. El silencio era pues llenado con otro tipo de comunicación no estrictamente verbal como forma de enfrentarse a la realidad (Graham, 1995: 238 y ss.) Esta resistencia cultural y psicológica en todo caso puede ser muy difícilmente medida, como lo demuestra la misma cuestión de la sentimentalidad de posguerra como alternativa vital, que tiene su base en el trabajo de M. Vázquez Montalbán, *Crónica sentimental de España* (1998).

Entre los derrotados, la resignación vence a otras virtudes cívicas más nobles; la humillación continúa de lo que significa haber sufrido la depuración, la pérdida de los trabajos, el desprecio de los vencedores, la exclusión en definitiva y la ruina de muchas carreras más que rechazo propiciaba el hundimiento de expectativas. La eliminación física de sus líderes y dirigentes, la destrucción de las organizaciones habían dejado a la mayoría de la población sin medio de expresarse y sin vertebración posible.

Este miedo y esta represión explican el plegamiento al nuevo Estado y explican su obediencia a través de la resignación. Además, la percepción que las fuerzas de cambio van a tener sobre las posibilidades de poner en marcha una lucha contra el sistema eran muy pequeñas. El mismo régimen intenta desacreditar a la oposición presentándola como grupos marginados. Por lo tanto, el régimen va a aparecer como inevitable y la respuesta va a ser la resignación con el consuelo de los resquicios de rechazo y de desacuerdo. La mezcla pues de miedo, resignación y adaptación a las nuevas circunstancias, en un proceso creciente de despolitización hacia los hijos, dejando en el oscuro pasado las vivencias durante la República y la guerra, pondría las bases del nuevo orden social y político franquista.

Pero resistencia y consenso, lejos de ser algo separado, están entrelazados en la realidad. A pesar de que la miseria y el miedo apenas dejan terreno a una respuesta social de algún tipo a los instrumentos de encuadramiento y a la ortodoxia del régimen, se pueden rastrear signos claros de discrepancia. En primer

lugar, hay un rechazo expreso al partido, a FET y de las JONS entre la opinión pública, por ser la cara más evidente del régimen de terror del franquismo y ser los protagonistas de ataques contra la población, altanería frente a los vencidos, desprecio hacia los tibios. Este rechazo apenas se puede proyectar en los años de inmediata posguerra salvo en chistes, pintadas en los servicios de cafés y edificios públicos, pero este odio de la mayoría de la población es algo absolutamente evidente según atestiguan fuentes como el embajador británico en Madrid, Sir Samuel Hoare, o los propios informes internos de Falange, de su Servicio de Información e Investigación, que atestiguan el rechazo y el odio de una buena parte de la población (Riquer Permanyer, 1990: 188-189). La consistencia de este odio quedará de manifiesto cuando caiga *el Duce* y sobre todo, con la rendición de los alemanes en mayo de 1945. Manifestaciones de alborozo y alegría, más o menos reprimidas, las encontramos por toda España.

Pero se puede hablar también de otras estrategias de supervivencia y de rechazo respecto al régimen en la posguerra. Estrategias cuya misma entidad puede ser muy debatida. Según Ramir Reig (Reig, 1995: 462 y ss.) la estrategia de los trabajadores era de supervivencia; era el único camino ante la amplitud de la represión y del control social y político. Pero bajo esta capa de mayoritaria sumisión, con destellos de coraje, se esconden una serie de transgresiones, de tácticas, que suponían un desafío al régimen en sus diversos niveles, como las actividades ligadas al pequeño estraperlo de las clases bajas, burlando los controles de la Fiscalía de tasas, de la Policía o de la Guardia Civil, como una forma de tejer un red propia frente al racionamiento de las cartillas. El estraperlo no sólo escapaba a la vigilancia sino a la pasividad y sumisión impuesta por los vencedores. También la transgresión laboral era una forma de desafiar al régimen y su retórica, que contrastaba con las largas jornadas de trabajo, los sueldos muy bajos y la imposibilidad de defensa sindical. Esto se podía traducir en sabotear una máquina o un ritmo de producción, o robar productos o materiales o restos incluso de la producción, para procurarse algo para casa.

También se podían utilizar los canales oficiales de protesta, haciendo uso de las posibilidades del sindicato vertical, provocando que las instituciones del régimen entraran en contradicción entre la letra de la ley y la realidad. A veces, antes de que las Comisiones Obreras empezaran en los años sesenta a infiltrarse en la organización, los sindicatos franquistas habían sido utilizados para plantear problemas a las empresas. Como los verticales se legitimaban ante esos conflictos, no podían dejar de lado algunas de las peticiones. Cuando un trabajador seguía adelante en el proceso, yendo hasta juicio, suponía un acto de rebeldía y coraje a tener en cuenta.

El problema de estos conflictos es la dificultad de su reconstrucción y valoración: es difícil discernir qué es una mera anécdota lejos de todo senti-

miento de oposición al régimen y qué la manifestación de un malestar más profundo. En todo caso, la aproximación a la historia de determinadas empresas nos muestra hasta qué punto puede ser útil rastrear cómo se trasladan problemas o contextos sociales al interior de una fábrica o un taller. Por supuesto, habría que hablar también del mundo rural, un mundo especialmente difícil de aprehender y donde ni siquiera eran posibles las pautas de resistencia obrera que hemos visto.

Recientemente, Mike Richards (1998: 147 y ss.), ha aportado numerosa documentación y testimonios sobre actos de resistencia concreta y de rechazo popular hacia medidas y decisiones del régimen. Aquí nos encontramos con la realidad cotidiana de una población mucho más resistente y más hostil al régimen y a quienes lo encarnaban de lo que el propio franquismo y, sobre todo, la nueva situación de los años sesenta han reflejado: motines, alteraciones colectivas, protestas, amenazas y, siempre, y el silencio de una gran parte de la población, aunque con diferencias geográficas. Es cierto que este tipo de acciones no aparecen ligadas a una explícita postura política, sino como respuesta, en primer lugar al hambre y a la política de abastos del régimen y su rosario de corrupción y mercado negro o bien ligado a temas locales o de condiciones de vida de la población. Son protestas que ni al régimen ni a la población le interesa que aparezcan como expresamente políticas, pero que estarán en muchas ocasiones ligadas al resentimiento por el resultado de la guerra, la protesta por la incompetencia de los nuevos gestores políticos o su dependencia respecto a los alemanes.

En todo caso, los informes del Servicio de Información e Investigación muestran en casi todas las provincias la hostilidad de buena parte de la población, singularmente la población obrera. Cualquier protesta que se articula abiertamente como tal, como era el caso de la primera huelga en Barcelona tras la guerra, la de La Maquinista, en marzo de 1941, se salda con la ejecución de los organizadores sin juicio previo siquiera (Richards, 1998: 156). Por lo tanto, el rechazo se canaliza de una manera más sutil: panfletos en donde se denuncian las responsabilidades de las autoridades en la corrupción y el mercado negro o se establecen comparaciones con la época de la República. En el mejor de los casos se organizan colectas para los compañeros necesitados o con familiares en la cárcel o para atender situaciones de emergencia, acciones perseguidas por formar parte de lo que las autoridades llaman Socorro Rojo, objetivo primordial de la red de espionaje falangista; en algunos casos aislados, como en factorías de Sevilla o en el Metro de Madrid se hizo sabotaje; en ocasiones también los plantés se hacen presentes en el sector de la minería asturiana, por ejemplo cuando moría accidentalmente (pero a causa de las muy escasas medidas de seguridad existentes) alguno de los compañeros, a pesar de la oposición de las autoridades. También algunos

días de fuerte simbolismo político, como el 14 de abril o el 1 de mayo, se celebraban de forma sutil pero lo suficientemente preocupante para el gobierno como para que fuera necesario un despliegue extraordinario en los lugares más conflictivos, como el área metropolitana de Barcelona y sus centros textiles a lo largo de la década de los cuarenta (Fanés, 1977; Balfour, 1994). También en el País Vasco, se dan las huelgas de 1947 que supusieron el paro de más de 25.000 personas, haciéndose evidente que el régimen estaba muy lejos de haber convencido a la población obrera, a pesar de la entidad del terror. Hay pues en este rechazo obrero un fuerte componente de espontaneidad ligado a las propias tradiciones y experiencias de obreros y clases populares en el pasado.

Había también otras formas de resistencia o de comportamientos ligados a ésta. El fenómeno de los "topos", es decir, personas que estuvieron escondidas durante la guerra o buena parte de ésta y que van a seguir así en algunos casos hasta los años sesenta. Muchas familias en España tenían familiares escondidos en las propias casas, en el medio rural fundamentalmente, lo cual suponía una forma de resistencia, no directa desde luego, pero una muestra del terror que la guerra y la consolidación del régimen había supuesto; y también de la presión que por parte de Guardia Civil y falangistas en el medio rural se mantendrá hasta prácticamente finales de los años cincuenta (Torbado y Leguineche, 1999; Fraser, 1986).

Ante estas manifestaciones de descontento, Falange, haciendo gala de su retórica obrerista y de su papel autoadjudicado de elemento social del régimen, va a intentar ganar peso en el mundo obrero. De hecho, algunos informes falangistas hablan de una clase obrera dividida en dos: los enemigos, en una actitud derrotista y contraria y los que compartían la fe nacional-sindicalista. Es difícil sin embargo reconstruir cuáles podían ser estos apoyos, más allá de los que se beneficiaban de su inclusión dentro de la estructura burocrática de los sindicatos verticales; en todo caso, una estrecha franja de la población.

El contexto social y económico al que hemos aludido hacía muy difícil que el régimen, y singularmente Falange, especialmente en las áreas tradicionalmente movilizadas por partidos y sindicatos, pudiera soñar imponer con éxito una nueva fe que sustituyera a la marxista, sino intentar mantener los mecanismos represivos y una retórica de justicia social que sin embargo se encontraba con problemas de grandes dimensiones como el de la vivienda, los bajos sueldos y la falta de servicios públicos. Especialmente el tema de la vivienda era angustioso y afectaba de forma muy directa a las grandes urbes, sobre todo Madrid y Barcelona, sin que las autoridades no hicieran casi nada salvo poner parches o algún plan de las llamadas "casas baratas" aislado, ya entrados los años cuarenta (Richards, 1998: 164-165).

Para algunos autores esta capacidad de resistencia, esta falta de respeto a lo que significaba la autarquía y el discurso franquista es una de las razones por las que a lo largo de la década de los cincuenta el régimen franquista se ve forzado a una tímida y contradictoria apertura que acabaría llevando a cambios más profundos en los últimos años de esta década.

Sin embargo, el principal foco de lucha contra la dictadura va a ser la guerrilla con sus distintas fases y características. En ese sentido, habría que hablar en primer lugar de los "huidos", que serían los grupos de combatientes que tras el fin de la guerra se quedaron en los montes decididos a seguir luchando contra la dictadura, los que no habían pasado a Francia a luchar contra los nazis. Su posición, suficientemente fuerte para dar quebraderos de cabeza al régimen, nunca lo fue para poner en peligro éste.

En 1944 se da la orden de "invasión del valle de Arán" por parte del PCE y de Jesús Monzón, a la sazón máximo responsable del partido, y se produce el nacimiento de una guerrilla que va a ser fuerte en la zona de Levante y el Maestrazgo de Teruel (Agrupación Guerrillera de Levante-Aragón, AGLA), en la cornisa cantábrica, en el norte de Cataluña... Aquí nos encontramos con una guerrilla que va a contar con el apoyo de la población de los pueblos en muchas ocasiones (como el caso de Sta. Cruz de Moya), va a defender una justicia popular y va a acosar de una manera extraordinaria a los falangistas y a los más comprometidos con el nuevo Estado, dando como resultado un fuerte retroceso de éste en esas zonas. Los secuestros, atentados, extorsiones, supondrán una esperanza para muchos, el terror para otros. Pero la represión fue también brutal y sucia, como lo muestra la utilización de contrapartidas que harán de estos grupos algo cada vez menos fuerte y con menos apoyo de la población, llevando a que el fenómeno acabara teniendo un carácter residual a la altura de 1950-1951, que es cuando se da la orden de abandonar este frente de lucha. Pero entre 1947 y 1949 la acción de la guerrilla, sobre todo del AGLA, fue especialmente fuerte y significativa.

Muchas veces se olvida también la guerrilla urbana anarquista, circunscrita fundamentalmente a Barcelona, donde destacan grupos como Los Maños o Talión, además de personajes como Quico Sabaté o José Luis Facerías. Van a cometer sobre todo atracos a bancos y furgones con dinero. Las acciones de estos grupos van a ser audaces e ingeniosas, pero la represión sobre ellos y su entorno va a ser tan brutal que difícilmente iban a lograr el apoyo popular. También parte de la CNT en el exilio era crítica con este tipo de guerrilla urbana por los escasos logros y porque su mantenimiento les podía causar problemas con las autoridades francesas.

Respecto a los partidos tradicionales de oposición, singularmente el PCE, el estudio de la mentalidad del militante en la clandestinidad es uno de los

capítulos más apasionantes que podemos tratar. Algunas memorias como las de Gregorio López Raimundo, Simón Sánchez Montero, Manuel Azcárate o tantos otros más nos dan una dimensión de la militancia en la clandestinidad muy interesante, mostrándonos todo un mundo paralelo al de esa sociedad reprimida y uniformada que estamos mostrando. Se nos habla de los sistemas de protección, de la necesidad de aislarse y no entrar en contacto con los familiares más cercanos, de la ayuda de muchas personas anónimas, de la forma de trabajar, de la vigilancia de la policía y de las caídas periódicas y las cuarentenas subsiguientes para el aparato de la organización. Si esta situación se puede extender a todo el período franquista, es en esta década de los cuarenta cuando la lucha clandestina es más peligrosa y está más ligada a la dinámica de la guerra civil. No se trata aún de nuevas generaciones de estudiantes y obreros que se perciben como algo distinto ante lo que el régimen tardará en saber cómo reaccionar. Además, el hecho de que a lo largo de los cuarenta la lucha armada fuera una realidad, hacía más arriesgada esta actividad. El tipo de actuaciones estaba ligado casi siempre a la reconstrucción de una red de personas ligada a los viejos partidos, que a su vez intentaban alentar a la resistencia entre los obreros, la utilización de propaganda (octavillas, pintadas) y, en ciudades como Barcelona, el apoyo a la guerrilla urbana ya comentada.

Sin embargo, persistía también lo que podemos denominar una visión cultural de la resistencia. La resistencia en ese ámbito no se diferenciaba mucho respecto a la otra pero trabajaba en el seno de las universidades, institutos de enseñanza media e iniciativas culturales de todo tipo. No nos referimos ahora a las "desviaciones" de los propios proyectos del régimen o de los aprovechamientos de éstos, sino a iniciativas legítimas y abiertamente críticas con el régimen. En la mayor parte de los casos este tipo de acciones era también muy irregular, y escasa, pero se proyecta en una hostilidad siempre latente hacia el Sindicato Español Universitario (SEU) y los profesores franquistas de la universidad por parte de los estudiantes. En Barcelona, las palizas hacia los sectores catalanistas o republicanos eran habituales y por ello se hacía difícil decir que la situación era normal. La mayor parte de los estudiantes que rechazan este ambiente crean cenáculos y grupos propios de carácter cultural iniciando contactos con grupos de oposición pero de una manera muy irregular. Las clases paralelas, manifestando pensamientos críticos y heterodoxos para el sistema, eran una de las muestras de este tipo de actividades, junto con la edición de revistas de escasa tirada pero que de nuevo insistían en aspectos culturales y formalmente neutros y no tanto en un sentido militante y de enfrentamiento directo. En ese sentido, Cataluña y la Universidad de Barcelona, además de la Central de Madrid, pero sobre todo la primera, van a tener un carácter claro de adelantadas en este sentido.

Una buena muestra de este tipo de actividades de carácter cultural y alternativo la tenemos en esta década de los cuarenta en algunas iniciativas culturales minoritarias y elitistas pero claramente críticas, ligadas casi siempre a Barcelona capital (Samsó, 1994-1995). Así, nos encontramos con que, junto a la poderosa presión política de la cultura del régimen, castellana de expresión y antinacionalista de intención política, se dan una serie de pequeñas manifestaciones de deseos de mantener la lengua catalana y de recuperar algunas costumbres literarias e intelectuales de preguerra, casi siempre, como digo, ceñida a minorías estrechas, pero decididas a mantener a toda costa una cultura catalana propia. En la primera mitad de la década, la de la negación radical de la cultura catalana, hay que destacar la continuidad de los Jocs Florals de Barcelona, celebrados de forma privada, alguna acción de afirmación catalanista en torno a algún personaje, como es el caso del homenaje al obispo Torras y Bages en un domicilio particular, o el inicio en abril de 1942 de las sesiones de los Amics de la Poesia. Por su parte, en esos mismos años, y de forma clandestina pero no secreta, se hacía una primera sesión del recuperado Institut d'Estudis Catalans. También se editarán libros en catalán a pesar de la prohibición tajante hasta 1945; en 1943 aparecieron 21 libros en lengua catalana por poner un ejemplo.

Las cosas empiezan a cambiar desde el fin de la guerra mundial, cuando se da un reconocimiento progresivo a la cultura catalana a través del permiso para la edición de revistas en catalán como *Ariel*, pero también por la edición de libros (aunque con muchas restricciones en la temática y en el número de ejemplares tirados). Reaparece también el Orfeo Catalá y el teatro en catalán. Es difícil sin embargo ver en estas iniciativas de las jerarquías del régimen un elemento de "resistencia cultural" sino la constatación, por un lado, de la imposibilidad de la supresión total de los signos de identidad catalanes y de la lengua sobre todo, y por otro lado una apuesta por la normalidad y la integración de las "peculiaridades" catalanas dentro de España y su régimen. En todo caso, eran los cenáculos, las reuniones de minorías universitarias, en torno a la Federació Nacional d'Estudiants de Catalunya (FNEC) de donde partían estos comportamientos e iniciativas, restringidas y sometidas a un contexto asfixiante pero en las que se hallaban al menos solidaridades más o menos simuladas, en torno a la defensa de lo específico catalán en contraste con un mucho más desarraigado Madrid u otras ciudades españolas.

En 1946 y 1947 reaparece la FUE (Federación Universitaria Escolar, organización estudiantil que había demostrado su dinamismo durante la dictadura de Primo de Rivera y posteriormente durante la República) en Madrid, con el Liceo Francés como base. Esta FUE además de una serie de pintadas y de octavillas, es editora de libros tan bellos como *Pueblo cautivo*, un bre-

ve poemario con ilustraciones que aparece en diciembre de 1946 que, aunque figurará como anónimo durante mucho tiempo, fue escrito por Eugenio G. de Nora, como ahora ha quedado claro. La FUE intentaba reorganizarse y aparecer ante los estudiantes como defensora de una universidad y una cultura que ahora estaban deshechas, mientras los maestros, los grandes escritores, estaban en el exilio o en la cárcel, donde habían muerto, como fue el caso de Miguel Hernández. La FUE de la posguerra no era producto de un partido, sino de jóvenes universitarios resistentes, como Manuel Lamana, Nicolás Sánchez Albornoz, Ignacio Faure o Francisco Benet. Fueron los tres primeros detenidos en 1947 por la policía, juzgados y llevados a trabajos forzados a las obras de construcción del Valle de los Caídos, en Cuelgamuros, de donde serán rescatados en una famosísima huida en marzo de 1948 por Norman Mailer, Barbara Probst Salomon y otra chica más. La huida y, sobre todo, el ambiente de la época está muy bien contado por sus propios protagonistas (Probst Salomon, 1999, 2.ª ed., y Lamana, 1989). La FUE volverá a sacar su órgano, *UFEH*, en mayo de 1946, en actitud muy crítica ante el régimen.

Pero la FUE tampoco estaba sola. Merece la pena nombrar, dentro del mundo estudiantil, a la FNEC, que también en la Universidad de Barcelona planteará lucha abierta contra el SEU. O el grupo llamado Unión de Intelectuales Libres que editaba una revista multicopiada y clandestina, *Demócrito*, de la que llegaron a aparecer 43 números, entre 1945 y 1947. En Valencia apareció una revista similar, *Nuestro Tiempo*. En sus páginas se denunciaba una y otra vez el carácter asfixiante del nacional-catolicismo, se lamentaba el estado de la Universidad y se llamaba a la rebeldía.

Por supuesto, habrá otra serie de publicaciones, pero ya estrictamente partidarias y clandestinas como *Mundo Obrero*, *El socialista*, *Fragua Social*, *Euzkadi*, *Nuestra Bandera*, realizadas la mayor parte de ellas fuera del territorio español. En cualquier caso, la dinámica de este tipo de publicaciones está ligada más al pasado, la lucha en la guerra civil, la denuncia del régimen en nombre de unos valores democráticos y republicanos, que lo que va ser el nuevo tipo de lucha contra la dictadura.

Con el mantenimiento del franquismo, estamos ante el triunfo del ruralismo cultural, de la provincia sobre el cosmopolitismo, que era lo que la victoria franquista en la guerra significaba también. Se trataba de volver a la cultura castiza, costumbrista y folclorista, frente a ciudades como Madrid —la obsesionante Madrid para los franquistas— y Barcelona, como capitales extranjerizadas durante la República, traidoras a sus cometidos históricos. Se trataba de reconstruir España desde la provincia, desde ese universo mental mezcla de "romerías, procesiones, juegos florales y sainetes" que se veía como el macizo de la raza española: la tradición del siglo de oro, el casticismo, el cato-

licismo integrista, la variedad regional, y las pequeñas culturas locales hostiles a la apuesta modernizadora de la República. Tan sólo las gotas *d'annunzianas* de Falange, por otra parte contradictorias, muestran una leve conexión con lo que habían supuesto los años treinta (Ugarte Tellería, 1998: 368-369). En ese sentido, los proyectos franquistas centrados en Madrid como símbolo de la reconquista de España se quedaron en ese tono gris, mediocre y chato que anticipábamos al comienzo de este capítulo. La anacronía, refugiada en el aislamiento, se enseñoreaba de la "Nueva España".



Unidad V. Edad contemporánea: Siglo XX: De la Segunda República a España miembro de la Comunidad Económica Europea.

Fusi Aizpúa, Juan Pablo, "VI De la dictadura a la Democracia", *Historia mínima de España*, México, D.F.: El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 2013, pp. 229-271.

En esta parte del libro Juan Pablo Fusi se enfocó en otorgar los pormenores de la dictadura de Francisco Franco, de 1939 a 1975, la cual sumió a España en un período de un régimen autoritario, totalitario, católico, anticomunista, tecnocrático y desarrollista. Fue en Franco en quien recayó el poder total sobre territorio español, se convirtió en jefe de estado, el dirigente del gobierno, al frente del Movimiento, el control de las fuerzas armadas. A pesar del propósito del dictador por incluir a España entre las potencias internacionales, ésta no fue reconocida como parte de esta comunidad. A la muerte del dictador se inició el proceso democrático de España y el ascenso al trono del rey Juan Carlos. Se trataron las circunstancias en que se dio la transición de un Estado dictador a la república democrática, así como su inclusión a la Comunidad Económica Europea. España es concebida por el autor con una nueva identidad, cimentada en una pluralidad cultural y con una vasta historia que influye en el territorio europeo, mediterráneo y, por supuesto, en el americano.

Actividades:

- Elaborar un breve ensayo en que se expliquen los cambios políticos, económicos y sociales de España durante el siglo XX, explicando el proceso de transición de la dictadura a la democracia.

VI DE LA DICTADURA A LA DEMOCRACIA

La victoria del ejército nacional en la Guerra Civil de 1936-1939 dio paso a la dictadura del general Francisco Franco (1893-1975), un militar formado en la guerra de Marruecos, un hombre de escasa estatura, inexpresivo, desconfiado, prudente, conservador y católico, obsesionado por el comunismo y la masonería. Basado en las ideas fascistas de Falange Española, en el pensamiento de la iglesia y en los principios de orden, autoridad y unidad de los militares, el régimen de Franco fue una dictadura personal, el arquetipo de régimen autoritario: totalitario y filofascista, y alineado con la Alemania de Hitler y la Italia de Mussolini entre 1939 y 1945; católico y anticomunista desde 1945-1950 al hilo de la Guerra Fría; tecnocrático y desarrollista desde 1957-1960.

Instalada en la Europa de Hitler —España no entró en la Segunda Guerra Mundial pero mandó la División Azul a Rusia en 1941—, España vio desde 1939 la creación de un estado nacional-sindicalista, la oficialización de los rituales fascistas de la Falange, la recatolización de España (derogación del divorcio, retorno de los jesuitas, penalización del aborto, censura eclesiástica, consagración de España a la causa católica), la afirmación del Movimiento como partido único y la adopción de políticas económicas basadas en la autarquía y el control estatal. Tras la

derrota del Eje en 1945, el régimen de Franco fue definiéndose como una monarquía social y representativa, como una democracia orgánica. Franco, que usó numerosos gobiernos a lo largo de la dictadura, retuvo siempre todo el poder: las jefaturas del estado y del gobierno, la jefatura del Movimiento, la capacidad legislativa, el mando de las fuerzas armadas. Las cortes, creadas en 1942, fueron concebidas como un órgano de colaboración, no de control del gobierno. Eran designadas, no elegidas: carecían de funciones legislativas. La dictadura prohibió partidos políticos, movimientos nacionalistas, sindicatos, huelgas y manifestaciones y controló, a través de la censura y las consignas, la prensa y la radio. Unas cincuenta mil personas fueron ejecutadas entre 1939 y 1945.

El régimen franquista, autárquico y nacionalista, creó un fuerte sector público. Estatalizó ferrocarriles, minas, teléfonos, la distribución de gasolina y el transporte aéreo. Para impulsar la industrialización, en 1941 creó el Instituto Nacional de Industria que entre 1941 y 1957 construyó fábricas y empresas de aluminio y nitratos, industrias químicas, astilleros, grandes siderurgias, refinerías y fábricas de camiones y automóviles. El régimen impulsó las obras públicas (pantanos, centrales térmicas). Controló precios y salarios y el comercio exterior. Integró desde 1940 a trabajadores y empresarios en la Organización Sindical, los "sindicatos verticales" del estado; y creó un modesto sistema de seguros sociales de tipo asistencial y paternalista.

El coste que todo ello supuso para España fue, sin embargo, muy elevado. La autarquía tuvo costes desmesurados y se hizo a costa de un proceso inflacionario alto.

La política agraria del primer franquismo fue un desastre: 1939-1942 fueron años de hambre. La reconstrucción de lo destruido durante la guerra fue solo aceptable. La producción, pese al esfuerzo inversor del estado, no alcanzó el nivel de 1936 hasta 1951. Pese a que desde ese mismo año la liberalización del comercio exterior y de los precios mejoró sensiblemente los resultados económicos, en 1960 España era uno de los países más pobres de Europa. La derrota del Eje nazi-fascista en la guerra mundial dejó, además, al país en una situación difícilísima. La ONU rechazó (junio de 1945) la admisión de España. Francia cerró la frontera. El 12 de diciembre de 1946, la asamblea de la ONU votó una declaración de condena del régimen español y recomendó la ruptura de relaciones con él, resolución que la comunidad internacional, con pocas excepciones (Argentina, Portugal), comenzó a cumplir de inmediato.

El régimen de Franco sobrevivió, con todo, a las dificultades que él mismo había provocado. Los pequeños focos guerrilleros que habían quedado de la guerra en algunas regiones aisladas del país solo pudieron provocar alguna acción menor y esporádica, y fueron diezmados por la represión. La acción internacional contra Franco, que culminó en la decisión de la ONU de 1946, no fue eficaz a la larga: Franco movilizó al país en su apoyo frente a aquella "conjura" internacional. La invasión guerrillera por el valle de Arán preparada por los comunistas en el otoño de 1944 no consiguió sus objetivos y fue abandonada en 1948.

Desde 1945, Franco hizo cambios que dieron una fachada más aceptable a su régimen: promulgó el fuero

de los Españoles y la ley de Referéndum, aprobó una amnistía parcial, suprimió el saludo fascista y evacuó Tánger, que había ocupado en 1940. La ley de Sucesión (26 de julio de 1947), aprobada en referéndum, definió a España como reino y como un estado "católico, social y representativo", e inició un lento proceso, nunca completo, de desfalangización e institucionalización del sistema, que continuó con la ley del Movimiento (1958) —que hacía de éste una *comunidad* de "familias" del régimen—, la ley Orgánica del Estado (1966) y el nombramiento en 1969 del príncipe Juan Carlos como sucesor de Franco. La política exterior —ayuda del Vaticano, pacto "ibérico" con Portugal, Hispanidad (la comunidad entre España y la América española que el franquismo elevó a política de estado), amistad con los países árabes—, dirigida entre 1945 y 1957 por Alberto Martín Artajo, buscó ahora la homologación internacional. La Guerra Fría, que revalorizó al régimen de Franco ante Estados Unidos y propició la aproximación hispano-estadounidense, y no la labor de la diplomacia española, fue, con todo, el hecho esencial. España pagó un precio altísimo: por los acuerdos de septiembre de 1953, cedió a Estados Unidos bases militares en Torrejón, Zaragoza, Morón y Rota; Estados Unidos concedió a España una sustanciosa ayuda económica (en torno a mil millones de dólares). El 15 de diciembre de 1955 la ONU aprobó el ingreso de España.

La España de Franco fue, pues, desde 1955 una nación reconocida por la comunidad internacional. Pero nunca tuvo legitimidad democrática. Aunque no llegara a amenazar al régimen, malestar lo hubo siempre. Antes de 1956, se trató de hechos ocasionales y esporádicos

(huelga en la ría de Bilbao en mayo de 1947, boicot a los tranvías en Barcelona en marzo de 1951...). En febrero de 1956 se produjeron las primeras muestras graves de descontento contra el régimen desde la Guerra Civil, protestas callejeras protagonizadas por estudiantes de la universidad de Madrid. En abril, España daba precipitadamente la independencia al Marruecos español, forzada por la decisión previa francesa de retirarse del Marruecos francés. En octubre, la inflación, el déficit exterior y la pérdida masiva de reservas de divisas extranjeras crearon la situación de crisis económica más grave desde el fin de la guerra. Entre 1956 y 1958, las huelgas y protestas contra la carestía de la vida se extendieron por el País Vasco, Asturias, Cataluña y Madrid (si bien la huelga general que, a la vista de la situación, convocó desde la clandestinidad el Partido Comunista para el 8 de junio de 1959 fue un total fracaso).

España cambió en la década de 1960. La clave fue el plan de estabilización de julio de 1959, elaborado por un equipo de jóvenes economistas al servicio de la presidencia del gobierno, un modelo ortodoxo de estabilización —devaluación de la peseta, reducción de la circulación fiduciaria, elevación de los tipos de interés, liberalización de importaciones, congelación del gasto público, créditos extranjeros—, y una apuesta por la liberalización de la economía española que rectificaba todo lo que el régimen había hecho desde 1939.

Estabilización y liberalización provocaron, en efecto, el despegue económico. Los años del desarrollo (1960-1973), pilotados por gobiernos con fuerte presencia de ministros del Opus Dei, hicieron de España un país in-

dustrial y urbano. Grandes migraciones transformaron su estructura demográfica: cuatro millones de personas dejaron las zonas rurales entre 1960 y 1970, casi la mitad para irse a Europa. En 1960, hubo seis millones de turistas; en 1975, treinta millones: el turismo cambió la economía de muchas zonas costeras, y los hábitos y comportamientos de los españoles. La producción y uso de automóviles y electrodomésticos creció de forma espectacular. Aun con periodos de avances y retrocesos, y repuntes inflacionarios, entre 1961 y 1964 la economía española creció a una media anual del 8,7 por 100, y del 5,6 por 100 entre 1966 y 1971. En 1970, tres de cada cuatro asalariados trabajaban ya en la industria y los servicios, y solo el uno de cada cuatro lo hacía en la agricultura. En 1975, en torno al 75 por 100 de la población (30,4 millones en 1960; 33,7 millones en 1970) vivía en ciudades de más de diez mil habitantes. En 1960, solo cuatro de cada cien hogares españoles tenían automóvil, y uno de cada cien televisor. En 1975, los tenían el 40 y el 85 por 100, respectivamente. El número de estudiantes universitarios pasó de 87.600 en 1962 a más de un cuarto de millón en 1971-1972.

El "milagro español" tuvo graves contrapartidas: estancamiento de la agricultura, fuertes desequilibrios regionales (pese a la creación de "polos" de desarrollo regional), elevado éxodo rural, sector público ineficiente y deficitario, graves insuficiencias de tipo asistencial (a pesar de la creación de la Seguridad Social en 1964), horrores urbanísticos en las zonas turísticas y en las grandes ciudades, desastres ecológicos, hacinamiento de la población industrial en barriadas carentes de servicios (en Ma-

drid, Barcelona, Bilbao...). Pero España había superado la barrera del subdesarrollo. En 1971 era el cuarto país del mundo en construcción naval; la primera empresa española era una empresa de fabricación de automóviles, SEAT. La renta per cápita que en 1960 era de trescientos dólares, se había multiplicado por ocho en 1975.

La década del desarrollo vio, como contrapartida, la reaparición de la conflictividad. Los estudiantes e intelectuales se rebelaron en demanda de libertades y derechos democráticos. Los trabajadores, a cuya movilización contribuiría la aparición a partir de 1960 de nuevos sindicatos clandestinos de oposición, y ante todo de Comisiones Obreras, bajo creciente influencia del Partido Comunista desde 1964, reclamaron libertades sindicales y derecho de huelga. Aunque estuvieron siempre prohibidas, hubo ya 77 huelgas en 1963, 484 en 1965 y 1.595 en 1970. En Cataluña, donde la lengua y la cultura propias habían mantenido de alguna forma la conciencia de identidad catalana, el joven Jordi Pujol y el impresor Francesc Pinzón fueron procesados en 1960 por organizar una campaña contra una visita de Franco. El abad de Montserrat, Aureli Escarré, fue expulsado de España en 1965 por unas declaraciones contra el régimen en el diario *Le Monde*. Ciento treinta sacerdotes protagonizaron una "marcha contra la tortura" en las calles de Barcelona en 1966. Varios partidos de la oposición clandestina formaron en 1971 una asamblea de Catalunya, como organismo unitario de lucha contra el régimen.

La aparición en 1959 en el País Vasco de ETA, una organización independentista y marxistizante que desde 1968 recurrió al terrorismo como forma de lucha armada por

la liberación nacional vasca, rompió la paz de Franco; 47 personas, entre ellas el número dos del régimen, el almirante Carrero Blanco, murieron víctimas de acciones de ETA entre 1968 y 1975. eta protagonizó secuestros espectaculares, y multitud de atracos y atentados. La dictadura declaró el estado de excepción en el País Vasco en seis ocasiones entre 1968 y 1975. Veintisiete etarras murieron en enfrentamientos con la policía en esos años. Centenares de personas fueron encarceladas por colaboración con el grupo armado. Dieciséis miembros de la organización, entre ellos dos sacerdotes, fueron procesados en Burgos, y algunos condenados a muerte (aunque indultados), en medio nuevamente de amplias protestas internacionales, y de huelgas y desórdenes en la propia España.

La iglesia, en cuyo interior habían ido germinando disidencias y protestas (denuncias de curas vascos y catalanes por la situación de opresión cultural en sus respectivas regiones; apoyo de algunos obispos y sacerdotes a organizaciones obreras católicas independientes e incluso a Comisiones Obreras; diálogo con el marxismo de teólogos como Díez Alegría o González Ruiz...), fue, por último, divorciándose del régimen de Franco, sobre todo desde el Concilio Vaticano II en 1964 y al hilo de la renovación de la jerarquía episcopal española llevada a cabo entre 1964 y 1974 por los nuncios Riberi y Dadaglio, que culminó con el nombramiento como arzobispo de Madrid (1969) y presidente de la Asamblea Episcopal de monseñor Vicente Enrique Tarancón, un liberal muy próximo al papa Pablo VI y decidido partidario de la ruptura de la iglesia con el franquismo. En

1969, el obispo de Bilbao se negó a que se procesara a varios sacerdotes vascos acusados de complicidad con la organización ETA. Los obispos vascos pidieron clemencia para los acusados en el juicio de Burgos de 1970. En 1971, la Asamblea Episcopal pidió perdón por la parcialidad con que la iglesia había actuado durante la Guerra Civil.

La contradicción entre una sociedad en vías de modernización y un régimen político autoritario y de poder personal se hizo, así, manifiesta. Escindido entre "apertura" e "inmovilismo", el franquismo, que tuvo en esos años a su hombre fuerte en el almirante Carrero Blanco, entró en crisis a partir de 1969. El crecimiento económico siguió a un muy fuerte ritmo en los años 1970-1975. España firmó un acuerdo preferencial con la Comunidad Europea en 1970 y estableció después relaciones diplomáticas incluso con países comunistas (Alemania del Este, China). Pero el continuismo institucional que Franco y Carrero Blanco quisieron proyectar en los últimos años del régimen era cuando menos problemático: la naturaleza del régimen debilitaba su propia autoridad política y moral ante los conflictos, y amenazaba su propia estabilidad. En 1970 hubo un total de 1.595 huelgas; en 1974, cerca de 2.000 y en 1975, más de 800, aunque nunca fue un derecho legal. Varios obreros murieron en algunos de aquellos conflictos en choques con la policía. El juicio que en diciembre de 1970 tuvo lugar en Burgos contra 16 militantes de ETA provocó violentas protestas en toda Europa: ETA lanzó una fuerte ofensiva terrorista en 1971-1973, y mató en diciembre de 1973 al propio presidente del gobierno y pieza clave del régimen, Carrero Blanco.

La apertura prometida en febrero de 1974 por el último gobierno del franquismo, encabezado por Arias Navarro (1974-1975), promesa que galvanizó la política del país —y permitió la acción pública de la oposición moderada y una considerable libertad de prensa—, fue un fracaso: no hubo democratización del régimen, no hubo legalización de “asociaciones” políticas como paso hacia un régimen de partidos. En marzo de 1974 fue ejecutado un joven anarquista acusado de terrorismo, Salvador Puig Antich. Una bomba de ETA mató en Madrid, en septiembre de 1974, a once personas. El 27 de septiembre de 1975 fueron ejecutados, en medio de la indignación internacional, dos militantes de ETA y tres del FRAP, un grupo de extrema izquierda aparecido en 1973 que había atentado contra varios policías. La evolución del franquismo hacia la democracia era imposible.

LA TRANSICIÓN A LA DEMOCRACIA

La muerte de Franco, el 20 de noviembre de 1975, permitió la transición de España a la democracia. Posibilitada por el desarrollo económico de los años 1960-1974, la crisis del franquismo desde 1969, la necesidad de la nueva monarquía de liberarse de su origen franquista y dotarse de legitimidad propia y democrática, y el contexto internacional —caídas de las dictaduras portuguesa y griega, apoyo de Europa a una España democrática—, la transición española fue especialmente significativa.

En España se acertó en lo sustancial: en el hombre, Adolfo Suárez (un político procedente del franquismo,

un hombre joven, con innegable atractivo político y personal, que supo entender muy bien el clima moral del país a favor de la democracia y, con el apoyo del nuevo rey, resolver la transición con audacia, decisión y desenvoltura sorprendentes); y en el procedimiento, reforma (y no ruptura) desde la propia legalidad franquista. La transición creó un nuevo consenso histórico en el país, que se configuró (Constitución de 1978) como una monarquía democrática y como un estado autonómico que confería un alto grado de autogobierno a regiones y nacionalidades (esto es: Cataluña, País Vasco y Galicia); y a pesar del terrorismo de la organización vasca ETA (unos ochocientos muertos entre 1975 y 2000), la democracia española cristalizó en un régimen estable y plural y en una de las economías más dinámicas de Europa.

España celebró sus primeras elecciones democráticas desde 1936 en junio de 1977. La izquierda, prohibida y reprimida durante los cuarenta años de la dictadura de Franco, llegó al poder en octubre de 1982. España se incorporó a la Comunidad Europea en junio de 1985.

La transición a la democracia no fue, sin embargo, en ningún caso ni fácil ni lineal. El proceso tuvo mucho de improvisado, y su desenlace dependió en todo momento de muchos factores y circunstancias. El comienzo de la transición, la etapa en que gobernó el gobierno continuista de Arias Navarro, último jefe de gobierno con Franco al que el rey Juan Carlos se vio forzado a ratificar en el cargo al asumir la corona, fue decepcionante. ETA mató en atentados entre 1975 y 1980 a un total de 236 personas. El 24 de enero de 1977, pistoleros de la extrema derecha asesinaron en Madrid a cinco abogados laboristas próximos al Par-

tido Comunista. El ejército vio con considerable reserva durante estos años el proceso hacia la democracia.

El rey Juan Carlos y su círculo de asesores impulsaron la evolución hacia una monarquía constitucional y democrática, proceso que se aceleró, en efecto, con el nombramiento de Suárez como presidente del gobierno en julio de 1976, tras la decepción que fue el periodo continuista de Arias Navarro entre noviembre de 1975 y julio de 1976. La gestión de Suárez —que permaneció al frente del gobierno, con distintos gabinetes, y ganó las elecciones de 1977 y 1979— fue ciertamente decisiva. Suárez empezó por plantear una reforma política, para la que logró el asentimiento de las propias cortes franquistas, respaldado por el referéndum popular celebrado el 15 de diciembre de 1976 en apoyo de su reforma política —reforma en buena medida diseñada por Torcuato Fernández Miranda, otro prohombre del franquismo, presidente de las cortes a la muerte de Franco y, en su día, uno de los preceptores del entonces príncipe Juan Carlos—; a continuación, legalizó los partidos políticos y los sindicatos (incluido el Partido Comunista, con gran malestar de los militares), en abril de 1977; liberó a todos los presos políticos del franquismo, convocó elecciones constituyentes (15 de junio de 1977) que ganó creando un heterogéneo partido de centro, la Unión de Centro Democrático, y logró un amplio consenso político con la oposición (Partido Socialista Obrero Español, Partido Comunista, partidos nacionalistas catalanes y vascos) en torno a las dos cuestiones entonces fundamentales: la economía y la Constitución.

Los pactos de la Moncloa del 27 de octubre de 1977 —un acuerdo entre el gobierno, los sindicatos mayoritarios y

los partidos, equivalente a un plan de estabilización para combatir la inflación y el paro, reducir el gasto público, devaluar la moneda, limitar los aumentos salariales y acometer la reforma y liberalización de la economía, preparado por el vicepresidente del gobierno, el economista Enrique Fuentes Quintana— fueron providenciales. Como toda Europa, España experimentó una muy grave crisis económica desde 1974-1975. Con una inflación en 1977 del 24,5 por 100, una deuda exterior para 1973-1977 de doce mil millones de dólares, la economía en recesión y el paro en aumento constante, la democracia parecía seriamente amenazada. El PIB pasó de crecer el 5,7 por 100 en 1974 a crecer apenas dos décimas en 1977 y a decrecer medio punto porcentual en 1982. Entre 1974 y 1984 se destruyeron un total de 2,2 millones de puestos de trabajo; se pasó de 367.000 parados en 1974 a 832.000 en 1977. Los pactos de la Moncloa, cuyos efectos paliativos empezaron a percibirse pronto, propiciaron así la estabilidad económica que la implantación de la nueva democracia española requería.

La Constitución de 1978, aprobada por el senado y el congreso el 31 de octubre y por los españoles en referéndum el 6 de diciembre de ese año, configuró, como ya se ha dicho, una monarquía parlamentaria y un estado autonómico con nacionalidades y regiones autónomas (de las que se formaron en los años siguientes hasta un total de diecisiete, más las ciudades de Ceuta y Melilla), cuyo derecho a la autonomía quedaba de esa forma garantizado. La Constitución, consensuada por todas las fuerzas políticas y elaborada por una ponencia de personalidades notables (Peces Barba, Roca Junyent,



MAPA 1. Las regiones autónomas tras la Constitución de 1978.

Solé Tura, Cisneros, Pérez-Llorca, Herrero de Miñón, Fraga Iribarne) reconocía y garantizaba todas las libertades democráticas, los partidos políticos y los sindicatos, abolía la pena de muerte, fijaba la mayoría de edad en los dieciocho años, diseñaba un estado aconfesional pero reconocía el significado de la iglesia católica en la historia española, legalizaba el divorcio y reconocía la libertad de empresa y la economía de mercado. Es-

paña se redefinía, en suma, como un estado social y democrático de derecho, como una democracia plena y avanzada.

Suárez logró, además, unos acuerdos especiales para Cataluña, donde en 1977 restableció la Generalitat, el régimen histórico catalán reconocido por la Segunda República y abolido por Franco, a cuyo frente puso al presidente de Cataluña en el exilio, Josep Tarradellas, que regresó triunfalmente a su región en octubre de aquel año. Solo tropezó en el País Vasco –pese a que también allí se estableció a finales de 1977 un régimen de preautonomía– debido al efecto combinado de tres realidades: la violencia de ETA, cuyas acciones terroristas alcanzaron su máxima violencia en 1979-1980; los planteamientos maximalistas del nacionalismo vasco histórico, el Partido Nacionalista Vasco (PNV) –a cuyo frente apareció un nuevo liderazgo cuya personalidad más destacada fue Xavier Arzallus–, que no votó la Constitución porque en ella no se reconocía la soberanía vasca; y la espinosa cuestión de la relación entre el País Vasco y Navarra, provincia que a partir de 1977 optó por separarse del País Vasco, como ya ocurriera en los años de la Segunda República, y constituirse como comunidad autónoma (foral) propia.

Pese a la decepción de los que habían querido una más profunda ruptura con el franquismo, pese a la crisis económica, pese a la presión terrorista de ETA y de algunos grupos de la extrema derecha, la democracia española estaba en marcha. Los estatutos de autonomía vasco y catalán fueron aprobados en octubre de 1979. En marzo de 1980 se celebraron elecciones autonómicas en ambas

regiones: en Cataluña, donde venció el nacionalismo moderado liderado por Jordi Pujol, y en el País Vasco, con triunfo del PNV. Los gobiernos vasco y catalán quedaron ya formalmente constituidos en abril, presididos respectivamente por Carlos Garaicoetxea, del PNV, y Jordi Pujol, el líder de Convergencia i Unió. Galicia tuvo estatuto de autonomía en 1980 y elecciones regionales y gobierno gallego en octubre de 1981, elecciones que ganó la derecha española, Alianza Popular, y gobierno que presidió Gerardo Fernández Albor. Tras un complicado proceso hacia la autonomía, Andalucía celebró sus primeras elecciones autonómicas en mayo de 1982, las cuales supusieron una gran victoria del PSOE, por lo que su líder en la región, Rafael Escuredo, formó así el primer gobierno andaluz de la historia.

Todo ello suponía un cambio radical, una profunda reestructuración del poder político y territorial en España. La democracia, en efecto, se consolidaba. Suárez dimitió el 29 de enero de 1981. La joven democracia española superó sin problemas la caída del hombre clave de la transición, el hombre que (y esto fue lo más importante) derrotó el intento de golpe de estado que se había producido el 23 de febrero de 1981, encabezado por el teniente general de la Guardia Civil, Antonio Tejero, y el capitán general de la región de Valencia, el general Miláns del Bosch. Suárez, todavía presidente en funciones, y su vicepresidente, el general Gutiérrez Mellado, se enfrentaron con valor admirable a los guardias civiles armados que habían penetrado en el propio edificio de las cortes; muchos observadores situaron el detonante de este intento de golpe de estado en el terrorismo de ETA. El

rey Juan Carlos actuó con decisión para detener el golpe. Al rey, a sus asesores y a altos mandos del ejército y de los cuerpos de seguridad, se debió el mantenimiento de la disciplina militar: ninguna de las otras regiones militares secundó a Valencia. Millones de personas se movilizaron en toda España contra el golpe y en defensa de la democracia en las gigantescas manifestaciones que, como respuesta, se celebraron en los días posteriores al 23 de febrero.

Normalizada la situación durante la etapa de gobierno de Leopoldo Calvo Sotelo (1981-1982), que sucedió a Suárez al frente del ejecutivo, la sociedad española asumió ya sin dificultad alguna el retorno de la izquierda al poder —por primera vez desde la Guerra Civil—, que se produjo tras la histórica victoria de los socialistas, dirigidos por Felipe González y Alfonso Guerra, en las elecciones de octubre de 1982, en las que el PSOE logró diez millones de votos (Alianza Popular, el segundo partido, 5,4 millones de votos y UCD, 1,4 millones) y 202 de los 350 escaños del Congreso.

La larga etapa de gobierno socialista (1982-1996), consolidada con las nuevas victorias electorales que el partido, con Felipe González al frente, logró en 1986, 1989 y 1993, tuvo importancia extraordinaria. Suárez, como acabamos de ver, restableció la democracia, aprobó la Constitución e inició el proceso autonómico. Calvo Sotelo recuperó la normalidad política tras el intento de golpe de 23 de febrero de 1981, pactó con el PSOE la racionalización del proceso autonómico —y bajo su mandato se aprobaron los estatutos de autonomía de Galicia, Asturias, Cantabria, Andalucía, La Rioja, Murcia, Comunidad Valenciana, Aragón, Casti-

lla-La Mancha, Canarias y Navarra- y definió la "transición exterior" con la entrada en la OTAN, decidida por su gobierno en mayo de 1982, decisión que alineó inequívocamente a España en el mundo occidental.

Pues bien, entre 1982 y 1996, Felipe González y los socialistas -que tuvieron que hacer frente a grandes desafíos inmediatos: el declive de las industrias tradicionales, como siderurgia, minería y construcción naval, y el desempleo, cercano en 1982 al 20 por 100, y que ratificar en referéndum el mencionado ingreso del país en la OTAN- propiciaron la entrada de España en Europa, la reconversión industrial, la reforma militar, la modernización de las infraestructuras del país, la terminación del estado autonómico, la recuperación del papel internacional de España y varios años (1985-1991 y 1993-1996) de fuerte crecimiento económico. Muy al principio de su mandato, habían procedido, además, a liquidar la prensa y los medios de información públicos, herencia del franquismo, y a despenalizar (1983) varios supuestos de aborto recogidos en el código penal. Muy pronto también acometieron reformas para reforzar el derecho a la educación primaria y secundaria pública y cambiar la estructura y funcionamiento de la universidad.

Su gestión fue, pues, amplísima y, sin duda, determinante. En efecto, pese a las numerosas huelgas y disturbios laborales que sus medidas desencadenaron, los socialistas llevaron a cabo -para combatir la crisis económica- una dura política de ajuste económico y acometieron la reconversión industrial del envejecido y deficitario sector público creado por el franquismo, reconversión que afectó sobre todo a los sectores siderúrgico y minero y a la construcción

naval. Apostaron abiertamente por la liberalización de la economía e iniciaron el desmantelamiento y privatización del INI, el gran *holding* de empresas públicas del estado. En la lucha contra ETA -otro de los grandes problemas, como sabemos, de la nueva democracia española-, los socialistas lograron, primero, la colaboración decidida de Francia. Buscaron luego la distensión con el PNV: entre 1987 y 1996, el País Vasco autónomo estuvo gobernado por gobiernos de coalición PNV-Partido Socialista de Euskadi, presididos por el nacionalista Ardanza. En 1998, tras haber explorado antes, manteniendo conversaciones en Argelia con los líderes de ETA, la posibilidad de algún acuerdo con la organización, impulsaron la firma de pactos políticos (pactos de Madrid, Ajuria-Enea y Pamplona) con todas las fuerzas políticas democráticas para reafirmar el compromiso de la democracia española en la lucha contra el terrorismo. La policía logró, además, éxitos notables como la detención en marzo de 1992 en el sur de Francia de la "cúpula" de la organización (Francisco Múgica Garmendia, José L. Álvarez Santacristina, José Arregui Erostarbe), si bien ETA asesinó entre 1982 y 1996 a cerca de trescientas personas y cometió algunos de los atentados más sanguinarios de su historia durante esos años, con la colocación de coches-bomba en una plaza de Madrid en julio de 1986 (doce muertos), en un supermercado de Barcelona en junio de 1987 (quince muertos) y en los cuarteles de la Guardia Civil de Zaragoza ese mismo año (once muertos) y Vic en mayo de 1991 (nueve muertos).

La política exterior socialista fue especialmente ambiciosa. Antes de 1982, los ministros de Exteriores Areilza (ministro en la etapa Arias, 1975-76) y Oreja (ministro con

Suárez, 1976-80) habían ido normalizando las relaciones diplomáticas con casi todos los países del mundo y habían contribuido decisivamente al restablecimiento del crédito internacional de España, seriamente dañado durante los años de la dictadura de Franco. Con todo, Suárez, no obstante la labor de su ministro Oreja, y pese a haber iniciado en 1977 el proceso de incorporación de España a Europa, expresó muchas dudas acerca de un eventual ingreso de España en la OTAN y se sintió particularmente cómodo con los países del llamado "Tercer Mundo" y no-alineados. Su sucesor, Calvo Sotelo y su ministro de Exteriores, Pérez-Llorca, fueron, ya lo hemos visto, decididamente atlantistas y europeístas y llevaron a España a la OTAN en mayo de 1982. González -y sus equipos ministeriales- fueron mucho más lejos: trataron de definir los principios permanentes de la política exterior española, fijar el "sitio" internacional de España, materializar el nuevo sistema exterior español. La política exterior global española definida a partir de 1982 supuso, de esa forma, la integración en Europa y en la OTAN, la universalización de las relaciones exteriores del país, relaciones especiales con Marruecos y Portugal, cooperación también especial y privilegiada con América Latina, atención particular al área mediterránea, relación equilibrada de ayuda económica y defensa mutua con los Estados Unidos, y replanteamiento del tema de Gibraltar negociando con Gran Bretaña. España firmó el tratado de adhesión a la Comunidad Europea el 12 de junio de 1985.

España encontraba así su papel en el mundo y resolvía un problema que parecía arrastrar desde 1898. El ingreso en la OTAN tenía un valor adicional: venía a dar al ejército

la misión exterior de que carecía en la práctica, desde que España perdiera definitivamente su imperio en 1898 y desde que en 1956 finalizase el protectorado colonial sobre Marruecos. Ello se completó con la reforma militar llevada a cabo por el gobierno socialista y por su ministro de Defensa, Narcís Serra -titular entre 1982 y 1991- que amplió y culminó la "transición militar" iniciada en la etapa Suárez por el vicepresidente para Asuntos de la Defensa y ministro de Defensa entre 1977 y 1979, el general Gutiérrez Mellado (tras él vendrían Rodríguez Sahagún y Alberto Oliart, primeros civiles a cargo del ejército). Entre 1977 y 1982, se unificaron los ministerios militares del franquismo (Aire, Marina y Ejército) en un único ministerio de Defensa, se institucionalizó la figura de los jefes de estado mayor de las distintas armas y se aprobó una primera ley de bases de la defensa nacional. Entre 1984 y 1992, en la etapa socialista, se reformaron las plantillas de los tres ejércitos, se reformó el código penal militar, se diseñó un nuevo Plan Estratégico Conjunto, se reformaron las leyes del régimen del personal militar y del servicio militar y, ya en 1992, se aprobó una nueva Directiva de Defensa Nacional.

Todo ello significó la vertebración de las fuerzas armadas bajo la dirección política del gobierno y la reestructuración en profundidad de los tres ejércitos, sobre la base de la reducción de sus oficiales y plantillas, la progresiva profesionalización de sus efectivos, la renovación y modernización de equipamientos y material bélico y cambios sustanciales en los objetivos de la defensa. En 1992, el ejército español tenía 58.000 oficiales y suboficiales y 200.000 soldados, la mitad de ellos profesionales, un

cambio radical con respecto al de 1975. En 1991, España había participado con una fragata y dos corbetas en la guerra del Golfo, la guerra contra Irak aprobada por la ONU como respuesta a la ocupación de Kuwait, y en la que intervinieron un total de veintinueve países bajo el mando de Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y Arabia Saudita.

Estabilidad democrática, pactos de la Moncloa, reconversión industrial y entrada en Europa terminaron por dar sus frutos. La reactivación económica del país empezó a ser evidente a partir de 1985 y se prolongó hasta 1991, años en los que España pareció convertirse en una de las economías y de las sociedades más dinámicas de Europa. Entre 1986 y 1990, el PIB creció a una media del 4,5 por 100 anual. La inversión extranjera entre 1986 y 1991 alcanzó los 60 billones de dólares. La red de autopistas y autovías cuatriplicó su extensión en siete años; el parque de automóviles pasó de 9,2 millones en 1985 a casi 14 millones en 1994. En abril de 1992 se inauguró un modernísimo tren de alta velocidad, AVE, entre Madrid y Sevilla, una de las grandes obras de infraestructura de la etapa socialista. El número de turistas que visitaron España pasó de 43 a 52 millones entre 1985 y 1990. La ola de prosperidad permitió, además, extender considerablemente las prestaciones sociales. Entre 1982 y 1992, el gasto público en pensiones, sanidad y educación aumentó en 4,1 puntos del PIB y, asimismo, aumentaron notablemente el subsidio de desempleo y las pensiones de jubilación. España, diría en 1987 el ministro de Economía Carlos Solchaga, era "uno de los países donde más y más rápido se puede ganar dinero".

En ese contexto, el triunfo en las elecciones de 1996 de la derecha, del Partido Popular –nacido de la refundación en 1987 de Alianza Popular y liderado desde 1989 por José María Aznar– tuvo, como el de los socialistas en 1982, importancia extraordinaria. El triunfo fue posibilitado por el desgaste del PSOE tras su larga etapa de gobierno, por la ralentización del crecimiento tras la grave crisis económica que el país sufrió entre 1991 y 1993 y, sobre todo, por los escándalos de corrupción y lucha sucia contra ETA que enturbiaron la gestión de los últimos gobiernos socialistas: denuncias sobre financiación ilegal del PSOE, apropiación de dinero de fondos reservados por el director de la Guardia Civil y otros altos cargos de Interior, sospechas de implicación del gobernador del Banco de España en negocios bursátiles particulares, asesinato de 28 personas relacionadas con ETA entre 1983 y 1987 por parte del GAL, un grupo armado posiblemente relacionado con los servicios secretos españoles; hallazgo de los cadáveres de dos etarras muertos, tal vez por torturas; grandes escándalos financieros, denuncias contra el CESID, el centro de inteligencia de Defensa, por escuchas ilegales a políticos, empresarios, periodistas e incluso al propio rey. La importancia del triunfo del PP en 1996 estaba ante todo en su significación: representaba, simplemente, la alternancia política natural en una democracia consolidada.

El cambio de 1996 fue, así, un cambio político no traumático. Aznar y el Partido Popular, que gobernaron entre 1996 y 2004 –tras volver a ganar las elecciones en 2000, esta vez por mayoría absoluta– dieron estabilidad a la acción del gobierno, mantuvieron (mejoraron, de

hecho) el crecimiento económico y en buena manera el consenso social. Reforzaron la lucha contra el terrorismo de ETA y la autoridad del estado frente a las autonomías, siendo especialmente así en el País Vasco, aquí como respuesta al giro soberanista que el gobierno vasco y el PNV impulsaron desde 1997. En materia de política exterior y de defensa, el PP fue decididamente atlantista y proestadounidense, especialmente tras los atentados islamistas contra las Torres Gemelas de Nueva York del 11 de septiembre de 2001. Reformó, además, parcialmente aspectos de la educación, elaboró un plan hidrológico nacional que contemplaba grandes obras de trasvase entre distintas cuencas hidrográficas y llevó a España a la integración monetaria europea y al euro, la moneda única europea nacida en 1999 y que en 2002 sustituyó a la peseta, la moneda histórica española.

La etapa Aznar fue el periodo de mayor crecimiento y de mayor creación de empleo de la historia española. Entre 1996 y 2004, el PIB creció a una media del 3,4 por 100 anual; la renta per cápita pasó de 13.300 euros en 1996 a 21.800 euros en 2004, y el paro bajó desde el 17,7 por 100 en 1985 al 10,3 por 100 en 2004. La población activa rozaba los veinte millones de personas en 2004.

Aunque en septiembre de 1998 ETA declaró una tregua que duró catorce meses, y aunque el gobierno Aznar habló con la nueva dirección política etarra de cara a un posible fin de la lucha armada, ETA asesinó entre 1996 y 2004 a setenta personas (entre ellas políticos y personalidades relevantes o del PP o del PSOE, como Gregorio Ordóñez, Fernando Múgica, Fernando Buesa, Tomás y Valiente, López de la Calle, Ernest Lluch, Joseba Paga-

zaurtundúa...). La acción policial infligió, a cambio, importantes golpes a la organización: más de cien activistas de ETA y su aparato militar casi entero fueron cayendo entre 1998 y 2004. El clima moral y político del País Vasco estaba, además, cambiando: el asesinato en julio de 1997 de un joven concejal del PP, Miguel Ángel Blanco, provocó una verdadera conmoción moral que se tradujo en la movilización contra ETA y Batasuna por parte de millones de personas en toda España, miles y miles de ellas en el propio País Vasco. Una importante manifestación contra ETA, convocada por la plataforma *Basta ya*, encabezada por conocidos intelectuales vascos no nacionalistas, recorrió las calles de San Sebastián el 23 de septiembre de 2000. El voto no-nacionalista representó el 46 por 100 de los votos en las elecciones autonómicas vascas de 2001 y puso en cuestión la hegemonía del PNV, que lo había mantenido desde las elecciones vascas de 1980.

Pese a que algunos hechos azarosos mal resueltos desde el gobierno —como la catástrofe ecológica en Galicia provocada por el hundimiento del petrolero *Prestige* en noviembre de 2002, o la muerte de 63 militares al estrellarse, en mayo de 2003, en Turquía, el avión que los transportaba tras cumplir su misión en Afganistán— pusieron en dificultades a Aznar y sus ministros, todo indicaba que el PP podía obtener en 2004 un tercer mandato electoral. El error, al menos visto lo sucedido después, estuvo en el apoyo incondicional que el propio Aznar dio a Estados Unidos en la guerra de Irak de 2003, guerra muy impopular para la población española (que sin embargo había aceptado la participación de las tropas españolas en otros conflictos como Kosovo y Afganistán, o en la

recuperación del islote de Perejil ocupado por Marruecos en julio de 2003). Y esta actitud errónea permitiría a los socialistas, dirigidos ahora por una nueva generación encarnada por su nuevo secretario general, José Luis Rodríguez Zapatero, capitalizar electoralmente, ya en 2004, el intenso clima electoral creado por el terrible atentado -191 muertos, 1.858 heridos- perpetrado en Madrid por terroristas islámicos el 11 de marzo de ese mismo año, y volver así al gobierno tras ganar las elecciones celebradas solo tres días después, el domingo 14 de marzo de 2004.

ESPAÑA, PAÍS DEMOCRÁTICO

El cambio de gobierno de 2004 cerraba así una etapa política de treinta años de democracia y de transformaciones decisivas de la vida española. La clave de esos treinta años radicó en que a lo largo de ese tiempo nunca se quebró el consenso -por usar la palabra acuñada al inicio de la transición- entre los grandes partidos (UCD, PP, PSOE) sobre el nuevo estado español construido desde 1975 y definido por la Constitución de 1978. Consenso sobre el estado no significó, nunca, ausencia de confrontación política, que la hubo, e intensa, en torno a todas las cuestiones esenciales: elecciones, gobiernos, ministros, legislación, política exterior, políticas sectoriales, temas vasco y catalán, sucesos catastróficos, corrupción, etcétera.

Problemas en treinta años hubo muchos. El paro, la temporalidad de muchos empleos, el envejecimiento de la población, la subcultura de alcohol y drogas de una gran parte de la juventud, la educación, la vivienda, y la

violencia doméstica se constituyeron como los grandes problemas del país desde la década de 1980. ETA mantuvo -ya se ha visto más arriba- la presión terrorista, como resultado de su concepción estratégica hacia la independencia, esto es, por una opción deliberada, no como resultado de una necesidad inevitable, impuesta por las circunstancias o como prolongación de un conflicto secular y no resuelto. Los nacionalistas vascos y catalanes, aun gobernando en sus respectivas regiones desde 1980 y aun coadyuvando en algunos momentos -caso del nacionalismo catalán- a la gobernación de España, seguían en 2005 manteniendo por razones ideológicas sus aspiraciones a la constitución de Cataluña y Euskadi como naciones soberanas (el nacionalismo gallego constituye un caso distinto: el PP gobernó ininterrumpidamente en Galicia entre 1988 y 2005), y la transformación de España en un estado plurinacional.

Pero los grandes problemas que desde el siglo XIX habían condicionado la política del país -la democracia política, la forma del Estado, el atraso económico, la organización territorial, el ejército, la iglesia- parecían en buena medida resueltos. La monarquía no estaba en cuestión y la sucesión del rey don Juan Carlos quedaba asegurada en la figura de su hijo Felipe. El ejército era ya un ejército moderno, adecuado a las necesidades españolas de defensa y subordinado al poder civil. La iglesia, encabezada entre 1972 y 1981 por el cardenal Tarancón (1907-1994), había apoyado la transición -desde la memorable homilía que Tarancón había pronunciado el 27 de noviembre de 1975 en la misa que siguió a la proclamación como rey de don Juan Carlos- y había

establecido aceptables relaciones de cooperación con el nuevo estado español. El giro conservador de la iglesia que, impulsado por los sucesores de Tarancón, pudo apreciarse desde mediados de los años 90, transformó la cooperación en progresivo distanciamiento –en razón de las muchas reservas de la iglesia hacia el laicismo del estado español y su frontal desaprobación de prácticas familiares y sexuales contrarias para la iglesia a la moral cristiana– pero sin que se rompiera, al menos dramáticamente, el clima de respeto mutuo existente entre iglesia y estado y definido por la Constitución del 78.

La reconversión industrial de los años 80, la privatización del viejo sector público del franquismo, las fusiones bancarias, la inversión extranjera y el auge de las grandes obras de infraestructura (autopistas de peaje y autovías, aeropuertos, líneas ferroviarias de alta velocidad) revolucionaron la economía española. Servicios, construcción, comercio, turismo, banca, transportes y comunicaciones eran, a principios del siglo XXI, los principales sectores de la economía nacional, la octava del mundo (aunque se tratase de una economía vulnerable y excesivamente dependiente del sector de la construcción). En 2004, la petrolera Repsol, Telefónica, los bancos Santander y Bilbao-Vizcaya, Endesa (compañía eléctrica), El Corte Inglés (cadena de grandes almacenes) e Iberdrola (otra eléctrica) eran, por ese orden, las primeras empresas del país. El turismo alcanzaba cifras extraordinarias: 55,3 millones de turistas en 1992, 59,1 millones en 2007. España había invertido en América Latina en la década de 1990 una cifra cercana a los noventa mil millones de dólares. Era un país desagrarizado. En 2005, la agricultura

–el principal problema del país a lo largo del siglo XIX y primeras décadas del XX, la causa histórica de su atraso y de su pobreza– representaba solo el 3 por 100 del valor añadido bruto de la economía (rondaba el 10 por 100 en 1975) y únicamente el 5,3 por 100 del empleo total (cuando casi una cuarta parte de los trabajadores españoles se dedicaba a la agricultura en 1975). El PIB había pasado de 47.868.900 millones de pesetas en 1976 a 908.450 millones de euros en 2005 (más de 150.000 billones de pesetas); creció a una media anual superior al 3 por 100 entre 2005 y 2008. El PIB por habitante había pasado de 5.904 dólares en 1980 a 24.254 en 2004 y el número de coches, que en 1976 era de 7,6 millones, se había elevado hasta 22,4 millones en 1999. A pesar de que el desempleo hubiese alcanzado cifras cercanas al 20 por 100 en periodos como 1984-1988 y 1993-1996 (22,8 por 100, concretamente, en 1996), la población activa pasó de 12,6 millones de personas en 1975 a 19,8 millones en 2004. Solo entre 2001 y 2006 se construyeron 2,6 millones de viviendas nuevas.

La población española había pasado de 35,8 millones de habitantes en 1976 a 44,1 millones en 2006, en razón fundamentalmente de la inmigración –estimada en 2006, en unos cuatro millones de personas, casi el 10 por 100 de la población total–, un hecho nuevo y sorprendente en la historia de España, un país de emigrantes hasta avanzada la década de 1960. A 1 de enero de 2005 vivían en España 511.000 marroquíes, 497.000 ecuatorianos, 317.000 rumanos, 271.000 colombianos y miles de bolivianos, búlgaros, chinos, peruanos, ucranianos, dominicanos e inmigrantes de otras nacionalidades (entre ellos, 226.000 jubilados británicos, 135.000 alemanes y 35.000 escandi-

navos retirados en localidades costeras del sur y del Mediterráneo). Tres de cada cuatro españoles vivían en 2005 en las grandes áreas urbanas del país. En 2007, cuarenta ciudades tenían más de 150.000 habitantes. Madrid, que vivió desde 1990 una auténtica explosión urbana, económica, cultural y social, y Barcelona eran las ciudades más pobladas; Valencia, Sevilla, Zaragoza, Málaga, Murcia, Las Palmas, Palma de Mallorca y Bilbao tenían entre 350.000 (Bilbao) y 800.000 habitantes (Valencia).

El papel de la mujer también había cambiado de forma evidente y decisiva (aunque en 2005 o 2010 existieran aún diferencias palmarias entre hombres y mujeres y subsistiesen ámbitos laborales con escasa presencia femenina y episodios, graves, de violencia machista). Desde mediados de los años 80, eran ya más las mujeres que los hombres que cursaban estudios universitarios. La tasa de ocupación femenina se duplicó entre 1983 y 2008. En 2008, trabajaban cerca de ocho millones y medio de mujeres, la mitad de la fuerza laboral española. El número de empresarias creció en un 37 por 100 entre 2000 y 2007. En 2004, las mujeres eran el 64 por 100 del total de jueces del país y en ese mismo año había un total de 12.205 mujeres en las fuerzas armadas españolas (de un total de 119.698 efectivos).

España era, por último, un país europeo. Tras un largo proceso de difíciles negociaciones iniciado en 1977, España firmó su adhesión a la Comunidad Económica Europea el 12 de junio de 1985, y se convertía en miembro de pleno derecho de la CEE a partir del 1 de enero de 1986. En 1993, quedaba plenamente integrada en el mecanismo financiero europeo y aplicaba ya los aranceles comunes europeos

a sus productos industriales y agrícolas y la normativa común y las directrices comunitarias en todas las cuestiones económicas, comerciales y financieras. España fue parte activa en todo lo actuado por la Unión Europea entre 1986 y 2006: tratado de Maastrich de 1991, unión monetaria, ampliaciones de 1995 y 2004, el euro, los tratados de Ámsterdam y Niza (que diseñó la ampliación de 2004 hacia los países de la Europa del Este). Los gobiernos españoles se atribuyeron especial responsabilidad en el desarrollo de la llamada "Europa de los ciudadanos" (ciudadanía europea, pasaporte europeo), en la "Europa social" (políticas de empleo y cohesión social de la UE), en la construcción de la unión monetaria y económica, en la lucha contra el terrorismo y el narcotráfico y en la creación de Europa como un espacio de justicia, libertad y seguridad.

España asumió, desde luego, un papel relevante en la cooperación de la UE con los países del Mediterráneo y en la institucionalización de las relaciones de la Unión con América Latina. Entre 1986 y 2006, Europa iba a ser una formidable operación económica. Entre 1986 y 2006, España recibió, en fondos para la agricultura, para el desarrollo regional y para la cohesión, una cifra cercana a los 150.000 millones de euros. Casi todos los cambios infraestructurales que el país experimentó en esos veinte años —autovías, trenes de alta velocidad, puertos, desaladoras, presas— se financiaron con fondos europeos: cuatro de cada diez kilómetros de los casi seis mil kilómetros nuevos de autovías y treinta y ocho de cada cien euros invertidos en España en ferrocarriles de alta velocidad se hicieron con dinero procedente de Europa.

Con la entrada en Europa, complementada por la incorporación a la OTAN, España resolvía, además, el problema de su identidad como nación y su papel en el contexto mundial. La democracia significó, en efecto, la afirmación de la identidad española como país europeo. Por primera vez en dos siglos, España contaba en el mundo. En 1989 presidía la Comunidad Europea. En 1990, participó, si bien muy limitadamente, en la guerra del Golfo Pérsico, desencadenada por la invasión unilateral de Kuwait por parte de Irak. En total, desde 1989 a 2006, las tropas españolas participarían en un total de 47 operaciones militares internacionales (en Bosnia, en Kosovo, en Afganistán, en Irak...), comandadas o por la ONU o por la OTAN o por la propia UE: operaciones de "paz y ayuda humanitaria", pero en escenarios de guerra activa. España tuvo un papel principal en la creación, en 1991, de las Cumbres Iberoamericanas –reuniones bianuales de los jefes de estado y de gobierno latinoamericanos, español y portugués para tratar asuntos comunes–; apoyó decididamente la democratización del continente (Perú, 1979; Bolivia, 1982; Argentina, 1982; Brasil y Uruguay, 1985; Chile y Paraguay, 1989), donde su propia transición democrática había otorgado a España considerable prestigio, y los procesos de paz, procesos electorales y negociación con las guerrillas en Nicaragua (1990), El Salvador (1992-1994) y Guatemala (1993-1995). El pesimismo crítico sobre la condición nacional que había impregnado la visión de muchos intelectuales de los siglos XIX y XX (de Blanco White y Larra, a Unamuno, la generación del 98, Ortega y Azaña) parecía ahora, entre 1975 y 2005, un anacronismo.

EL COMIENZO DE LA POSTRANSICIÓN

La transición había cambiado España. En 2005, España era, como acaba de indicarse, un país democrático y plenamente europeo y occidental, una economía desarrollada y dinámica, un país urbano y moderno, y un país de inmigrantes. Era una sociedad dominada por el peso de las clases medias urbanas, vinculadas a la gestión empresarial, a las profesiones liberales y al funcionariado, con niveles relativamente altos de bienestar y afluencia económica, como reflejaban sus elevados gastos en educación, vivienda y consumo; una sociedad progresivamente igualitaria y definida por un alto grado de homogeneidad en gustos, valores y actitudes ante la vida y la sociedad. La cristalización, a partir de 1975, de un régimen de libertades en el ámbito de la prensa y de los medios de comunicación se tradujo en la aparición de periódicos nuevos en toda España (*El País*, *El Mundo*...) y, tras la posterior autorización de televisiones autonómicas y privadas, en una renovación radical de la oferta de radio y televisión. Prensa y medios de comunicación fueron parte fundamental, a veces determinante, de la nueva democracia española. Como las demás sociedades occidentales desarrolladas, España se instaló así en una cultura generalista, atenta a la actualidad inmediata y efímera –hecha de política pero, sobre todo, de deportes, vida sentimental de los "famosos", concursos de radio y televisión, formas de entretenimiento banal, escándalos y sucesos dramáticos– y dependiente de la excitación del momento. Las personalidades de la prensa, la radio y la televisión marcaban ahora la

agenda de la actualidad del país y, en buena medida, los temas e ideas vigentes.

En la década de 1990, empezaron a cristalizar ya de forma evidente los cambios generacionales que se habían ido produciendo desde la transición. Para entonces, unos diez millones de españoles habían nacido después de 1975. A mediados de los años 90, las señas de identidad de los jóvenes menores de treinta años eran los atuendos de cazadoras, sudaderas, vaqueros y botas, los tatuajes y aros en orejas, nariz y labios, el consumo masivo de alcohol como forma colectiva de diversión los fines de semana y el gusto por determinadas músicas y ritmos, los cómics, los videojuegos y los videoclips; las drogas, el sexo y el alcohol eran los problemas de las nuevas generaciones españolas. La transición, las preocupaciones políticas, morales e históricas que habían impregnado a generaciones anteriores, y singularmente a las generaciones moldeadas por el espíritu de oposición al régimen de Franco, eran para las nuevas generaciones que emergían en los 90, si no inexistentes, al menos progresivamente irrelevantes y, en todo caso, nada urgentes y muy poco significativas.

En ese contexto, el terrible atentado perpetrado en Madrid por terroristas islámicos el 11 de marzo de 2004, que produjo la muerte de 191 personas y cerca de dos mil heridos, fue como el fin trágico y brutal de los treinta magníficos años que España había vivido desde 1975. España asimiló con serenidad admirable el atentado de Madrid. Pero el clima emocional creado por el atentado —que buena parte de la opinión asoció a la participación del país por decisión del gobierno Aznar en la impopular guerra de Irak— cambió el equilibrio político del país.

El atentado y la posterior gestión que el gobierno y la oposición hicieron de los sucesos del 11-M, dieron la victoria en las elecciones generales celebradas solo tres días después al PSOE, a cuyo frente se encontraba, desde 2001, una nueva generación encabezada por el nuevo líder del partido, José Luis Rodríguez Zapatero.

Reforzada por los cambios de gobierno que se produjeron en Cataluña en 2003 (gobierno Maragall) y en el País Vasco en 2009 (gobierno López) —gobiernos socialistas que pusieron fin a la hegemonía que los nacionalismos catalán y vasco había ejercido en aquellas regiones desde 1980—, la llegada al poder, en 2004, de Zapatero, un hombre nacido en 1960, tuvo, en efecto, mucho de cambio generacional. Ciertamente, el nuevo gobierno continuó la política económica de gobiernos anteriores, con excelentes resultados en los cuatro primeros años de su gestión (el PIB español creció el 3,6 por 100 en 2005, el 3,8 en 2006, el 4 por 100 en 2007 y el 2,7 en 2008). Pero el nuevo socialismo español, el socialismo de Zapatero, era un vago sentimentalismo progresista, asociado más a valores morales comunitarios que a grandes reformas económicas y sociales. Su política se orientó, de esa forma, en tres direcciones: políticas de igualdad de género y de ampliación de derechos cívicos de los ciudadanos, política de apaciguamiento internacional y ante el terrorismo de ETA, y política de entendimiento con la izquierda y con los nacionalismos, como fundamento de un nuevo orden democrático.

Muchas de las nuevas medidas del gobierno Zapatero —la retirada de las tropas españolas de Irak (abril de 2004), la regularización de los inmigrantes, las leyes con-

tra la violencia de género y de igualdad, la legislación antitabaco, el salario mínimo, las ayudas por dependencia, los matrimonios homosexuales (junio de 2005)– fueron bien asimiladas por la sociedad española. El laicismo del gobierno, sus medidas en educación –supresión de la obligatoriedad de la asignatura de religión en la educación pública, creación de una asignatura de educación para la ciudadanía– provocaron malestar en la iglesia y en la opinión católica. La retirada de Irak enemistó al gobierno español con Estados Unidos; la pomposa Alianza de Civilizaciones que el gobierno patrocinó, y que fue recibida con interés solo por países como Irán y Turquía, alejaba a España de sus posiciones atlantistas. La ley de Memoria Histórica (2007) abrió de nuevo la polémica sobre la Guerra Civil, un debate que España había superado admirablemente desde 1975 y que había quedado ubicado ya en el ámbito de la historia académica (que se había ocupado de la guerra de forma casi inundatoria). El nuevo estatuto de Cataluña (2006), que hablaba de Cataluña como nación y que establecía una especie de relación bilateral entre Cataluña y España, estatuto elaborado por el gobierno Maragall del que formaba parte Esquerra Republicana de Catalunya, el partido del independentismo catalán (el mismo presidente catalán, el socialista Maragall, excelente alcalde de Barcelona entre 1981 y 1997, parecía obsesionado con la idea de hacer de España un país federal y plurinacional) y asumido por el gobierno español, reabría la cuestión de la organización territorial del Estado. Andalucía, Valencia, Aragón, Castilla-La Mancha y Baleares plantearon la reforma de sus estatutos. El gobierno vasco, presidido de 1999 a 2009

por Juan José Ibarretxe, un nacionalista vasco soberanista y radical, aprobó en diciembre de 2004 un nuevo estatuto vasco –que rechazaría el parlamento español en 2005– destinado a hacer de Euskadi un estado libre asociado. Lo más grave: la apertura en junio de 2006 por el presidente Zapatero de un proceso de negociaciones de paz con la organización terrorista ETA –después de que ETA declarara el 22 de marzo una tregua indefinida–, rompió los acuerdos previos entre los partidos sobre el terrorismo, dio a ETA y a la izquierda “abertzale”, esto es, al entorno político de la banda terrorista aglutinado en torno a Batasuna, una inesperada legitimidad y un excepcional protagonismo político, y fue un fracaso: el proceso de paz terminó cuando ETA decidió en junio de 2007 relanzar la “lucha armada” (el gobierno tuvo que rectificar radicalmente: en los primeros meses de 2008 detuvo, con la colaboración de Francia, a los principales líderes del aparato militar de ETA, ilegalizó a los partidos independentistas derivados de Batasuna, y procesó y encarceló a varios de sus dirigentes).

Zapatero supuso, pues, la ruptura de consensos básicos vigentes, tácita o explícitamente, desde la transición. El psoe parecía identificar ahora democracia con izquierda y nacionalismos; la idea parecía ser que, treinta años después de la muerte de Franco, las circunstancias españolas no eran ya las circunstancias de la transición. Con su victoria en las elecciones de 9 de marzo de 2008, Rodríguez Zapatero y el PSOE lograron un segundo mandato para gobernar el país. Zapatero basó buena parte de su campaña electoral en la negación sistemática de que la economía española pudiera verse afectada por la crisis fi-

nanciera y económica que en 2008 habían empezado a manifestarse ya en Estados Unidos y en distintos países europeos –y que los expertos temían podía tener dimensiones tan graves como la crisis de 1929–, y en la promesa de lograr mayor desarrollo y más y mejor empleo para el país. Fue una falacia. En los meses inmediatamente posteriores a las elecciones cambió, vertiginosamente, el signo de la economía española. En los dos primeros trimestres de 2008, la economía creció solo un 0,1 por 100, la tasa más baja desde 1993. En agosto, el paro alcanzó el 11,3 por 100, un tercio más que en agosto de 2007, el peor registro en treinta años. En el primer trimestre de 2009, España había entrado técnicamente en recesión, lo que no había sucedido desde la crisis de 1991-1994. La Bolsa cayó alarmantemente. A principios de 2009, el paro, que afectaba a todos los sectores, pero de forma especial a la construcción, a los servicios y a la industria, aumentaba en unos doscientos mil parados cada mes; el número total de desempleados se aproximaba a la cifra de 3,5 millones. El PIB español siguió cayendo en 2009 y en 2010; en 2011 se rozaban los cinco millones de parados. *The party is over*, se acabó la fiesta, escribía el 11 de noviembre de 2008 *The Economist*, en un nuevo informe especial sobre España.

El fin de la prosperidad y de la bonanza económica pareció también confirmar el fin de la transición. Cuando el Partido Popular, liderado por Mariano Rajoy, llegó al poder tras ganar las elecciones en noviembre de 2011, su gran tarea era nada menos que la reconstrucción de una economía en quiebra. Al menos ETA, ante el creciente rechazo del terrorismo por la sociedad vasca y la división de la “izquierda abertzale” en torno a la “lucha armada”,

anunció poco antes, el 20 de octubre de 2011, el cese definitivo de la violencia.

NUEVA IMAGEN DE ESPAÑA

El cambio operado en España desde 1975 era, como hemos tenido ocasión de ver, un cambio profundo, una transformación radical, una ruptura histórica. Los treinta años de democracia transcurridos en 2005 desde el fin de la dictadura de Franco conllevaron, efectivamente, nada menos que la refundación de España como nación. Con la consolidación de la democracia, España no se reconocía en modo alguno en el país dramático y pintoresco creado por el estereotipo romántico y sancionado en la pobreza de su vida rural en los siglos XIX y XX, y por la tragedia de la Guerra Civil de 1936-1939.

Sede del gobierno, de los grandes bancos del país, de la Bolsa, de los grandes medios de comunicación (prensa, radios, televisiones) y de numerosas empresas nacionales y extranjeras, Madrid, la capital del estado, el principal centro financiero y comercial del país, proyectaba la imagen de la nueva España democrática. El renacimiento urbano de Madrid desde 1975 fue formidable: nuevos museos (Reina Sofía, Thyssen-Bornemisza), nuevas facultades y escuelas universitarias, bibliotecas, auditorios, hoteles, centros feriales y palacios de congresos; instalaciones deportivas, grandes centros comerciales, numerosos pasos subterráneos, nuevas líneas de metro, parques, grandes carreteras de circunvalación, nuevas estaciones de ferroca-

rril y terminales aéreas, ensanches y barrios nuevos, edificios espectaculares (torre Picasso, torre Europa, Puerta de Europa I y II, la terminal 4 de Barajas, los rascacielos de Caja Madrid, Cristal, Sacyr y Espacio). Con diez localidades de más de cien mil habitantes (Móstoles, Alcalá de Henares, Fuenlabrada, Leganés, Alcorcón, Getafe, Torrejón, Alcobendas, Pozuelo, Rivas-Vaciamadrid), la comunidad de Madrid, era en 2007 la región de mayor renta per cápita de España.

Las grandes obras (estaciones de ferrocarril, nuevas terminales aeroportuarias, circunvalaciones, autopistas y autovías, puentes, instalaciones deportivas, hoteles...) que exigió la celebración en 1992 de los Juegos Olímpicos y del V Centenario del descubrimiento de América transformaron Barcelona y Sevilla, sedes respectivas de ambos acontecimientos. La construcción en Valencia entre 1989 y 1998 de la Ciudad de las Artes y las Ciencias, un espléndido conjunto arquitectónico y cultural diseñado por Santiago Calatrava y Félix Candela, cambió la ciudad. El museo Guggenheim (1997) obra de Frank Gehry, la construcción del metro, la regeneración de los terrenos de la ribera de la ría del Nervión, nuevos centros comerciales, autovías y túneles, un nuevo aeropuerto, obra de Calatrava, todo ello llevado a cabo entre 1995 y 2005, transformaron Bilbao en una ciudad decididamente moderna.

Con la construcción del estado de las autonomías, las ciudades españolas experimentaron entre 1975 y 2005 cambios –en su fisonomía urbanística, en su vida colectiva– literalmente extraordinarios. Entre 1986 y 2000, se inauguraron, por ejemplo, el Museo Nacional de Arte Romano de Mérida, el Centro de Arte Reina Sofía en

Madrid, el Instituto Valenciano de Arte Moderno en Valencia, el Centro Atlántico de Arte Moderno y el Auditorio Alfredo Kraus en Las Palmas, el Palacio de Festivales de Cantabria en Santander, el Centro Gallego de Arte Contemporáneo en Santiago, el Museo Domus en A Coruña, el Museo de Arte Contemporáneo de Barcelona, el Museo Guggenheim de Bilbao y el Palacio de Congresos y Auditorio Kursaal de San Sebastián y Chillida-Leku, el museo al aire libre del escultor Chillida en Hernani, edificios todos ellos diseñados por grandes arquitectos (Rafael Moneo, García de Paredes, Oscar Tusquets, Frank O. Gehry, Richard Meier, Carlos Salvadorés y Emilio Jiménez, Sáenz de Oiza, Álvaro Siza y otros): la arquitectura, la citada y mucho más, era la gran expresión de la nueva modernidad española.

La refundación de España con la democracia conllevó la creación de una nueva identidad. España se reconocía, así, en etapas y hechos señeros de su pasado –el Camino de Santiago, la España imperial, el *Quijote*, El Greco, Velázquez, la España de la Ilustración, Goya–, en su historia contemporánea (las cortes de Cádiz, la Segunda República, la Guerra Civil) y en la misma transición. Asumía las identidades particulares de las nacionalidades y regiones, esto es, su pluralidad cultural y lingüística, y la historia propia de sus antiguos reinos y territorios históricos. Se reconocía en su tradición intelectual liberal, en la plenitud cultural que vivió entre 1898 y 1936, en la cultura del antifranquismo y del exilio, y en la última modernidad del país que representaban, entre otros, creadores como Tàpies, Oteiza, Chillida, Calatrava, Moneo, Almodóvar, Barceló, Antonio López o Juan Muñoz.

España era al tiempo, como se ha visto, un país europeo, con el Mediterráneo, el arco atlántico y el mundo hispánico de América, América Latina, como sus áreas espaciales y culturales naturales. Con cerca de 450 millones de hispanohablantes en el mundo, y unos cuarenta millones de "hispanos" o "latinos" en Estados Unidos, el español era a principios del siglo XXI una de las primeras lenguas universales y un instrumento de enorme valor cultural y económico.

La historia futura de esa España refundada democráticamente desde 1975 será, por definición, imprevisible, a menudo inquietante y siempre problemática: en ningún sitio está escrito que la historia sea o racional o justa. España, muchas historias posibles, era —si se recuerda lo escrito al principio— la tesis de este libro. España, en efecto, pudo haber quedado de forma permanente, como Turquía, dentro del mundo islámico, o pudo haber cristalizado, como Italia hasta 1861, en una pluralidad de reinos y estados, tal como se constituyó en los siglos XIII a XV. España se asomó a la historia europea con los Reyes Católicos. Fue un imperio universal y la gran potencia hegemónica en los siglos XVI y XVII. Fue, luego, un estado fallido en el siglo XIX y un país en buena medida trágico (Guerra Civil, dictadura de Franco), en el XX.

La historia española no es —quede claro— ni una historia única ni una historia excepcional. Como la historia de cualquier otro país, la historia española es, sencillamente, una historia muy interesante, cuyo conocimiento —una obligación política y moral para hablar apropiadamen-

te de España— plantea un amplio repertorio de cuestiones esenciales. La verdad histórica, escribió Ranke, al fin y al cabo el más importante historiador de los tiempos modernos, es "infinitamente más hermosa e infinitamente más interesante que la ficción novelesca".



Bibliografía

Castells Oliván, Irene, "La resistencia liberal contra el absolutismo fernandino (1814-1833)". *Ayer*, No. 41, Fernando VII. Su reinado y su imagen (2001): pp. 43-62.

Castro, Américo, "Capítulo IV. Cristianismo frente a Islam" en *España en su historia. Cristianos, moros y judíos*, Barcelona, Crítica, 2001, pp. 104-180.

Costeloe, Michael P., "Capítulo II. La Revolución: el panorama desde España", en *La respuesta a la Independencia. La España imperial y las revoluciones hispanoamericanas, 1810-1840*, México, F.C.E, 2010. Pág. 37-73

Fusi Aizpúa, Juan Pablo, "Capítulo VI. De la dictadura a la Democracia", *Historia mínima de España*, México, D.F.: El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 2013, pp. 229-271.

Fusi Aizpúa, Juan Pablo, "La España Medieval" en *Historia mínima de España*, México, Madrid, El Colegio de México - Turner, 2012. pp. 43-83.

García de Cortázar, Fernando y José Manuel González Vesga, "España Inacabada" en *Breve historia de España*, Edición actualizada, Madrid, España: Alianza editorial, 2015. pp. 7-55.

Lario, Ángeles. "Alfonso XII. El rey que quiso ser constitucional", *Ayer*, No. 52, La política en el reinado de Alfonso XII (2003): pp.15-38.

Martínez Gil, Fernando y Alfredo Rodríguez González, "Del Barroco a la Ilustración en una fiesta del Antiguo Régimen: el Corpus Christi", *Cuadernos de Historia Moderna Anejos*, 1 (2002): pp. 151-175.

Pérez, Joseph, "El siglo de las luces" en *Entender la historia de España*, Madrid, La esfera de los libros, 2011. pp. 139-222

Pérez, Joseph, "La Monarquía Católica" en *Entender la historia de España*, Madrid, La esfera de los libros, 2011. pp. 71-137

Ruiz Carnicer, Miguel Ángel, "Capítulo I. La estética del miedo" en *La España de Franco (1939-1975). Cultura y vida cotidiana*, Madrid, Síntesis, 2001, pp. 17-37

Ruiz Carnicer, Miguel Ángel, "Capítulo II. La Ley de la victoria" en *La España de Franco (1939-1975). Cultura y vida cotidiana*, Madrid, Síntesis, 2001. pp. 39-68

Mapa curricular

MAPA CURRICULAR DE LA LICENCIATURA EN HISTORIA 2015

	PERIODO 1	PERIODO 2	PERIODO 3	PERIODO 4	PERIODO 5	PERIODO 6	PERIODO 7	PERIODO 8	PERIODO 9	PERIODO 10
OBLIGATORIAS	Elaboración de textos académicos I 4 4 4	Elaboración de textos académicos II 4 4 4	Inglés 5 2 2 6	Inglés 6 2 2 6	Inglés 7 2 2 6	Inglés 8 2 2 6		Ética 2 2 6	Historia y tecnologías de la información y comunicación para la atención de la demanda 2 2 6	PRÁCTICAS PROFESIONALES
	Herramientas computacionales y multimedios 4 4 4	Lectura analítica de textos 4 4 4	Archivos y manejo de fuentes 2 2 6	Metodologías de la Historia 4 4 8	Proyecto de investigación 4 4 4	Fuentes especializadas para la investigación 4 4 4	Análisis y procesamiento de la información 4 4 4	Texto de investigación I 4 4 4	Texto de investigación II 4 4 4	
	Historia del mundo antiguo 4 4 8	Historia de la Edad Media 4 4 8	Historia de la Edad Moderna 4 4 8	Historia del mundo contemporáneo 4 4 8	Apreciación artística 2 2 6	Historia de América Latina I 4 4 8	Historia de América Latina II 4 4 8			
	Historia de México antiguo 4 4 8	Historia de México novohispano 4 4 8	Historia de México siglo XIX 4 4 8	Historia de México siglos XX y XXI 4 4 8	Historia del Estado de México 4 4 8	Historia social del arte en México 4 4 8	Historia de Asia siglos XIX-XXI 4 4 8	Historia de América siglos XX y XXI 4 4 8		
	Geografía para historiadores 2 2 6	Historia de España 4 4 8	Paleogeografía y diplomática I 4 4 8	Paleogeografía y diplomática II 4 4 8	Historia social del arte en el mundo 4 4 8	Historia oral y memoria popular 4 4 8		Servicios históricos y culturales 2 2 6	Cultura contemporánea mexicana 2 2 6	
	Antropología para historiadores 2 2 6	Economía para historiadores 4 4 8	Historiografía mundial siglo XX 4 4 8	Historiografía de México siglo XX 4 4 8	Historia de Estados Unidos de América 4 4 8	Integración profesional 4 4 8				
OPATIVAS		Teoría de la Historia I 4 4 8	Teoría de la Historia II 4 4 8		Didáctica general 2 2 6	Teoría y método de enseñanza de la Historia 4 4 8	Habilidades de docencia 2 2 6	Diseño instruccional 2 2 6		
							Optativa 1, núcleo integral 2 2 6	Optativa 3, núcleo integral 2 2 6	Optativa 5, núcleo integral 2 2 6	
							Optativa 2, núcleo integral 2 2 6	Optativa 4, núcleo integral 2 2 6		

HT	12
HP	12
TH	24
CR	36

HT	18
HP	10
TH	28
CR	46

HT	22
HP	8
TH	30
CR	60

HT	26
HP	4
TH	34
CR	44

HT	18
HP	10
TH	28
CR	46

HT	18
HP	10
TH	32
CR	48

HT	14
HP	10
TH	24
CR	38

HT	14
HP	14
TH	28
CR	42

HT	8
HP	10
TH	18
CR	22

HT	
HP	
TH	
CR	30

SIMBOLOGÍA	
Unidad de aprendizaje	HT: Horas Teóricas HP: Horas Prácticas TH: Total de Horas CR: Créditos

18 Líneas de seriación →

	Obligatorio Núcleo Básico
	Obligatorio Núcleo Sustantivo
	Obligatorio Núcleo Integral
	Optativo Núcleo Integral

PARAMETROS DEL PLAN DE ESTUDIOS	
Núcleo básico obligatorio: cursar y acreditar 18 UA	26 36 72 108
Núcleo sustantivo obligatorio: cursar y acreditar 25 UA	82 18 100 182
Núcleo integral obligatorio: cursar y acreditar 9 UA	12 28 40 80
Núcleo integral optativo: cursar y acreditar 5 UA	18 18 36 90
Total del núcleo básico: acreditar 18 UA para cubrir 108 créditos	
Total del núcleo sustantivo: acreditar 25 UA para cubrir 182 créditos	
Total del núcleo integral: acreditar 14 + 1* UA para cubrir 112 créditos	

TOTAL DEL PLAN DE ESTUDIOS	
UA obligatorias	52 = 1 actividad académica
UA optativas	6
UA a acreditar	57 = 1 actividad académica
Créditos	402

MAPA CURRICULAR DE LA LICENCIATURA EN HISTORIA 2015

O
P
T
A
T
I
V
A
S

PERIODO 1	PERIODO 2	PERIODO 3	PERIODO 4	PERIODO 5	PERIODO 6	PERIODO 7	PERIODO 8	PERIODO 9	PERIODO 10
						Arqueología para historiadores 2 2 4 6	Cartografía para historiadores 2 2 4 6	Historia cultural 2 2 4 6	
						Cultura virreinal: el mundo barroco y la emergencia del criollismo 2 2 4 6	Instituciones políticas de México 2 2 4 6	Instituciones políticas novohispanas 2 2 4 6	
						Ciencia Política para historiadores 2 2 4 6	Cultura otomiana 2 2 4 6	Historia social de la ciencia y la tecnología 2 2 4 6	
						Cultura náhuatl 2 2 4 6	Patrimonio cultural y documental 2 2 4 6	Historia y literatura 2 2 4 6	
						Cultura latinoamericana 2 2 4 6	Códices y manuscritos de tradición indígena 2 2 4 6	Historia de los usos sociales del agua 2 2 4 6	
						Historia de la vida cotidiana 2 2 4 6	Historia de género 2 2 4 6	Historia de la minorías étnicas en México 2 2 4 6	
						Teoría de la historia del arte 2 2 4 6	Movimientos sociales en América Latina siglos XIX y XX 2 2 4 6		
						Pueblos de indios durante la Colonia en Hispanoamérica 2 2 4 6	Resistencia y rebeliones indígenas coloniales en Hispanoamérica 2 2 4 6		